## CURSONY CONFERENCIAS

Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores

#### SUMARIO

Federico García LORCA. — La imágen poética de don Luis de Góngora.

Pedro Henríquez UREÑA. — El supuesto andalucismo dialectal de América.

Enrique BUTTY. — La duración de Bergson y el tiempo de Einstein. IV.

Felix WEIL. -- El problema de la economía dirigida. III.

Alfredo DANG. — Tiempo, Estado y Gobierno de Federico el Grande. II.

Luis REISSIG. - Cuatro etapas en la vida de Anatole France. I.

NUM. 8 AND Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

VOLUMEN X

NOVIEMBRE 1936

DESPLEGADO

**BELGRANO 1732 BUENOS AIRES** 

## Colegio Libre de Estudios Superiores BELGRANO 1732 - U. T. 38 - 2432

### Sección: Cursos de Especialización

\$ 2.— por curso completo.



## Sección: Cursos de Seminario

\$ 2.— por curso completo.



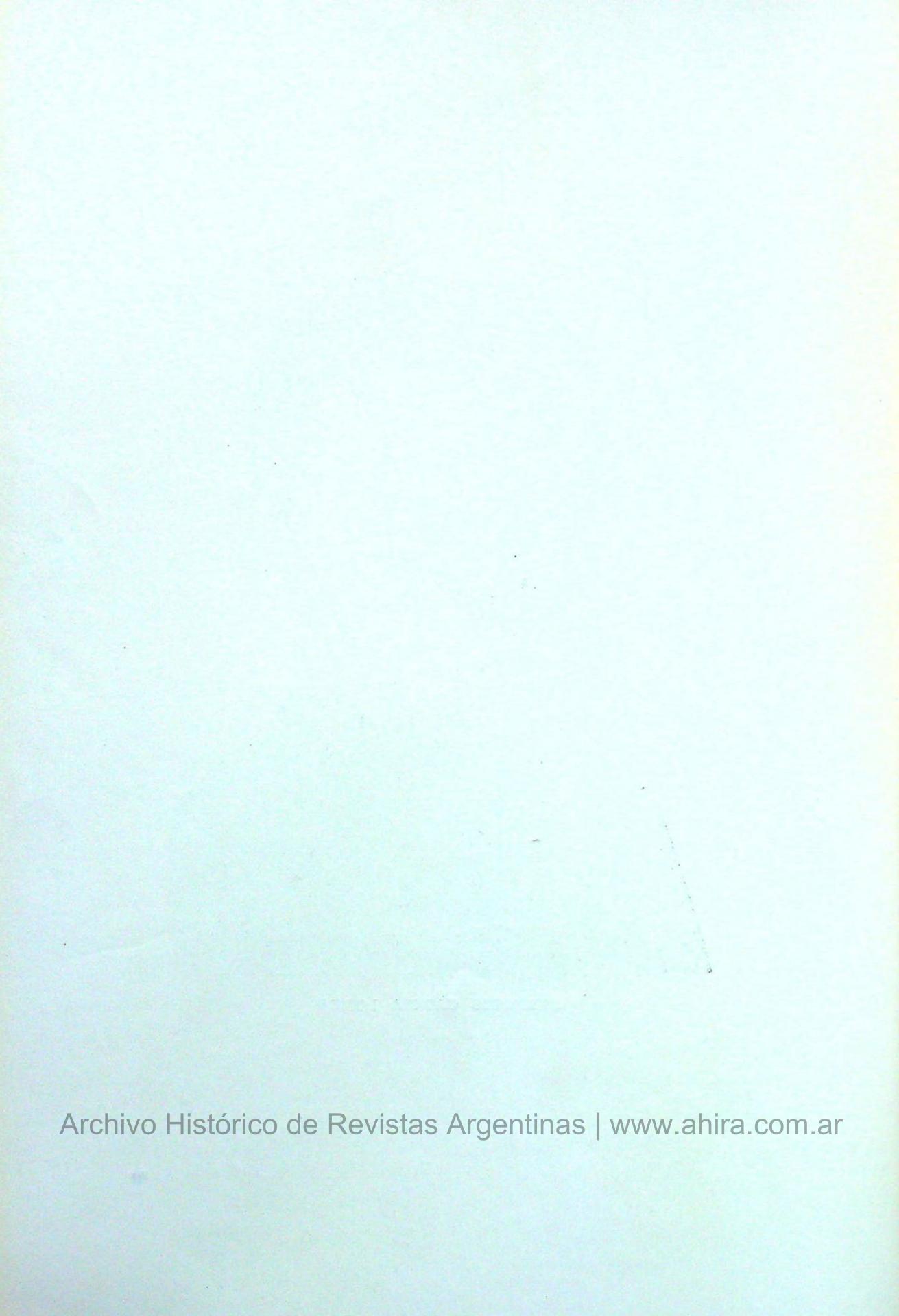
# Sección: Información Crítica de Actualidad

Archivo Histórico \$e<sup>0.50</sup>ipor conferencia.www.ahira.com.ar



FEDERICO GARCIA LORCA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



#### La imágen poética de Don Luis De Góngora (1)

Por FEDERICO GARCIA LORCA

Queridos compañeros: Es muy difícil para mí hablaros de un tema tan complejo y especializado como este de la poesía gongorina; pero quiero poner toda mi buena voluntad para ver si logro entreteneros un rato con este juego encantador de la emoción poética, tan imprescindible en la vida del hombre cultivado.

No quisiera, como es natural, daros la lata, y para ello he procurado que mi modesto trabajo tenga varios puntos de vista, y desde luego, aportaciones personales en la crítica del gran poeta de Andalucía.

Antes de pasar adelante, ya os supongo a todos enterados de quién era Don Luis de Góngora y de lo que es

(1) Insertamos aquí la conferencia que con motivo del tercer centenario del Góngora (1927), dió Federico García Lorca a sus compañeros de Residencia, en los cursos de vulgarización por ellos organizados.

Cuando algunos años después García Lorca se refirió a esa conferencia, declaró que no respondía ya exactamente a su criterio actual sobre las cuestiones gongorinas.

A pesar de esas reservas muy legítimas, CURSCS Y CONFEREN-CIAS se hace un placer en publicarla no sólo por sus méritos intrínsecos. Sino porque señala una fecha en la evolución espiritual del gran poeta sobre cuyo destino personal en la tragedia española, nadie podría hasta ahora asegurar un solo dato exacto.

LA DIRECCION.

una imagen poética. Todos habéis estudiado Preceptiva y Literatura, y vuestros profesores, con raras y modernas excepciones, os han dicho que Góngora era un poeta muy bueno, que de pronto, obedeciendo a varias causas, se convirtió en un poeta muy extravagante (de ángel de luz se convirtió en ángel de tinieblas, es la frase consabida), y que llevó el idioma a retorcimientos y ritmos inconcebibles para cabeza sana. Eso os han dicho en el Instituto mientras os elogiaban a Núñez de Arce el insípido, a Campoamor, poeta de estética periodística, bodas, bautizos, entierros, viajes en expreso, etc., o al Zorrilla malo (no al magnífico Zorrilla de los dramas y las leyendas), como mi profesor de Literatura, que lo recitaba dando vueltas por la clase, para terminar con la lengua fuera entre la hilaridad de los chicos.

Góngora ha sido maltratado con saña y defendido con ardor. Hoy su obra está palpitante como si estuviera recién hecha, y sigue el murmullo y la discusión, ya un poco vergonzosa, en torno de su gloria.

Y una imágen poética es siempre una traslación de

sentido.

El lenguaje está hecho a base de imágenes, y nuestro pueblo tiene una riqueza magnífica de ellas. Llamar alero a la parte saliente del tejado, es una imágen magnífica; o llamar a un dulce tocino del cielo o suspiros de monja, otras muy graciosas, por cierto y muy agudas; llamar a una cúpula media naranja, es otra, y así infinidad. En Andalucía la imagen popular llega a extremos de finura y sensibilidad maravillosas, y las transformaciones son completamente gorgorinas.

A un cauce profundo que discurre lento por el campo, lo llaman un buey de agua, para indicar su volumen, su acometividad y su fuerza: y yo he oído decir a un labrador de Granada: 'a los mimbres les gusta estar siempre en la lengua del río'. Buey de agua y lengua del río son dos imágenes hechas por el pueblo y que responden a una manera de ver ya muy cerca de Don Luis de Góngora.

Para situar a Góngora, hay que hacer notar los dos grupos de poetas que luchan en la Historia de la Lírica de España. Los poetas llamados populares e impropiamente nacionales y los poetas llamados propiamente cultos o cortesanos. Gentes que hacen su poesía andando los caminos o gentes que hacen su poesía sentados en su mesa, viendo los caminos a través de los vidrios emplomados de la ventana. Mientras que en el siglo XIII los poetas indígenas, sin nombre, balbucean canciones desgraciadamente perdidas del sentimiento medieval galaico o castellano, el grupo que vamos a llamar contrario para distinguirlo, atiende a la francesa y provenzal. Bajo aquel húmedo cielo de oro se publican las canciones de Ajuda y la Vaticana, donde oímos a través de las rimas provenzales del rey don. Dionis y de las cultas canciones de amigo o cantigas de amor seguramente por olvido de la forma, tan respetada en la Edad Media, la tierna voz de los poetas sin nombre, que cantan un puro canto, exento de gramática.

En el siglo XV, el Cancionero de Baena rechaza sistemáticamente toda poesía de acento popular. Pero el Marqués de Santillana asegura que entre los donceles nobles de esta época estaban muy de moda las canciones de

amigo.

Empieza a soplar el fresco aire de Italia.

Las madres de Garcilaso y de Boscán cortan el azahar de sus bodas; pero ya se canta en todas partes y era clásico aquello de:

Al alba venid, buen amigo:
al alba venid.
Amigo el que yo más quería,
venid a la luz del día.
Amigo el que yo más amaba:
venid a la luz del alba,

Archivo Histórenide Reluztael Adgentinas | www.ahira.com.ar non trayáis compañía. Venid a la luz del alba. non trayáis gran compaña. Y cuando Garcilaso nos trae el endecasílabo, con sus guantes perfumados, viene la música en ayuda de los popularistas. Se publica el Cancionero musical de Palacio y se pone de moda lo popular. Los músicos recogen entonces de la tradición oral bellas canciones amatorias, pastoriles y caballerescas. Se oye en las páginas hechas para ojos aristocráticos las voces de rufianes en la taberna o de las serranas de Avila, el romance del moro de largas barbas, dulces cantos de amigo, monótonas oraciones de ciego, el canto del caballero perdido en la espesura, o la queja exquisita de la plebeya burlada. Un fino y exacto paisaje de lo pintoresco y espiritual español.

El insigne Menéndez y Pidal dice que el humanismo "abrió" los ojos de los doctos a la comprensión más acabada del espíritu humano en todas sus manifestaciones, y la popular mereció una atención digna e inteligente, como hasta entonces no había logrado. Prueba de esto es el cultivo de la vihuela y los cantos del pueblo por grandes músicos, como Luis Milán, que tradujo El Cortesano de Castiglione,

y Francisco Salinas, amigo de Fray Luis de León.

Pero una guerra franca se declaró entre los dos grupos. Cristóbal de Castillejo y Gregorio Silvestre tomaron la bandera castellanista con el amor a la tradición popular. Garcilaso, seguido del grupo más numeroso, afirmó su adhesión a lo que se llamó gusto italiano. Y cuando en los últimos meses del año 1609 Góngora escribe el Panegírico al Duque de Lerma, la guerra entre los partidarios del fino cordobés y los amigos del incansable Lope de Vega llega a un grado de atrevimiento y exaltación como en ninguna época literaria. Tenebrosistas y llanistas hacen un combate de sonetos animado y divertido, a veces dramático y casi siempre indecente.

Archivo Historico de Revistas Argentinas Mww. ahira com ar de esta lucha, ni creo en lo de poeta italianizante y poeta

castellano.

En todos ellos hay, a mi modo de ver, un profundo sentimiento nacional. La indudable influencia extranjera

no pesa sobre sus espíritus. El clasificarlos depende de una cuestión de enfoque histórico. Pero tan nacional es Castillejo como Garcilaso. Castillejo está imbuído en la Edad Media. Es un poeta arcaizante del gusto recién acabado.

Garcilaso, renacentista, desentierra a orillas del Tajo viejas mitologías equivocadas por el tiempo, con una galantería genuinamente nacional descubierta entonces y un

verbo de eternidad española.

Lope recoge los arcaísmos líricos de los finales medievales y crea un teatro profundamente romántico, hijo de su tiempo. Los grandes descubrimientos marítimos, relativamente recientes (romanticismo puro), le dan en el rostro. Su teatro de amor, de aventura y de duelo, le afirman como un hombre de tradición nacional. Pero tan nacional como él es Góngora. Góngora huye en su obra característica y definitiva de la tradición caballeresca y lo medieval, para buscar, no superficialmente como Garcilaso, sino de una manera profunda, la gloriosa y vieja tradición latina. Busca en el aire sólo de Córdoba las voces de Séneca y Lucano. Y modelando versos castellanos a la luz fría de la lámpara de Roma, lleva a su mayor altura un tipo de arte únicamente español: el barroco. Ha sido una lucha intensa de medievalistas y latinistas. Poetas que aman lo pintoresco y local, y poetas de corte. Poetas que se embozan y poetas que buscan el desnudo. Pero el aire ordenado y sensual que manda el Renacimiento italiano, no les llega al corazón. Porque, o son románticos, como Lope y Herrera, o son católicos y barrocos en sentido distinto, como Góngora y Calderón. La Geografía y el Cielo triunfan de la Biblioteca.

\* \* \*

Hasta aquí quería llegar en este breve resumen. He procurado buscar la línea de Góngora para situarlo en Araniaristo da de Constante a la linea de Argentinas www.anira.com.ar

"Mucho se ha escrito sobre Góngora; pero todavía.

permanece oscura la génesis de su reforma poética..." Así empiezan los gramáticos más avanzados y cautelosos cuando hablan del padre de la Lirica moderna. No quiero nombrar a Menéndez y Pelayo, que no entendió a Góngora, porque, en cambio, entendió portentosamente a todos los demás. Algunos críticos achacan lo que ellos llaman el cambio repentino de Don Luis de Góngora, con cierto sentido histórico, a las teorías de Ambrosio de Morales, a las sugestiones de su maestro Herrera, a la lectura del libro del cordobés Luis Carrillo (apología de estilo oscuro) y a otras causas que parecen razonables. Pero el francés M. Lucien Paul Thomas lo achaca a perturbación cerebral, y el Sr. Fitzmaurice Kelly, dando pruebas de la incapacidad crítica que le distingue cuando trata de un autor no clasificado, se inclina a creer que el propósito del poeta de las Soledades no fué otro que el de llamar la atención sobre su personalidad literaria. Nada más pintoresco que estas serias opiniones. Ni nada más irreverente.

El Góngora culterano ha sido considerado en España, y lo sigue siendo por un extenso núcleo de opinión. como un monstruo de vicios gramaticales cuya poesía carece de todos los elementos fundamentales para ser bella. Las Soledades han sido consideradas por los gramáticos y retóricos más eminentes como una lacra que hay que tapar, y se han levantado voces oscuras y torpes, voces sin luz ni espíritu, para anatematizar lo que ellos llaman oscuro y vacío. Consiguieron arrinconar a Góngora y echar tierra en los ojos nuevos que venían a comprenderlo durante dos largos siglos en que se nos ha estado repitiendo... no acercarse, porque no se entiende... Y Góngora ha estado solo como un leproso lleno de llagas de fría luz de plata, con la rama novisima en las manos esperando las nuevas generaciones que recogieran su herencia objetiva y su sentido de la metáfora.

Archivo HEs un problema de comprensións A Góngora no ha ar que leerlo, sino estudiarlo. Góngora no viene a buscarnos como otros poetas para ponernos melancólicos, sino que

hay que perseguirlo razonablemente. A Góngora no se puede entender de ninguna manera en la primera lectura. Una obra filosófica puede ser entendida por unos pocos nada más y, sin embargo, nadie tacha de oscuro al autor. Pero no; esto no se estila en el orden poético, según parece.

¿Qué causas pudo tener Góngora para hacer su revolución lírica? ¿Causas? Una nativa necesidad de belleza nueva le lleva a un nuevo modelado del idioma. Era de Córdoba y sabía el latín como pocos. No hay que buscarlo en la historia, sino en su alma. Inventa por primera vez en el castellano un nuevo método para cazar y plasmar las metáforas, y piensa, sin decirlo, que la eternidad de un poema depende de la calidad y trabazón de sus imágenes.

Después ha escrito Marcel Proust: "Sólo la metáfora

puede dar una suerte de eternidad al estilo".

La necesidad de una belleza nueva y el aburrimiento que le causaba la producción poética de su época, desarrolló en él una aguda y casi insoportable sensibilidad crítica.

Llegó casi a odiar la poesía.

Ya no podía crear poemas que supieran el viejo gusto castellano, ya no gustaba la sencillez heroica del romance. Cuando para no trabajar miraba el espectáculo lírico contemporáneo, lo encontraba lleno de defectos, de imperfecciones, de sentimientos vulgares. Todo el polvo de Castilla le llenaba el alma y la sotana de racionero. Sentía que los poemas de los otros eran imperfectos, descuidados, como hechos al desgaire.

Y cansado de castellanos y de "color local", leía su Virgilio con una fruición de hombre sediento de elegancia. Su sensibilidad le puso un microscopio en las pupilas. Vió el idioma castellano lleno de cojeras y de claros, y con su instinto estético fragante empezó a construir una nueva torre de gemas y piedras inventadas, que irritó el orgullo de los castellanos en sus palacios de adobes. Se dió cuenta de la fugacidad del sentimiento humano y lo débi-

les que son las expresiones espontáneas que sólo conmueven en algunos momentos, y quiso que la belleza de su obra radicara en la metáfora limpia de realidades que mueren, metáfora construída con espíritu escultórico y situada en un ambiente extra-atmosférico.

Amaba la belleza objetiva, la belleza pura e inútil,

exenta de congojas comunicables.

Mientras que todos piden pan, él pide la piedra preciosa de cada día. Sin sentido de la realidad real, pero dueño absoluto de su realidad poética. ¿Qué hizo el poeta para dar unidad y proporciones justas a su credo estético? Limitarse. Hacer examen de conciencia, y con su capacidad crítica, estudiar la mecánica de su creación.

Un poeta tiene que ser profesor en los cinco sentidos corporales. Los cinco sentidos corporales, en este orden: vista, tacto, oído, olfato y gusto. Para poder ser dueño de las más bellas imágenes, tiene que abrir puertas de comunicación en todos ellos, y con mucha frecuencia ha de superponer sus sensaciones y aun de disfrazar sus naturalezas.

Así puede decir Góngora en su Soledad primera:

Pintadas aves — cítaras de pluma — coronaban la bárbara capilla, mientras el arroyuelo para oílla hace de blanca espuma tantas orejas, cuantas guijas lava.

Y puede decir describiendo una zagala:

De el verde margen otra, las mejores rosas traslada y lirios al cabello.
O por lo matizado, o por lo bello si aurora no con rayos, sol con flores.

Archivo Histoteclasion davietape arcomtinue lo mudo ahira.com.ar

verdes voces

0:

0:

voz pintada, canto alado, órganos de pluma.

Para que una metáfora tenga vida, necesita dos condiciones esenciales: forma y radio de acción. Su núcleo central, y una redonda perspectiva en torno de él. El núcleo se abre como una flor que nos sorprende por lo desconocida, pero en el radio de luz que lo rodea hallamos el nombre de la flor y conocemos su perfume. La metáfora está siempre regida por la vista (a veces por una vista sublimada), pero es la vista la que la hace limitada y le da su realidad. Aun los más cranescentes poetas ingleses, como Keats, tienen necesidad de dibujar y limitar sus metáforas y figuraciones, y Keats se salva por su plasticidad admirable del peligroso mundo poético de las visiones. Después ha de exclamar naturalmente: "Sólo la Poesía puede narrar sus sueños". La vista no deja que la sombra enturbie el contorno de la imagen que se ha dibujado delante de ella.

Ningún ciego de nacimiento puede ser un poeta plástico de imágenes objetivas, porque no tiene idea de las proporciones de la Naturaleza. El ciego está mejor en el campo de luz sin límite de la Mística, exento de objetos reales y traspasado de largas brisas de sabiduría.

Todas las imágenes se abren, pues, en el campo visual. El tacto enseña la calidad de sus materias líricas. Su calidad... casi pictórica. Y las imágenes que construyen los demás sentidos están supeditadas a los dos primeros.

La imagen es, pues, un cambio de trajes, fines u oficios entre objetos o ideas de la Naturaleza. Tienen sus planos y sus órbitas. La metáfora une dos mundos antagónicos por medio de un salto ecuestre que da la imaginación. El cinematográfico Jean Epstein dice que "es un teorema en el que se salta sin intermediario desde la hipótesis a la conclusión". Exactamente.

Archivollaiotiginalida Ree Bons Ausse de l'Gongora, va parte de mar la puramente gramatical, está en su método de cazar las

imágenes que estudió utilizando su dramática autocrítica. Hombre de extraordinaria capacidad para el mito, estudia las bellas concepciones de los pueblos clásicos, y huyendo de la montaña y sus visiones lumínicas, se sienta a las orillas del mar, donde el viento

Le corre en lecho azul de aguas marinas turquesadas colinas.

Allí ata su imaginación y le pone bridas como si fuera escultor para empezar su poema. Y tanto deseo tiene de dominarlo y redondearlo, que ama inconscientemente las islas porque piensa, y con mucha razón, que un hombre puede gobernar y poseer mejor que ninguna otra tierra, el orbe definido visible de la redonda Tierra limitada por las aguas. Su mecánica imaginativa es perfecta. Cada imagen, a veces es un mito creado.

Armoniza y hace plásticos de una manera a veces hasta violenta, los mundos más distintos. En sus manos no hay desorden ni desproporción. En sus manos pone como juguetes mares, y reinos geográficos, y vientos huracanados. Une las sensaciones astronómicas con detalles nimios de lo infinitamente pequeño, con una idea de las masas y de las materias, desconocidas en la Poesía hasta que él

las compuso.

En su Soledad primera dice (versos 34 a 41):

Desnudo el joven, cuando ya el vestido océano ha bebido, restituir le hace a las arenas; y al sol le extiende luego que, lamiéndole apenas su dulce lengua de templado fuego,

Archivo Histole embiste y con süave estilo wa ahira.com.ar la menor onda chupa al menor hilo.

¡Con qué juicioso tacto está armonizando el Océano,

ese dragón de oro del Sol embistiendo con su tibia lengua, y ese traje mojado del jóven, donde la ciega cabeza del astro "la menor onda chupa al menor hilo"! En estos ocho versos hay más matices que en cincuenta octavas de la Gerusalem Liberata del Tasso. Porque están todos los detalles estudiados y sentidos como en una joya de orfebrería. No hay nada que dé la sensación del Sol que cae, pero no pesa, como ese verso

Que lamiéndole apenas lento le embiste.

\* \* \*

Como lleva la imaginación atada, la detiene cuando quiere y no se deja arrastrar por las oscuras fuerzas naturales de la ley de inercia, ni por los fugaces espejismos donde mueren los poetas incautos como mariposas en el farol. Hay momentos en las Soledades que resultan increibles. No se puede imaginar cómo el poeta juega con grandes masas y términos geográficos sin caer en lo monstruoso ni en lo hiperbólico desagradable.

En la primera inagotable Soledad dice refiriéndose al istmo de Suez:

El istmo que al Océano divide, y — sierpe de cristal — juntar le impide la cabeza del Norte coronada con la que ilustra el Sur, cola escamada de Antárticas estrellas.

Recuerden el ala izquierda del Mapa-Mundi.
O dibuja estos dos vientos con mano segura y exactas proporciones:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas jutas, ahira com ar para el Cierzo espirante por cien bocas.

O dice de un estrecho (el de Magallanes) esta definición poética tan justa:

> Cuando halló de fugitiva plata la bisagra, aunque, estrecha, abrazadora de un Océano y otro siempre uno.

O llama al mar

Bárbaro observador, mas diligente de las inciertas formas de la Luna.

Y, en fin, en la Soledad segunda compara las islas de Oceanía con las ninfas de Diana cazadora en los remansos del río Eurotas:

> De firmes islas no la inmóvil flota en aquel mar del Alba te describo, cuyo número — ya que no lascivo por lo bello agradable y por lo vario, la dulce confusión hacer podía que en los blancos estanques del Eurota la virginal desnuda montería.

> > \* \* \*

Pero lo interesante es que, tratando formas y objetos de pequeño tamaño, lo haga con el mismo amor y la misma grandeza poética. Para él, una manzana es tan intensa como el mar, y una abeja, tan sorprendente como un bosque. Se sitúa frente a la Naturaleza con ojos penetrantes y admira la idéntica belleza que tienen por igual todas las formas. Entra en lo que se puede llamar mundo de cada cosa, y allí proporciona su sentimiento a los sentimientos que le rodean. Por eso le da lo mismo una manzana que un mar, porque sabe que la manzana en su mundo es tan infinita como el mar en el suyo. La vida de una manzana

desde que es tenue flor hasta que, dorada, cae del árbol a la hierba, es tan misteriosa y tan grande como el ritmo periódico de las mareas. Y un poeta debe saber esto. La grandeza de una poesía no depende de la magnitud del tema, ni de sus proporciones ni sentimientos. Se puede hacer un poema épico de la lucha que sostienen los leucocitos en el ramaje aprisionado de las venas, y se puede dar una inacabable impresión de infinito con la forma y olor de una rosa tan sólo.

Góngora trata con la misma medida todas sus materias, y así como maneja mares y continentes como un cíclope, analiza frutas y objetos. Es más. Se recrea en las cosas pequeñas con más fervor.

En la octava real número diez de la fábula de Polife-

mo y Galatea, dice:

la pera, de quien fué cuna dorada la rubia paja y — pálida tutora —, la niega avara y pródiga la dora.

Llama a la paja pálida tutora de la fruta, puesto que en su seno se termina de madurar desprendida todavía verde de su madre la rama.

Pálida tutora que la niega avara y pródiga la dora; puesto que la esconde a la contemplación de la gente para ponerle un vestido de oro.

Otra vez escribe:

Montecillo las sienes laureado traviesos despidiendo moradores, de sus confusos senos.
Conejuelos que, el viento consultado, salieron retozando a pisar flores.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar Está expresado con verdadera gracia, esa parada seca y ese mohín que hace el hocico del animal al salir de la madriguera:

Conejuelos que, el viento consultado, salieron retozando a pisar flores.

Pero más significativos son estos versos sobre una colmena en el tronco de un árbol, y dice Góngora que era alcanzar de aquélla (la abeja)

Que sin corona vuela y sin espada, susurrante amazona, Dido alada de ejército más casto, de más bella República ceñida en vez de muros de cortezas: en ésta, pues, Cartago, reina la abeja, oro brillando vago, o el jugo bebe de los aires puros, o el sudor de los cielos cuando liba de las muchas estrellas la saliva.

Esto tiene una grandeza casi épica. Y es de una abeja y su colmena de quien habla el poeta. "República ceñida en vez de muros de cortezas" llama a la colmena silvestre. Afirma que la abeja, "susurrante amazona", bebe el jugo de los aires puros, y llama al rocío "sudor de los cielos", y al néctar, "saliva de las flores a quienes llama estrellas mudas". ¿No tiene aquí la misma grandeza que cuando nos habla del mar, del alba y usa términos astronómicos? Dobla y triplica la imágen para llevarnos a planos diferentes que necesita para redondear la sensación y comunicarla con todos sus aspectos. Nada más sorprendente de poesía pura.

Góngora tuvo una gran cultura clásica, y esto le dió fe en sí mismo.

El hace en su época esta increíble imágen del reloj:

Las horas ya de números vestidas

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar o llama a una gruta, sin nombrarla, "bostezo melancólico de la tierra". De sus contemporáneos, sólo Quevedo acierta alguna vez con tan felices expresiones, pero no con su calidad. Hace falta que el siglo XIX traiga al gran poeta y

alucinado profesor Stefano Mallarmé, que paseó por la rue de Rome su lirismo abstracto sin segundo y abrió el camino ventilado y violento de las nuevas escuelas poéticas. Hasta entonces no tuvo Góngora su mejor discípulo... que no lo conocía siquiera. Aman los mismos cisnes, espejos, luces duras, cabelleras femeninas, y tienen el idéntico temblor fijo del barroco, con la diferencia de que Góngora es más fuerte y aporta una riqueza verbal que Mallarmé desconoce, y tiene un sentido de belleza extática, que el delicioso humorismo de los modernos y la aguja envenenada de la ironía no dejan ver en sus poemas.

Naturalmente, Góngora no crea sus imágenes sobre la misma Naturaleza, sino que lleva el objeto, cosa o acto a la cámara oscura de su cerebro, y de allí salen transformados para dar el gran salto sobre el otro mundo con que se funden. Por eso su poesía, como no es directa, es imposible de leer ante los objetos de que habla. Los chopos, rosas, zagalas y mares del espiritual cordobés son creados y nuevos. Llama al mar "esmeralda bruta en mármol engastada, siempre unduosa", o al chopo, "verde lira". Por otra parte, no hay nada más imprudente que leer el madrigal hecho a una rosa, con una rosa viva en la mano. Sobran la rosa o el madrigal.

Góngora tiene un mundo aparte, como todo gran poeta. Mundo de rasgos esenciales de las cosas y diferencias características.

\* \* \*

El poeta que va a hacer un poema (lo sé por experiencia propia) tiene la sensación vaga de que va a una cacería nocturna en un bosque lejanísimo. Un miedo inexplicable rumorea en el corazón. Para serenarse, siempre Ares conveniente beber un vaso de aguat fresca y hacer con tamar pluma negros rasgos sin sentido. Digo negros, porque.. ahora voy a hacerles una revelación íntima... yo no uso tinta de colores. Va el poeta a una cacería... Delicados

aires enfrían el cristal de sus ojos.La Luna, redonda como una cuerna de blando metal, suena en el silencio de las ramas últimas. Ciervos blancos aparecen en los claros de los troncos. La noche entera se recoge bajo una pantalla de rumor. Aguas profundas y quietas cabrillean entre los juncos... Hay que salir. Y este es el momento peligroso para el poeta. El poeta debe llevar un plano de los sitios que va a recorrer y debe estar sereno frente a las mil bellezas y las mil fealdades disfrazadas de belleza que han de pasar ante sus ojos. Debe tapar sus oídos como Ulises frente a las sirenas, y debe lanzar sus flechas sobre las metáforas vivas y no figuradas o falsas que le van acompañando. Momento peligroso si el poeta se entrega, porque como lo haga, no podrá nunca levantar su obra. El poeta debe ir a su cacería limpio y sereno, hasta disfrazado. Se mantendrá firme contra los espejismos y acechará cautelosamente las carnes palpitantes y reales que armonicen con el plano del poema que lleva entrevisto. Hay a veces que dar grandes gritos en la soledad poética para ahuyentar los malos espíritus fáciles que quieren llevarnos a los halagos populares sin sentido estético y sin orden ni belleza. Nadie como Góngora preparado para esta cacería interior. No le asombran en su paisaje mental las imágenes coloreadas, ni las brillantes en demasía. El caza lo que casi nadie ve, porque la encuentran sin relaciones, imagen blanca y rezagada, que anima sus momentos poemáticos insospechados. Su fantasía cuenta con sus cinco sentidos corporales. Sus cinco sentidos, como cinco esclavos sin color que le obedecen a ciegas y no lo engañan como a los demás mortales. Intuye con claridad que la Naturaleza que salió de las manos de Dios no es la Naturaleza que debe vivir en los poemas, y ordena sus paisajes analizando sus componentes. Podríamos decir que pasa a la naturaleza y matices por la disciplina del compás musical. (Dice en la Soledad segunda, versos 350 hasta 360):

Rompida el agua en las menudas piedras, cristalina sonante era tiorba, y las confusamente acordes aves entre las verdes roscas de las yedras muchas eran, y muchas veces nueve aladas musas, que — de pluma leve engañada su oculta lira corva — metros inciertos sí, pero süaves en idiomas cantan diferentes; mientras, cenando en pórfidos lucientes, lisonjean apenas al Júpiter marino tres sirenas.

¡Qué manera tan admirable de ordenar al coro de pájaros!

Muchas eran, y muchas veces nueve aladas musas

¡Y qué graciosa manera de decir que los había de muchas especies!

Metros inciertos sí, pero süaves, en idiomas cantan diferentes

#### O dice:

Terno de gracias bello, repetido cuatro veces en doce labradoras, entré bailando numerosamente.

Dice el gran poeta francés Paul Valéry, que el estado de inspiración no es el estado conveniente para escribir un poema. Como creo en la inspiración que Dios Arcenvía, creó que Valéry valbien encaminado. El estado de mar inspiración es un estado de recogimiento, pero no de dinamismo creador. Hay que reposar la visión del concep-

to para que se clasifique. No creo que ningún gran artista trabaje en estado de fiebre. Aun los místicos, trabajan cuando ya la inefable paloma del Espíritu Santo abandona sus celdas y se va perdiendo por las nubes. Se vuelve de la inspiración como se vuelve de un país extranjero. El poema es la narración del viaje. La inspiración da la imagen, pero no el vestido. Y para vestirla hay que observar ecuanimamente y sin apasionamiento peligroso la calidad y sonoridad de la palabra. Y en Góngora no se sabe qué admirar más, si su substancia poética o su forma inimitable e inspiradisima. Su letra vivifica a su espíritu en vez de matarlo. No es espontáneo, pero tiene frescura y juventud. No es fácil, pero es inteligente y luminoso. Aun cuando resulta alguna rara vez desmedido en la hipérbole, lo hace con una gracia andaluza tan característica, que nos hace sonreír y admirarlo más, porque sus hipérboles son siempre piropos de cordobés enamoradísimo.

Dice de una desposada:

Virgen tan bella que hacer podría tórrida la Noruega con dos soles y blanca la Etiope con dos manos.

Pura flor andaluza. Galantería maravillosa de hombre que ha pasado el Guadalquivir en su potro de pura sangre. Aquí está bien al descubierto el campo de acción de su fantasía.

\* \* \*

Y ahora vamos con la oscuridad de Góngora, ¿Qué es eso de oscuridad? Yo creo que peca de luminoso. Pero para llegar a él hay que estar iniciado en la Poesía y tener una sensibilidad preparada por lecturas y experiencias. Una persona fuera de su mundo no puede paladearlo, como tampoco paladea un cuadro aunque vea lo que hay pinta-

do, ni una composición musical. A Góngora no hay que leerlo: hay que amarlo. Los gramáticos críticos aferrados en construcciones sabidas por ellos, no han admitido la fecunda revolución gongorina, como los beethovenianos empedernidos en sus éxtasis putrefactos dicen que la música de Claudio Debussy es un gato andando por un piano. Ellos no han admitido la revolución gramatical; pero el idioma, que no tiene que ver nada con ellos, sí la recibió con las brazos abiertos. Se abrieron nuevas palabras. El castellano tuvo nuevas perspectivas. Cayó el rocío vivificador, que es siempre un gran poeta para un lenguaje. El caso de Góngora es único en este sentido gramatical. Los viejos intelectuales aficionados a la Poesía en su época, debieron quedarse estupefactos al ver que el castellano se les convertía en lengua extraña que no sabían descifrar.

Quevedo, irritado y envidioso en el fondo, le salió al encuentro con este soneto que llama "Receta para hacer Soledades", y en el que se burla de las extrañas palabrotas,

de la jerigonza que usa Don Luis.

Dice así:

Quien quisiere ser culto en sólo un día la jeri — aprenderá — gonza siguiente. Fulgores, arrojar, joven, pariente, candor, construye, métrica, armonía. Poco, mucho, sino. purpuracía, neutralidad, conculca, erige, mente, pulsa, ostenta, librar, adolescente, señas, traslada, pira, frustra, harpía. Cede, impide, cisuras, petulante, palestra, liba, meta, argento, alterna, si bien. disuelve, émulo, canoro. Use mucho de líquido y de errante,

Archivo Histor de Roctustas yAdescarianae | www.ahira.com.ar Anden listos livor, adunco, poro.

:Qué gran fiesta de color y música para el idioma

castellano! Esta es la jerigonza de Don Luis de Góngora y Argote. Si Quevedo viera el gran elogio que hace de su enemigo, se retiraría con su espesa y ardiente melancolía a los desiertos castellanos de la Torre de Juan Abad. Más que a Cervantes, se puede llamar al poeta padre de nuestro idioma y, sin embargo, hasta este año la Academia Española no lo ha declarado autoridad de la Lengua.

Una de las causas que hacían a Góngora oscuro para sus contemporáneos, que era el lenguaje, ha desaparecido ya. Su vocabulario, aunque sigue siendo exquisito, no tiene palabras desconocidas. Ya es usual. Quedan su sintaxis

y sus transformaciones mitológicas.

Sus oraciones, con ordenarlas como se ordena un párrafo latino, quedan claras. Lo que sí es difícil es la comprensión de su mundo mitológico. Difícil, porque casi nadie sabe Mitología y porque no se contenta con citar el mito, sino que lo transforma o da sólo un rasgo saliente que lo define. Es aquí donde sus metáforas adquieren una tonalidad inimitable. Hesíodo cuenta su Teogonía con fervor popular y religioso, y el sutil cordobés la vuelve a contar estilizada o inventando nuevos mitos. Aquí es donde están sus zarpazos poéticos, sus atrevidas transformaciones y su desdén por el método explicativo.

Júpiter, en forma de toro con los cuernos dorados, rapta a la ninfa Europa:

Era del año la estación florida en que el mentido robador de Europa, media luna las armas de su frente.

Mentido robador: ¡qué delicada expresión para el dios disfrazado!

Archivo HHabilactambienvideas Argentinas | www.ahira.com.ar

el canoro son de la ninfa un tiempo; ahora caña refiriéndose a la ninfa Siringa, que el dios Dani, irritado por su desdén, convirtió en caña, con la que hizo una flauta de siete notas.

O transforma el mito de Icaro de esta manera tan curiosa:

Audaz mi pensamiento el cenith escaló plumas vestido cuyo vuelo atrevido conservaran el desvanecimiento los anales diáfanos del viento

O describe a los pavos reales de Juno con sus plumas fastuosas como

> volantes pies que azules ojos con pestañas de oro sus plumas son, conduzcan, alta Diosa, Gloria mayor del soberano coro

O llama a la paloma, quitándole con razón su adjetivo de cándida,

Ave lasciva de la Cynia Diosa.

Procede por alusiones. Pone a los mitos de perfil, y a veces sólo da un rasgo oculto entre otras imágenes distintas. Baco sufre en la Mitología tres pasiones y muertes. Es primero macho cabrío de retorcidos cuernos. Por amor a su bailarín Ciso, que muere y se convierte en hiedra. Baco, para poder continuar la danza, se convierte en vid. Por último, muere para convertirse en higuera. Así es que Baco nace tres veces. Góngora alude a estas transformaciones en una Soledad, de una manera delicada y profunda, pero solamente comprensible a los que están en el secreto de la historia.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar Seis chopos de seis yedras abrazados Tirsos eran del griego dios, nacido segunda vez, que en pámpanos desmiente los cuernos de su frente.

El Baco de la bacanal, cerca de su amor estilizado en hiedra abrazadora, desmiente, coronado de pámpanos, sus antiguos cuernos lúbricos.

De esta forma están todos sus poemas culteranos.

Y han llegado a tener un sentimiento teogónico tan

agudo, que transforma en mito todo cuanto toca.

Los elementos obran en sus paisajes como si fueran dioses de poder ilimitado y de los que el hombre no tiene noticia. Les da oído y sentimiento. Los crea. En la Soledad segunda hay un joven forastero que, remando en su barquilla, canta una tiernísima queja amorosa, haciendo

instrumento el bajel, cuerdas los remos.

Cuando el enamorado cree que está solo en medio de la verde soledad del agua, lo oye el mar, lo oye el viento, y al fin el eco se guarda la más dulce sílaba de su canto, pero la menos clara:

No es sordo el mar: la erudición engaña. Bien que tal vez sañudo no oya al piloto, o le responde fiero, sereno disimula más orejas que sembró dulces quejas

—canoro labrador— el forastero,

en su undosa campaña. Espongioso, pues, se bebió y mudo el lagrimoso reconocimiento,

de cuyos dulces números no poca

en los dos giros de invisible pluma

que fingen sus dos alas, hurtó el viento:
Archivo Histórico destidaistas cavada rocal www.ahira.com.ar
solicitó curiosa y guardó avara

la más dulce —si no la menos clara—

sílaba, siendo en tanto la vista de las chozas fin del canto.

Esta manera de animar y vivificar la Naturaleza es característica de Góngora. Necesita la conciencia de los elementos. Odia lo sordo y las fuerzas oscuras que no tienen límites. Es un poeta de una pieza, y su estética es inalterable, dogmática.

Otra vez el mar cantó a una desembocadura de río:

es

Centauro ya espumoso el Oceano
—medio mar, medio ría—
dos veces huella la campaña al día
pretendiendo escalar el monte en vano

Su inventiva no tiene turbaciones o claroscuro. Así, en el *Polifemo* inventa un mito de las perlas. Dice del pie de Galatea, al tocar las conchas:

cuyo bello contacto puede hacerlas sin concebir rocío, parir perlas.

Ya hemos visto cómo el poeta transforma todo cuanto toca con sus manos. Su sentimiento teogónico sublime da personalidad a las fuerzas de la Naturaleza. Y su sentimiento amoroso hacia la mujer que tenía que callar por razón de su hábito sacerdotal, le hace estilizar su galantería y erotismo hasta una cumbre inviolable. La fábula del *Polifemo y Galatea* es un poema de erotismo puesto en sus últimos términos. Se puede decir que tiene una sexualidad floral. Una sexualidad de estambre y pistilos en el emocionante acto del vuelo del polen en la Primavera.

¿Cuándo se ha descrito un beso de una manera tan Arcannoniosa ritan chaturalisya sin regado a como vio adescribem ar nuestro poeta en el Polifemo?

No a las palomas concedió Cupido juntar de sus dos picos los rubíes, cuando al clavel el joven atrevido las dos hojas le chupa carmesíes. Cuantas produce Pafo, engendra Gnido Negras violas, blancos alelíes, llueven sobre el que amor quiere que sea tálamo de Acis ya, y de Galatea.

Es suntuoso, exquisito, pero no es oscuro en sí mismo. Los oscuros somos nosotros, que no tenemos capacidad para penetrar su inteligencia. El misterio no está fuera de nosotros, sino que lo llevamos encima del corazón. No se debe decir cosa oscura, sino hombre oscuro. Porque Góngora no quiere ser turbio, sino claro, elegante y matizado. No gusta de penumbras ni metáforas diformes; antes al contrario, a su manera explica las cosas para redondearlas. Llega a hacer de su poema una gran naturaleza muerta.

\* \* \*

Góngora tuvo un problema en su vida poética y lo resolvió. Hasta entonces, la empresa se tenía por irrealizable. Y es: hacer un gran poema lírico para oponerlo a los grandes poemas épicos que se cuentan por docenas. Pero ¿cómo mantener una tensión lírica para durante largos escuadrones de versos? ¿Y cómo hacerlo sin narración? Si le daba a la narración, a la anécdota, toda su importancia, se le convertía en épico al menor descuido. Y si no narraba nada, el poema se rompía por mil partes sin unidad ni sentido. Góngora entonces elige su narración y la cubre de metáforas. Ya es difícil encontrarla. Está transformada. La narración es como un esqueleto del poema envuelto en la carne magnifica de las imágenes. Todos los momentos tienen identica intensidad y valor plástico, y la anédocta no tienen ninguna importancia, pero da con su hilo invisible unidad

al poema. Hace el gran poema lírico de proporciones nunca usadas... Las Soledades.

\* \* \*

Y este gran poema resume todo el sentimiento lírico y pastoril de los poetas españoles que le antecedieron.

El suelo bucólico, que soñó Cervantes y no logró fijar plenamente, y la Arcadia que Lope de Vega no supo iluminar con luces permanentes, las dibuja de manera rotunda Don Luis de Góngora. El campo medio jardín, campo amable de guirnaldas, airecillos y zagalas cultas, pero ariscas, que entrevieron todos los poetas del XVI y el XVII, está realizado en las primera y segunda Soledad gongorina. Es ahí donde está el paisaje aristocrático y mitológico que soñaba Don Quijote en la hora de su muerte. Campo ordenado, donde la Poesía mide y ajusta su delirio.

\* \* \*

Se habla de dos Góngoras. El Góngora culto y el Góngora llanista. Las literaturas y sus catedráticos lo dicen. Pero una persona con un poco de percepción y sensibilidad, podrá notar analizando su obra que su imagen siempre es culta. Aun en los romancillos más fáciles construye sus metáforas y sus figuras de dicción con el mismo mecanismo que cumple en su obra genuinamente culta. Pero lo que pasa es que están situadas en una anécdota clara o un sencillo paisaje, y en su obra culta están ligadas a otras a su vez ligadas, y de ahí su aparente dificultad.

Aquí los ejemplos son infinitos. En una de sus primeras poesías, año 1580, dice:

Archivo Historico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar la bella Jacinta, un día.

O dice:

La mano obscurece al peine.

O un romancillo habla de un mancebo:

La cara con poca sangre, los ojos con mucha noche.

O en 1581 dice:

Y viendo que el pescador con atención la miraba, de peces privando al mar, y al que la mira del alma responde.

O dice refiriéndose a la cara de una doncella:

Pequeña puerta de coral preciado, claras lumbreras de mirar seguro, que a la esmeralda fina, al verde puro habéis para viriles usurpado.

\* \* \*

Estos ejemplos son tomados de sus primeras poesías publicadas por orden cronológico en la edición de Foulché-Delbosc. Si el lector continúa leyendo, nota que el acento culto va en aumento hasta invadir completamente los sonetos y dar su nota de clarín en el famoso *Panegírico*.

El poeta, pues, va adquiriendo con el tiempo con-

ciencia creadora y técnica para la imagen.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Por otra parte, yo creo que el cultismo es una exigencia de verso grande y estrofa amplia. Todos los poetas.

cuando hacen verso grande, endecasílabos, o alejandrinos en sonetos u octavas, tratan de ser cultos, incluso Lope, cuyos sonetos son a veces oscuros. Y no digamos de Quevedo, más difícil que Góngora, puesto que no usa el idioma, sino el espíritu del idioma.

El verso corto puede ser alado. El verso largo tiene que ser claro, construído con peso. Recordemos el siglo XIX. Verlaine, Bécquer. En cambio, ya Baudelaire usa verso largo, porque es un poeta preocupado de la forma. Y no hay que olvidar que Góngora es un poeta esencialmente plástico, que siente la belleza del verso en sí misma y tiene una percepción para el matiz expresivo y la calidad del verbo, hasta entonces desconocida en el castellano. El vestido de su poema no tiene tacha.

Los choques de consonantes modelan sus versos, como estatuas pequeñas, y su preocupación arquitectónica los une en bellas proporciones barrocas. Y no busca la oscuridad. Hay que repetirlo. Huye de la expresión fácil, no por amor a lo culto, con ser un espíritu cultivadísimo; no por odio al vulgo espeso, con tenerlo en grado sumo, sino por una preocupación de andamiaje que haga la obra resistente al tiempo. Por una preocupación de eternidad.

Y la prueba de lo consciente de su Estética, es que se dió cuenta, mientras los demás estaban ciegos, del bizantinismo querido y la arquitectura rítmica del Greco, otro raro para épocas futuras, al que despide en su tránsito a mejor vida con uno de sus sonetos más característicos. La prueba de lo consciente de su estética, es que escribe defendiendo sus Soledades, estas rotundas palabras: "De honroso considero me ha sido honrosa esta poesía; si entendida por los doctos causar me ha autoridad, siendo lance forzoso venerar, que nuestra lengua a costa de mi trabajo haya llegado a la perfección y alteza de la latina." ¿Para qué más?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

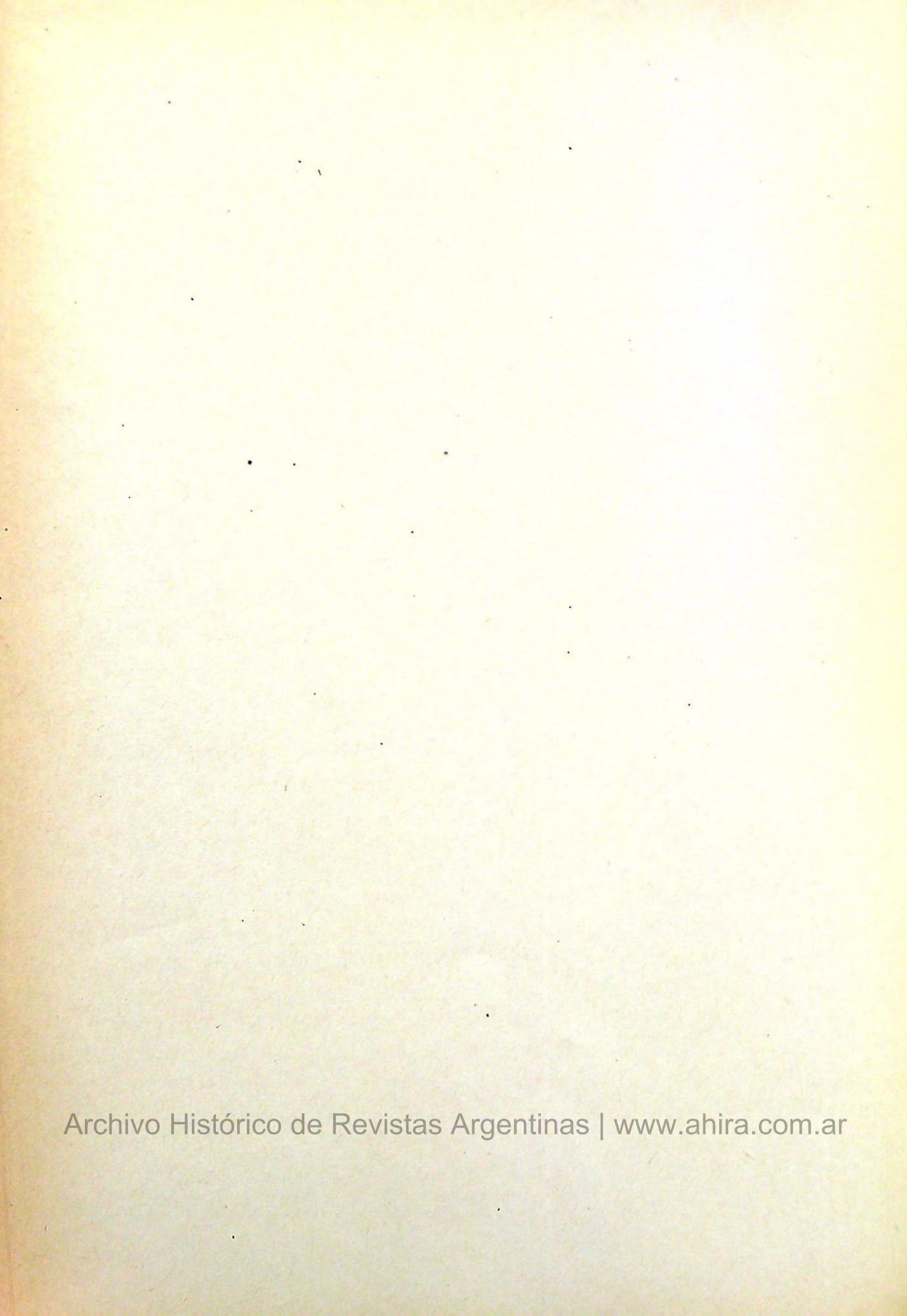
Llega el año de 1627. Góngora, enfermo, endeudado y el ánima dolorida, regresa a su vieja casa de Córdoba. Regresa de las piedras de Aragón, donde los pastores tienen barbas duras y pinchosas como hojas de encina. Vuelve sin amigos ni protectores. El Marqués de Sieteiglesias muere en la horca para que su orgullo viva, y el delicado gongorino Marqués de Villamediana cae atravesado por las espadas del rey. Su casa es una casona con dos rejas y una gran veleta, frente al convento de Trinitarios Descalzos.

Córdoba, la ciudad más melancólica de Andalucía, vive su vida sin secreto. Góngora viene a ella sin secreto también. Ya es una ruina. Se puede comparar con una vieja fuente que ha perdido la llave de su surtidor. Desde su balcón verá el poeta desfilar morenos jinetes sobre potros de largas colas, gitanas llenas de corales que bajan a lavar al Guadalquivir medio dormido; caballeros, frailes y pobres, que vienen a pasear en las horas de sol trasmontado. Y no sé por qué extraña asociación de ideas, me parece que las tres morillas del romance, Axa, Fátima y Marien, vienen a sonar sus panderetas, las colores perdidas y los pies ágiles. ¿Qué dicen en Madrid? Nada. Madrid, frívolo y galante, aplaude las comedias de Lope y juega a la gallina ciega en el Prado. Pero ¿quién se acuerda del racionero? Góngora está absolutamente solo... Y estar solo en otra parte puede tener algún consuelo... pero ¡qué cosa más dramática es estar solo en Córdoba! Ya no le quedan, según frase suya, más que sus libros, su patio y su barbero. Mal programa para un hombre como él.

La mañana del 23 de Mayo del 1627, el poeta prejunta constantemente la hora que es. Se asoma al balcón
y no ve el paisaje, sino una gran mancha azul. Sobre la torre Malmuerta se posa una larga nube iluminada. Góngora, haciendo la señal de la cruz, se recuesta en su lecho oloroso a membrillos y secos azahares. Poco después, su alma,
dibujada y bellísima como un arcángel de Mantegna, calzadas sandalias de oro, al aire su túnica amaranto, sale a

la calle en busca de la escala vertical que subirá serenamente. Cuando los viejos amigos llegan a la casa, las manos de Don Luis se van enfriando lentamente. Bellas y adustas, sin una joya, satisfechas de haber labrado el portentoso retablo barroco de las Soledades. Los amigos piensan que no se debe llorar a un hombre como Góngora, y filosóficamente se sientan en el balcón a mirar la vida lenta de la ciudad. Pero nosotros diremos este terceto que le ofreció Cervantes:

Es aquel agradable, aquel bienquisto, aquel agudo, aquel sonoro y grave sobre cuantos poetas Febo ha visto.



#### El supuesto andalucismo de América \*

Por PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

I

La tendencia a identificar a la América española con Andalucía en el orden lingüístico, con apoyo en el supuesto predominio de los andaluces en la conquista y colonización del Nuevo Mundo, es cosa antigua ya: data, por lo menos, desde Alcedo (siglo XVIII) (1); pero carece de fundamento sólido. Hasta ahora, es verdad, había sido costumbre exponer esta idea de paso, como una de esas verdades que, de puro sabidas, se callan o poco menos.

Aunque la alta autoridad de Cuervo ha puesto en la balanza todo su peso en contra de la idea, aduciendo para ello excelentes comprobaciones (2), y aunque yo mis-

(2) El castellano en América, en el Bulletin Hispanique, 1901, III, págs. 41-42.

<sup>(\*)</sup> El presente trabajo se publicó en 1925, en los Cuadernos del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires. Se reproduce ahora con muy ligeros retoques y agregando notas nuevas con indicación expresa de cuándo lo son.

Archi (1) L'Antonio de Alcedo Discionario geográfico-histórico de das Indias mar occidentales (América), Madrid, 1786-1789; en el tomo V, donde inserta el primer Vocabulario de las voces provinciales de América.

mo la combatí ya anteriormente (Observaciones sobre el español en América, en la Revista de Filología Española. 1921, VIII, págs. 359-360) (3), creo necesario volver sobre el asunto, porque en el interesante trabajo del Dr. Max Leopold Wagner sobre El español de América y el latín vulgar (4) es, si no me equivoco, donde más en extenso se trata de la vieja hipótesis, reduciéndola (innovación que debe despertar interés) a declarar surespañola sólo una parte de América: las Antillas, la costa atlántica de Méjico, Venezuela, Colombia y la Argentina, y finalmente Chile. Por fortuna el trabajo del Dr. Wagner no pierde su interés ni su valor sustancial con esta rectificación.

\* \* \*

Es corriente creer que en la fonética se parecen Andalucía y la vaga entidad, la enorme extensión de América;

(3) Decía en aquella ocasión sobre este punto: Ante tanta diversidad (fonética, morfológica, léxica y sintáctica en las distintas regiones americanas), fracasa una de las generalizaciones más frecuentes: el andalucismo de América; tal andalucismo, donde existe -es sobre todo en las tierras bajas-, puede estimarse como desarrollo paralelo y no necesariamente como influencia del Sur de España. La idea del andalucismo se insinúa, de seguro por simple inadvertencia, aun donde menos se la espera; por ejemplo: "propia de Andalucía, y por lo tanto de América'', en R. Menéndez Pidal, Gramática histórica, qu'nta edic'ón, pág. 85 (bastaría suprimir el "por lo tanto"). R. J. Cuervo me parece representar la opinión justa, apoyada en buenos datos: "toda la Península dió su contingente a la población de América" (El castellano en América. en el Bulletin Hispanique, 1901, III, 41-42; véanse además, Apuntaciones críticas, parrafo 996 de la sexta edición, y prólogo a la quinta). Hanssen, en su Gramática histórica de la lengua castellana Halle, 1913, se limita (pág. 3) a decir que el lenguaje popular de América se parece en muchas particuloridades al "sermo rusticus" de España, y especialmente al andaluz. Igualmente T. Navarro Tomás, Manual de pronunciación española, Madrid, 1918: "En líneas generales, la pronunciación hispanoamericana se parece más a la andaluza que a la de las demás regiones españolas". Lenz, en sus Beitrage zur Kenntnis des Amerikanospanischen (Zeitschrift für romanische Philologie, 1893. XVII, 189), opina que los colonizadores procedían de todas las provincias de España, lo cual hubo de producir una especie de "nivelación lingüística" (eine sprachliche Ausgleichung); pero en el primero de los Ensayos filológicos americanos (Anales de la Universidad de Chile, 1894, LXXXIX, Archilla a 1320 hace concesiones at the nocion muy digulgada, pero no probada, de que en la colonización prediminaron los extremeños y los andaluces.

(4) Amerikanisch-Spanisch una Vulgärlatein, en la Zeitschrift für Romanische Philologie, 1920. Véase la traducción española en Cuadernos del Ins-

tituto de Filología, I, núm. I, Buenos Aires, 1924.

pero en verdad la América española ofrece demasiada variedad de fenómenos para encerrarse en fórmulas simples. Los dos fenómenos fonéticos que sirven de base a esta identificación popular, superficial, son el uso de s por z y el de y por ll. Pero el análisis, siquiera somero, revela dos evolu-

ciones separadas de estos fenómenos:

I. De los cuatro sonidos sibilantes que existían en la época de la conquista, América hizo uno solo, s (salvo uno que otro resto, perceptible en el Perú y en las Antillas, que mencioné en mis Observaciones); en cambio, Andalucía hizo dos, s y z, y sus habitantes se inclinan (y se inclinaban desde el siglo XVI), ya al uno, ya al otro. El zezeo andaluz no tiene paralelo en el Nuevo Mundo. En su preferencia por la s sola, América se parece, no a Andalucía, sino a otras regiones españolas: Vasconia, Cataluña, Valencia, parte de Galicia (5).

II. En España el empleo de y por ll existe en gran parte de Andalucía, pero se extiende a gran parte de Castilla la Nueva, incluyendo a Madrid, y a lugares salteados de Castilla la Vieja y de León; en cambio, en América se conserva la ll en todos los países del continente meridional a lo largo de los Andes: Colombia, el Ecuador, el Perú, Bolivia y gran parte de Chile. Se conserva además en el Paraguay, en la provincia argentina de Corrientes y esporádicamente en las provincias de Mendoza, San Juan, La Rioja, Catamarca, Salta, Jujuy, Tucumán y la gobernación de los Andes; y no será extraño que se descubran nuevos islotes de ll, como el mejicano que encontró Manuel G. Revilla en el Estado de Morelos. En suma: ni en Andalucía ni en América hay uniformidad en el uso de la y por ll.

Deshechos estos paralelismos, cabría buscar otros (articulación de la s y de la j, debilitamiento de la s en final

<sup>(5)</sup> Nota de 1937: Debo explicar que en las Provincias Vascongadas, en las gallegas, en las catalanas, en las valencianas y en las Islas Baleares falta el sonido Z en las lenguas locales, y por eso los habitantes muchas veces usam sen lugar de Z al hablar español; pero la enseñanza escolar combate la sustitución: por eso las personas cultas, de todas aquellas provincias, y aun buena parte de las personas incultas, usan normalmente la Z. El caso, pues, es distinto del andaluz.

de sílaba, alteraciones de la r y de la l) pero resultarían igualmente imperfectos. Y hablar del acento andaluz en la costa atlántica de Méjico, como lo hace el Dr. Wagner, es aventurar demasiado: ningún español diría tal cosa.

¿Hay andalucismo en el vocabulario de América? Nunca se ha intentado la comparación de nuestro vocabulario con el de regiones españolas, excepto Andalucía; las semejanzas resultan desordenadas y casuales (6).

6) Nota de 1937: Resulta curioso examinar el Vocabulario andaluz, de D. Antonio Alcalá Venecslada, publicado en Andújar, 1934: sólo dos de cada cien palabras allí registradas he podido comprobar que se conozcan en América en la forma o en el significado que les da el Sr. Alcalá. Poco mayor es la proporción en las Vocas andaluzas, de D. Miguel de Toro Gisbert, publicadas en la Revue Hispanique, de París, 1920, XLIX, págs. 313-647. Y debo advertir que pertenezco a la zona que ocupa el primer lugar en América en punto de semejanzas con la idea que generalmente existe del habla andaluza: la zona antillana. Allí, como en Andalucía, 1) es común y por ll (mientras media América del Sur pronuncia ll; a la vez, en Andalucía constituyen excepción gran parte de Huelva y unos pocos lugares de Sevilla y de Granada; 2) es universal s por z, aunque restos de las sibilantes del siglo XVI parecen haber perdurado largo tiempo; 3) es general la aspiración de la s final de sílaba (en España no se da solo en Andalucía, sino también en Extremadura, en Murcia, en Toledo, en Ciudad Real y esporádicamente en otros lugares de Castilla la Nueva y aun de Castilla la Vieja; en América se da, por ejemplo, en el Uruguay, y la Argentina (bosque - bohque), en Tabasco y Chiapas, de Méjico, pero falta en la mayor parte de la República Mejicana, de Colombia y del Perú); 4) es usual entre gente inculta un fonema vacilante entre l y r para sustituirlos en final de sílabas (de ahí la impresión de que cuando se ha de decir alma se dice arma y al revés); 5) es usual el debilitamiento no sólo de la s, la r y la l, sino de toda consonante en final de sílaba (excepto las nasales), y en las clases infimas se llega a la supresión total de la consonante, exceptuándose la n: comé, yové, papé, revé, o vedá; 6) la n final se vuelve velar; 7) cae la d intervocálica (estado social inferior) (lao, deo, quear, to, na); 8) la articulación de la j se reduce a un soplo faríngeo; 9) la articulación de la s es variable incluyendo el tipo predorsal convexo semejante al de Sevilla y el coronal plano que domina en la mayor parte de Andalucía, con aproximación al tipo apical cóncavo de Castila y del norte de Córdoba y el nordeste de Jaén, Granada y Almería; 10) las vocales tienden de preferencia al tipo abierto, mientras que en zonas de América que se tienen como andalucistas -así, el litoral argentino- se da de preferencia el tipo cerrado; 11) los grupos de vocales fuerte y débil en que el acento cae sobre la débil no tienden a contraerse en diptongos: se dice baú por baúl (no bául), maí y sólo por excepción máis, paí, reío y no réido, etc. (en cambio, la mayor parte del habla popular de España —fuera de Andalucía y Extremadura — y de América — fuera de las Antillas — tiene o ha tenido la tendencia a la diptongación: consúltese Amado Alonso, Cambios acentuales, en su libro Problemas de dialectología hispanoamericana, Buenos Aires, 1930, y apéndices a los Estudios sobre el español de Nuevo Méjico, calización de r y l cn i, existente en Andalucia, aunque poco extendido, se calización de r y l cn i, existente en Andalucia, aunque poco extendido, se calización de r y l cn i, existente en Andalucia, aunque poco extendido, se calización de r y l cn i, existente en Andalucia, aunque poco extendido, se calización de r y l cn i, existente en Andalucia, aunque poco extendido, se calización de r y l cn i, existente en Andalucia, aunque poco extendido, se calización de r y l cn i, existente en Andalucia, aunque poco extendido, se calización de r y l cn i, existente en Andalucia, aunque poco extendido, se calización de r y l cn i, existente en Andalucia, aunque poco extendido, se calización de r y l cn i y existente en Andalucia, aunque poco extendido, se calización de r y l cn i y existente en Andalucia, aunque poco extendido, se calización de r y l cn i y existente en Andalucia, aunque poco extendido, se calización de r y l cn i y existente en Andalucia, aunque poco extendido, se calización de r y l cn i y existente en Andalucia, aunque poco extendido, se calización de r y l cn i y existente en Andalucia, aunque poco extendido, se calización de r y l cn i y existente en Andalucia, aunque poco extendido, se calización de r y l cn i y existente en Andalucia, aunque poco extendido extendido en actual de la complexitation de la complexita noce en las Antillas, en zonas reducidas de Santo Domingo y Puerto Rico.

Las entonaciones, sí, me parecen desemejantes, y en las Antillas varían desde el tono agudo y el tempo vivaz de la Habana hasta el tono grave y el

En cuanto a las semejanzas de espíritu y de costumbres... "c'est de la littérature".

El Dr. Wagner basa su hipótesis del surespañolismo de una parte de América en tres supuestos:

1º En la conquista predominó el Sur de España, o sea Andalucía y Extremadura (que no es meridional).

2º Después de la primera época, toda España dió

contingente a América.

3º Las regiones pobladas primero adquieren el cacácter surespañol; las pobladas después reciben su lengua de toda España, y su español no tiene aquel matiz regional.

Pero los supuestos son discutibles, en particular el primero.

Ante todo, el Sur de España no lo forman, ni geográfica ni lingüísticamente, Andalucía y Extremadura. Sólo Andalucía es propiamente meridional; Extremadura no lo es más que Valencia o Castilla la Nueva. Al contrario, todos los que hemos visitado Extremadura podemos dar testimonio de que. lingüísticamente, aquella región se suma en general a Castilla, y el norte de Cáceres sufre la influencia de la región leonesa (7).

tempo andante de la ciudad de Santo Domingo, característica especialmente do las generaciones ya declinantes. Es verdad que en Andalucía hay variedades de entenación y que al tono agudo de Sevilla puede oponerse la gravedad de Córdoba. Pero las curvas melódicas no creo que coincidan. Hay divergencia, además, en el trato de las sibilantes: ni hay en las Antillas zezeo, como el de las clases populares en gran parte de las provincias de Huelva, Sevilla, Málaga, Granada y pequeña parte de Almería; ni se distingue entre s y z, como en una tercia parte de Andalucía (la mayor parte de Jaén y Almería, alrededor de la mitad de Huelva, Córdoba y Granada, y una corta región de Sevilla). Los datos sobre las zonas andaluzas de las diversas pronunciaciones proceden, como es de suponer, del revolucionario estudio de Tomás Navarro Tomás, Aurelio M. Espinosa hijo y L. Rodríguez Castellano La frontera del andaluz, en la Revista de Filología Española, de Madrid, 1933, XX, 225 - 277.

7) Nota de 1937: Apoyándome en las impresiones que recogí en rápida visita de 1920 a las dos provincias extremeñas, Cáceres y Badajoz, afirmaba yo en 1925 que Extremadura lingüísticamente, se aproxima a Castilla más que a Andalucía. Después, el estudio de Navarro Pomás, Espinosa y Rodríguez - Castellano, La frontera del andaluz, lo confirma. En Badajoz se pronuncian, distinguiéndolas, s y z en posición inicial de sílaba, como en Castilla (es verdad que igual cosa sucede en parte de Andalucía): sólo en la raya

¡Hubo preponderancia numérica de los andaluces y los extremeños en la conquista y colonización? Dos causas lo han hecho creer: una, el extraordinario papel que desempeñaron Cortés y Pizarro, extremeños los dos; otra, la importancia de Andalucía como punto de partida para las Indias, especialmente desde que se funda la Casa de Contratación en Sevilla (1503), hasta el grado de que a veces se contaba a los viajeros como sevillanos porque procedían de aquella ciudad, aunque hubiesen nacido en otra. Pero no ha sido posible dar pruebas de la preponderancia andaluza. El Dr. Wagner menciona a siete personajes de la conquista, cuatro de Extremadura y tres de Andalucía: es fácil agregar otros nombres de andaluces bien conocidos (los Pinzón, Pedro de Mendoza, Díaz de Solís, Las Casas, Cabeza de Vaca, por ejemplo); pero igualmente fácil es oponer una lista mayor de conquistadores y colonizadores castellanos: Grijalva, Narváez, Diego Velázquez, González de Avila, Ayolas, Carabajal, Francisco de Barrionuevo, Rodrigo de Contreras, Pedrarias Dávila, Vasco de Quiroga, Juan de la Cosa, Juan de Villegas, procedentes de Castilla la Vieja; Ojeda, Pedro de Heredia, Almagro, Ercilla, Oviedo, Diego Méndez de Segura, Francisco de Aguirre, procedentes de Castilla la Nueva. Juzgando por el origen comprobado de los conquistadores y colonizadores mejor conocidos, habría que creer en el predominio de Castilla (7).

de Portugal hay seseo, de origen portugués, y en Fuente del Maestre, hacia el centro de la porvincia, como islote. "La s ápicoalveolar de tipo castellano domina en la mayor parte de la provincia". En posición final de sílaba, tanto la s como la z se convierten en aspiración. Las diferencias en el tipo de s y la distinción o la confusión entre s y z son, dicen los autores de La frontera del andaluz, "los hechos más importantes y calificados para servir de base a la delimitación geográfica entre el castellano y el andaluz. No pueden utilizarse a este propósito ni la aspiración de la h, ni la relajación de la s en final de sílaba, ni el yeísmo [y por ll], ni otros fenómenos que, hallándose en Andalucía, existen también en otras regiones españolas sin relación alguna de dependencia respecto a la modalidad lingüística andaluza". En la provincia de Murcia también se distinguen y y se sólo se habla con s en una pequeña zona, lejos de Andalucía, alrededor de Cartagena. La s general de

Murcia "es la ápicoalveolar cóncava, de tipo castellano".

7) Nota de 1937: Posteriormente, mi estudio de 1931 que se reprodujo en esta revista, Comienzos del español en América, demuestra que los castellanos, leoneses, aragoneses y navarros predominaban sobre los andaluces.

O analícese la prueba de dos nombres de lugar: Nueva Granada y Nueva Andalucía. Entonces ¿qué decir de Castilla del Oro, Nueva Toledo, Nueva Segovia, Nuevo Santander, Nuevo León, Nueva Vizcaya, Nueva Galicia, y de los Santiagos (innumerables), Compostelas, Leones, Zamoras, Salamancas, Palencias, Avilas, Santanderes, Valladolides, Cuencas, Guadalajaras, Barcelonas, Valencias, Cartagenas, junto a los cuales son poca cosa los Cádices, Granadas, Córdobas y Sevillas, hasta cuando se les añadieran los Trujillos y Méridas de origen extremeño?

La opinión de D. Diego Barros Arana, citado por el Dr. Wagner, sobre el predominio andaluz en Chile, queda desvirtuada con el estudio de D. Luis Thayer Ojeda, Elementos étnicos que han intervenido en la población de Chile, Santiago, 1919. El Sr. Thayer Ojeda logró averiguar el origen de 1.671 españoles llegados a Chile entre la conquista y los comienzos del siglo XIX: el que recorra superficialmente su libro creerá, tal vez, que sus estadísticas atribuyen el predominio a los andaluces, pues éstos son más que los castellanos viejos o los castellanos nuevos considerados aisladamente; pero hecha la suma de las dos Castillas, su preponderancia resulta indudable: 29,1 % de los colonizadores e inmigrantes eran castellanos (15,5 % de Castilla la Vieja y 13,6 % de la Nueva); 20,5 % andaluces; 11,6 % vascongados; 8,9 % extremeños; 8,2 % leoneses, y 4,6 % navarros. Refiriéndose sólo al siglo de la conquista, el XVI, obtuvo estas proporciones: 27,3 % castellanos (16,2 % de Castilla la Nueva y 11,1 % de Castilla la Vieja); 26,1 % andaluces; 13,5 % leoneses, y 5,1 % vascos (8).

El Dr. Wagner cree descubrir el matiz andaluz en la costa atlántica de Méjico y no en el resto del país; para

<sup>8)</sup> Nota de 1937: Revisados y rectificados los datos del Sr. Thayer Ojeda sobre el siglo XVI, en mi estudio sobre Comienzos del español en América, dan 40,2 % para los españoles del norte y centro (22,2 % para las dos Castillas; 16,3 % para León; 1,7 % para Aragón y Navarra); 27,7 % para los andaluces y canarios; 14 % para los españoles de la zona intermedia (Extremadura y Murcia); 18 % para los de zonas faterales (vascos, catalanes, valencianos, baleares, gallegos y portugueses).

mi, las semejanzas del litoral del golfo mejicano con el Sur de España se reducen a bien poco: a mucho menos que la semejanza de las Antillas, por ejemplo. En Chile (donde se pretende hallar andalucismo) resulta probado que no existió el supuesto predominio andaluz; en Méjico sí intervinieron más andaluces que castellanos en la conquista y colonización: pero no predominan, pues quedan en minoría si se les compara con los demás españoles en conjunto. El Dicccionario autobiográfico de conquistadores y pobladores de Nueva España, sacado de los textos originales, por Francisco A. de Icaza (dos vols., Madrid, 1923), contiene 1.385 cédulas. Restando 284 de personas cuya procedencia no consta o no puede identificarse geográficamente, quedan 1.101: de ellos 346 (cerca del 31,5 %) eran andaluces; 262 (cerca del 24 % eran castellanos; 184 (cerca del 17 %) eran extremeños; 144 (o sea el 13 %), de la región astur-leonesa (Asturias, León, Zamora, Palencia, Salamanca, Valladolid). El resto -menos del 15 %— son portugueses y gallegos, 41; vascos, 27; navarros, 4; aragoneses, 15; catalanes, 6; valencianos, 3; baleares, 3; murcianos, 11; de fuera de la Península Ibérica, hay 34 europeos (entre ellos 19 italianos y 6 franceses), 2 canarios, 3 portugueses de Azores y Madeira, 1 africano y 15 nativos de América (9).

Chile y Méjico demuestran, pues, que no eran mayoría los andaluces de la conquista y colonización, pues en ningún caso llegan a constituir siquiera la tercia parte del total.

Cuervo tenía razón: toda la Península dió su contingente a la población de América, y la base lingüística general, sin peculiaridades de región española, que Wag-

<sup>9)</sup> Nota de 1937: Revisados de nuevo cuidadosamente los datos del Diccionario de Icaza, en mi estudio sobre Comienzos del español en América, pude identificar las procedencias de 1.174 personas (en vez de sólo 1.101, como antes), resultando el 41 % para los españoles del norte (castellanos, leoneses, navarros y aragoneses), cerca del 32,5 % para los españoles del sur (andaluces y canarios), 19 % para los de la zona intermedia (Extremadura, Murcia y Albacete), poco más del 7 % para los de las zonas laterales

ner atribuye a la mayor parte del Nuevo Mundo, debe atribuirse a todo él.

¿Cuáles fueron las regiones pobladas primero? Las Antillas, desde luego; pero al llegar a los continentes hay que atenerse a la fecha de fundación de los pueblos, villas y ciudades y a las noticias sobre su desarrollo. De ningún modo cabe afirmar que las costas fueron pobladas antes que el interior. Así, en el caso de Méjico, el litoral del Golfo fué visitado antes que la altiplanicie central, naturalmente; pero fué poblado después: el primer gran centro de población fué la ciudad de Méjico, desde 1521.

Creo, por mi parte, que en la América española hay cinco zonas lingüísticas, caracterizadas por tipos de vocabulario (1, Méjico, América Central; 2, Antillas, Venezuela, costa norte de Colombia; 3, Colombia, el Ecuador, el Perú, Bolivia; 4, Chile; 5, Río de la Plata), y que dentro de cada una de ellas tienden a definirse dos tipos de pronunciación: la de tierras altas y la de tierras bajas; las últimas ofrecen principalmente los fenómenos que el Dr. Wagner estima como andalucismo. ¿A qué se debe la diferenciación? No lo sabemos (10). Entretanto, no hay pruebas que permitan atribuir a razones de población las manifestaciones lingüísticas de nuestra América, que coincidan, en parte. con las de Andalucía.

En su comentario, publicado en la Revista de Filología Española, 1927, XIV, 20-32, el Dr. Max Leopold Wagner concide con mis puntos de vista esenciales y sólo disiente de pormenores. Vale la pena hacer el resumen de esos

puntos del acuerdo:

<sup>10)</sup> Nota de 1937: En 1925 agregaba aquí que no era posible decidir si el clima influía en estas diferencias de pronunciación entre tierras altas y tierras bajas, porque no se sabe cuál sea "la influencia del clima sobre los fenómenos fonéticos". Como las tres líneas que entonces escribí dieron motivo a que el Dr. Max Leopold Wagner, cuando comentó este trabajo sobre El supuesto andalucismo de América, discutiera "la teoría climatológica", a la cual no pensé atribuir gran importancia, creo que ahora no hay por qué insistir en este punto, enteramente ajeno al problema de que trato.

1. El español de América, considerado en su conjunto, tiene caracteres propios: no procede ni depende especialmente de ninguna región de España, porque todas las regiones estuvieron representadas en la conquista y la colonización.

2. Hay, sin embargo, coincidencias especiales de la América española con Andalucía. Las semejanzas son ligeras, a veces ligerísimas, o no las hay, en las tierras altas del Nuevo Mundo; son más abundantes en las tierras bajas: esta observación la hicimos por primera vez, y separadamente, el Dr. Wagner y yo en nuestros respectivos trabajos El español de América y el latín vulgar y Observaciones sobre el español en América.

3. Tales semejanzas no permiten, sin embargo, afirmar el andalucismo de América, según la opinión vulgar, o sea la identificación lingüística entre

Andalucía y la América española.

4. Se ha buscado el origen de esas semejanzas en el supuesto predominio de los andaluces en la conquista del Nuevo Mundo, o por lo menos (tesis nueva que propuso el Dr. Wagner) en la colonización de las tierras bajas; pero todos los datos estadísticos que se conocen hasta ahora impiden mantener la suposición. No hay ningún fenómeno en que invariablemente coincidan Andalucía y la América española en conjunto.

5. No hay explicación segura, todavía, del origen de esas semejanzas. La explicación climatológica no puede intentarse, porque no existen normas

científicas para determinar la influencia del clima sobre la lengua.

Observación de 1937: es probable que con el Paraguay se deba constituir una zona aparte, separada del conjunto de la del Río de la Plata. Serían seis, pues, las zonas lingüísticas de la América española.

# La duración de Bergson y el tiempo de Einstein

Por ENRIQUE BUTTY

#### CAPITULO IV

El tiempo físico

### § 1. — Número y espacio

El concepto de número implica una representación en el espacio y, por consiguiente, todo lo que se expresa mediante números, todo lo que se mide, es simplemente espacio, en último análisis. En particular ello sucede con el tiempo que mide la física. Mediante el número y las operaciones de las medidas practicadas por el físico, la duración se torna espacio.

El concepto de número natural, se basa, ante todo, en el concepto más simple de unidad. Sólo es posible contar objetos iguales, ya porque lo sean en realidad, ya porque los suponemos tales, prescindiendo de las características y propiedades que los diferencian. Se cuentan manzanas, se cuentan naranjas; pero, si no queremos prescindir de las diferencias entre las manzanas y entre las naranjas,

Archno pueden contarse en tealidad se eliminan dichas diferen-

cias: se cuenta frutas y no un conjunto de manzanas y naranjas. Puedo contar las personas y cosas existentes en esta sala; pero al hacerlo prescindo de todo lo que las diferencia; cada persona o cada cosa la tomo como una unidad; para mi operación de contar, sólo considero lo que puede quedar de las personas y objetos al considerarlos como cosas iguales; por abstracción los igualo, eliminando las propiedades que los caracterizan y diferencian. Me es posible, si me conviene, contar los dedos de las manos de las personas en lugar de estas últimas; llegaré así a un número diez veces mayor, habiendo tomado abstractamente como unidad algo que antes formaba parte de otras unidades.

Al individualizar una unidad, se prescinde en realidad de todas las propiedades y cualidades que caracterizan al objeto que se toma como tal. Todas las unidades son iguales, pero, sin embargo, distintas. Algo es menester conservar para distinguir una de otra; sino resultarían todas una y una sola y misma cosa. Lo que se guarda de un objeto al reducirlo a una unidad y que lo distingue de las otras unidades, es precisamente su posición en el espacio. No se cuentan en realidad objetos, sino posiciones espaciales. Ya esto indica que el número, formado por unidades, implica, de hecho, un concepto espacial.

Pero sigamos adelante. El concepto de número se funda, no sólo en la noción previa de unidad, sino además en la de conjunto de objetos considerados como unidades, o, mejor, en la de conjunto de puntos espaciales. Todos los objetos del conjunto, es decir, los puntos que dan sus posiciones, deben estar simultáneamente distribuídos y distinguidos en el espacio; por lo menos, debe poderse suponer conceptualmente que se encuentran en estas condiciones.

Dados dos conjuntos de objetos, para saber si tienen igual número de unidades, se requiere proceder a coordi-Archarlos. Es esta una operación que consiste en aparearlos, en juntarlos dos a dos, cada objeto o unidad de un conjunto con un objeto o unidad del otro conjunto. Si al practi-

car esta operación no queda ningún objeto de uno cualquiera de lo conjuntos sin su correspondiente objeto en el otro, se dice que ambos conjuntos son coordinables. Cuando ello sucede, la experiencia indica que, hecha la coordinación en un orden cualquiera, subsiste cuando se la practica en otro orden. Si en una sala hay un conjunto de sillas y entra un conjunto de personas y al sentarse no queda ninguna silla desocupada, ni ninguna persona de pie, los dos conjuntos son coordinables. Si las personas se levantan y no existe ventaja en la posición de las diversas sillas, no pueden tener premura alguna en volverse a sentar porque saben, al haber establecido, al sentarse una vez, la coordinación del conjunto que ellas forman con el conjunto de las sillas, que a cada uno le tocará la silla correspondiente cualesquiera que sean las que ocupen las demás.

Hay algo común entre todos los conjuntos que son coordinables entre sí, el hecho mismo de la posibilidad de la coordinación en cualquier orden. Esto común a todos los conjuntos coordinables entre sí, es lo que se llama el nú-

mero de objetos o unidades que contienen.

Si tomo un conjunto y le agrego una unidad, es decir un objeto más, obtengo un nuevo conjunto que no es coordinable con el anterior, al que corresponde un número distinto. Pues si trato de aparear las unidades del segundo con las del primero, me quedará en aquél siempre una unidad sin su correspondiente par en este último. Partiendo, pues, de la unidad y agregando sucesivamente una unidad, obtengo una serie de conjuntos no coordinables entre sí. Un sistema de numeración consiste en el enunciado de reglas prácticas y cómodas para dar nombres distintos a los números que corresponden a la serie indefinida de conjuntos así obtenidos, y a los que sean respectivamente coordinables con ellos.

La palabra cinco no indica nada de por sí, si no se sabe encontrar el conjunto básico con el cual debe coordinar cualquier conjunto a cuyo número de objetos se haman dado el nombre cinco. Así, el niño no sabe contar cuando

ha aprendido de memoria el nombre de los números; recién lo sabe, cuando es capaz de encontrar los conjuntos básicos que estos números representan. En un comienzo, sólo tiene los conceptos de unidad y pluralidad; le son indistintos el número cuatro y el número nueve, y les da el alcance de muchos objetos. Recién sabe contar, recién ha adquirido la noción de número, cuando al ofrecerle, por ejemplo, cuatro caramelos, levanta sucesivamente cuatro dedos, y mirándolos en conjunto y comprendiendo que cada caramelo puede aparearse con uno de los dedos levantados, valora la importancia del obsequio ofrecido, al establecer mentalmente la coordinación del conjunto de caramelos, con el conjunto de dedos.

Es cierto que la operación de contar se efectúa generalmente en la sucesión y, por consiguiente, que tiene las apariencias de realizarse fuera del espacio. Se van separando uno tras otro los objetos de un conjunto y repitiendo los nombres de la secie de conjuntos que constituyen los números naturales; pero no se llegaría a ningún resultado preciso, si, al separar sucesivamente las unidades, no se las colocara distintamente en el espacio, de modo a guardar en cada instante, en forma simultánea, los objetos que constituyen el conjunto separado.

El concepto de número se puede aplicar, no sólo a muchos objetos, a conjuntos, sino a una sola unidad. Por ejemplo, si pasa una persona muchas veces frente a mi, puedo contar el número de veces que lo hace, el número de de veces que ocupa una determinada posición del espacio o, mejor, el número de segmentos de curva que necesariamente ha tenido que recorrer en el espacio para encontrarse frente a mí. El número así obtenido, sólo tiene un sentido si conservo, por lo menos con la imaginación, en el espacio como distintos estos segmentos de curva. No cuento pues sucesiones, sino segmentos de curva del espacio archave están dados una vez por todas y simultáneamente. O mejor, guardados en mi memoria en esta forma, cuando

llego al resultado final de la operación.

Asimismo, es posible contar estados de conciencia en lugar de hacerlo con objetos materiales. Recurriendo a la memoria, puedo contar el número de veces que en mi conciencia ha aparecido el recuerdo de una determinada persona, o el número de veces que he sentido un deseo dado. Cada recuerdo implica la evocación de un concepto que se localiza, fuera de la conciencia, en el espacio. Y lo que cuento son también en este caso las posiciones espaciales necesariamente distintas en que he ubicado mentalmente estas evocaciones de conceptos para que no se confundan.

### § 2. — La medición del tiempo físico en el entorno inmediato del observador. Relojes.

Ya nos hemos referido, repetidas veces, a la diferencia que establece Bergson entre duración propiamente dicha y tiempo. La primera es una cualidad y el segundo una cantidad que resulta de los rastros que aquella deja en la memoria. El tiempo se forma mediante la evocación de los conceptos correspondientes de las percepciones acaecidas. Al evocarlos, los emplazamos necesariamente en el espacio, yuxtaponiéndolos en un orden que corresponde al de sucesión, y clasificándolos entre sí en el antes y en el después, de acuerdo a la forma con que la memoria establezca que han pasado por nuestra conciencia. La duración es un fluir, y el tiempo algo así como la curva trazada por este fluir en el espacio.

Este tiempo nuestro implica un rudimento del tiempo que miden los físicos; es, en realidad, como veremos, el tiempo físico medido con los primitivos y poco precisos aparatos constituídos por nuestros propios sentidos. Pero lo que a nosotros nos interesa particularmente, es el tiem-

Archivo Sisse me preguntara qué es el tiempo físico yo no encontraría otra respuesta que la siguiente: Tiempo físico es el que mido con mi reloj". Y si luego se me instara a explicar qué es lo que constituye un reloj, diría: "Reloj es

un aparato que sirve para medir el tiempo físico". Caería así en flagrante delito de petición de principio, como se cae siempre cuando se trata de definir las nociones primeras que, por serlo, no pueden expresarse en base a conceptos y nociones anteriores. Incurriría en la misma petición de principio en que suelen caer los malos libros de geometría, cuando, queriendo definir lo indefinible, intentan hacerlo con la recta. Recta —dicen— es una sucesión de puntos que siguen la misma dirección. Y si se preguntara luego qué significa seguir una misma dirección, tendrían necesariamente que responder que consiste en desplazarse sobre una recta.

Cada vez que me ocupo de algunas de estas peticiones de principio, no puedo resistir a la tentación de relatar la anécdota del artillero y del relojero de Egipto, que cuenta Edington con dicho motivo. Era una torre-reloj a cargo y bajo la vigilancia de un prolijo relojero y de un artillero. Tenía el primero como misión cuidar de la buena y regular marcha del reloj, y era función del segundo, dar públicamente la hora con estampidos de cañón. Este, como es natural, esperaba que el reloj marcara las tres para disparar los tres respectivos cañonazos; pero es que aquél a su vez, esperaba oir los estampidos para corregir y poner el reloj a las tres.

No intentemos, pues, definir el tiempo físico; dejemos que su conocimiento nazca de las operaciones mismas me-

diante las cuales se mide.

Un reloj es, ante todo, un movimiento o un fenómeno cualqiuera, que nos sirve a todos nosotros de referencia,
para establecer, con constataciones de simultaneidad, el orden de sucesión de los hechos que provienen del mundo
exterior; es decir, es, en primer lugar, un dispositivo o un
aparato cuyo objeto no consiste en medir duraciones de
tiempo, sino simplemente en establecer el orden de sucesión.

Aclaremos con un ejemplo concreto. Consideremos un gran recipiente lleno de agua que se mantiene constan-

temente agitada; coloquemos en él un corcho que se moverá flotando en la superficie y describiendo una curva caprichosa, con variaciones también caprichosas de velocidad. A los efectos de establecer el orden de sucesión, el movimiento del corcho constituye un reloj; yo y cualquiera de mis semejantes puede describir, mediante constataciones hechas con este aparato, el orden de sucesión de cualquier otro fenómeno, verbigracia, el paseo que, con marcha regular, realiza Juan a lo largo de la calle Florida. Al enfrentar Juan cada bocacalle A, B, C,..., puedo determinar las posiciones A', B', C',..., que simultáneamente ocupa el corcho sobre su respectiva trayectoria. Marcadas estas posiciones, puedo rehacer en cualquier momento, describir cuando me plazca, el orden de sucesión de los pasajes de Juan por las referidas bocacalles, orden que coincidirá con el de los puntos A', B', C'...., al recorrer la trayectoria del corcho-reloj en el sentido de su movimiento. Si determino la posición del corcho que corresponde simultáneamente a los diversos sucesos de la parte del mundo exterior que inmediatamente nos rodea, es decir, de la parte suficientemente próxima para que sea despreciable el tiempo empleado por la luz hasta llegar a mi retina, podré más adelante describir, clasificándolos en su orden de sucesión, todos dichos sucesos. Cualquiera de ellos será posterior o anterior a otro determinado, cuando la respectiva posición del corcho marcada por simultaneidad sea, a su vez, posterior o anterior en su trayectoria al recorrerla en el sentido del movimiento.

Pero el corcho flotando, no es sólo un reloj, en cuanto puede servir para establecer el orden de sucesión de los hechos del mundo exterior, sino que también en cuanto puede darme una medida del tiempo transcurrido entre dos cualesquiera de los mismos; por ejemplo, el tiempo que em-

Arplea Juan encrecorrer cada cuadra. Me basta para ello definir arbitrariamente como unidad de tiempo, como segundo", el tiempo empleado por el corcho para recorrer un centímetro sobre su trayectoria. En esta forma, si los trayectos A'B' y B'C', medidos sobre la misma, son respectivamente iguales a 2 y 15 centímetros, diré que Juan ha empleado dos "segundos" y quince "segundos", en recorrer la primera y segunda cuadras durante su paseo.

He entrado en esta forma en la posesión de un reloi que, como el que llevo en mi bolsillo, no sólo me permite determinar el orden de sucesión, sino también medir el tiempo, tal como acabo de indicarlo. Pero, me diréis, con ese aparato no se mide tiempo, pues no es posible que marchando Juan con marcha regular, tarde dos "segundos" para recorrer la primera cuadra y quince para la segunda; con ese aparato no se mide tiempo, sino simplemente trayectos recorridos por el corcho simultáneamente con los trayectos recorridos por Juan. Y yo os contesto que tenéis razón y que no la tenéis. No la tenéis, porque siendo todo lo expresable mediante números, todo lo que se mida, espacio en realidad, al medir tiempo, no podrá hacerse otra cosa que medir trayectos en el espacio, tal como lo hago con mi reloj de corcho. Pero la tenéis en cuanto os resulta chocante la diferencia de tiempo que acusa dicho reloj para el recorrido de las distintas cuadras durante el paseo de Juan. ¿Y por qué os resulta chocante? Simplemente porque os parece que no hay ninguna razón para que Juan emplee tanta diferencia de tiempo en recorrer las diversas cuadras; porque se os ocurre que las diferencias de tiempo así medidas no obedecen a causa que las justifique. Notadlo bien. Porque no hay ninguna razón, porque no hay causa que las justifique. Habéis introducido, como algo estrechamente vinculado a la medición del tiempo, los principios de razón suficiente y de causalidad, tan ligados entre sí. Resulta así que en la noción de tiempo físico entra intimamente este principio de causalidad, fundamento, por lo Archinenos hasta hace pocos años de toda la ciencia y del rígido determinismo que reina en la representación de la parte del mundo exterior que le corresponde estudiar.

Para encontrar un fenómeno que me sirva de reloj,

es decir, de patrón de referencia a los efectos de describir los restantes fenómenos, debo buscar pues uno que no me acuse tiempos desiguales para los fenómenos que creo que deben tener lugar en tiempos iguales, por no existir razón o causa para que así no sea.

Cambiemos, pues, de reloj, y ya que Juan está a mano, contratémoslo para que nos sirva de tal. Hagámoslo marchar con marcha regular sobre una circunsferencia trazada en el terreno y llamemos, por definición, unidad de tiempo, al que así emplee para recorrer cinco metros. Con este nuevo reloj, puedo, como antes, estudiar los restantes fenómenos de la naturaleza; por ejemplo, la marcha de un líquido que corre en una canaleta inclinada rectilínea y de sección constante. A los efectos de determinar la velocidad del líquido, coloco en él un flotador que siga sus movimientos y determino las posiciones A', B', C',..., que ocupa Juan sobre su trayectoria cuando el flotador pasa simultáneamente, frente a marcas A, B, C,..., trazadas a un metro de distancia en la canaleta; mido luego las distancias A' B', B' C', etc. y, sabiendo que cada cinco metros corresponde a un "segundo", deduzco que el líquido de la canaleta recorre cada metro en tiempos no exactamente iguales, pero sí con cierta aproximación. Pero, si estas constataciones duran mucho, noto que todo sucede como si el líquido se entusiasmara y corriera cada vez con mayor rapidez. Como no encuentro razón y causa suficiente para que ello suceda, analizo el fenómeno que me sirve de reloj y deduzco que Juan se cansa y marcha cada vez más lentamente, que el reloj que constituye pierde la cuerda, exactamente lo mismo que sucede con el que llevo en el bolsillo, si me olvido de renovarla.

Si deseo lograr una mayor aproximación, eliminando las diferencias de tiempo que resultan para los trayectos iguales recorridos por el agua en la canaleta, necesito Arcambial sincevamente de reloj. Alganto ame virve, aporque mar he encontrado causas por las cuales no recorre trayectos iguales en tiempos iguales. Elijo pues un nuevo fenómeno,

y así, mediante aproximaciones sucesivas, fundadas exclusivamente en el principio de causalidad, podría llegar a encontrar el reloj sideral que hoy nos sirve de base en la ciencia, es decir, a medir el tiempo mediante los trayectos recorridos por las estrellas en su movimiento diurno aparente alrededor de la Tierra. Se llama, en efecto, segundo sideral, al trayecto que recorre sobre su órbita aparente circular trazada en la esfera celeste, una estrella cualquiera, cuando avanza la 86.400 ava parte de una vuelta completa, determinada mediante dos pasajes consecutivos por el meridiano del lugar.

Tal es, en esencia, el camino que ha seguido la ciencia para encontrar el fenómeno patrón que le sirve actualmente de reloj. No ha comenzado naturalmente por el corcho flotante, porque ya, con anterioridad, el hombre para sus determinaciones propias del tiempo, había encontrado un reloj más cómodo y que describía con más sencillez los fenómenos naturales: era el reloj del tiempo que medimos personalmente sin aparatos, del que resulta de la evocación de nuestra duración en el espacio, y que, en último análisis, se funda en el fenómeno más o menos regular de nuestro propio organismo y en los cambios periódicos del día y de la noche, que, por razones fisiológicas, influyen en primer plano en nuestra propia conciencia.

Resulta, pues, que un reloj es un fenómeno periódico cualquiera que se repite a sí mismo y que juzgamos que lo hace en intervalos de tiempo iguales, por no haber encontrado, por no conocer causas suficientes para opinar lo contrario. Tal es en realidad el reloj sideral. Las estrellas recorren trayectos iguales en tiempos iguales, porque para nosotros no existen causas suficientes para que lo hagan de otra manera. Si mañana aparecieran las causas, tendría-Arcmos que cambiar nuevamente de reloj. Ya hoy se admite

que la velocidad aparente de las estrellas no es extrictamente constante, o, mejor, que no lo es la velocidad angular de rotación de la Tierra en torno a su eje, de que resulta aquélla; parecería ser que existe una especie de frotamiento que va reteniendo poco a poco, muy lentamente, el movimiento de rotación de la Tierra; parecería que el reloj sideral va también perdiendo su cuerda. ¿Cómo ha podido medirse este efecto? No por cierto con un reloj más preciso que el sideral, sino simplemente porque con este último resultan complicaciones en la explicación de fenómenos naturales sin que se pueda dar cuenta de estas complicaciones mismas; porque, si se admitiera una lenta disminución de la velocidad de rotación de la Tierra, se simplificaría la descripción de dichos fenómenos naturales. Una simple razón de comodidad, de simplificación, de economía de pensamiento, como diría Mach, es lo que podría conducirnos a buscar causas por las cuales el movimiento sideral no fuera uniforme, y a cambiar, en consecuencia, nuevamente de reloj.

No creáis que he caído en exageración al elegir los relojes supuestos arbitrariamente para aclarar el verdadero contenido de la medición del tiempo. Ellos no difieren mucho, en cuanto a su valor como tales, del reloj de arena usado durante siglos por el hombre. Y en la ciencia misma, se ha empleado durante largo tiempo relojes semejantes. Galileo, al estudiar la ley de la caída de los cuerpos, fundando el método científico experimental, sólo empleó dos relojes: su propio pulso con el que medía el tiempo empleado en las oscilaciones de un péndulo y un gran recipiente lleno de agua con un orificio practicado en la parte inferior, con que medía las tiempos empleados por pequeñas esferas en recorrer los planos inclinados con que practicaba sus experiencias. Con este último reloj el tiempo se medía pesando el líquido que salía del orificio; a pesos iguales, a cantidades iguales de líquido, correspondían tiempos iguales; a cada diez gramos, por ejemplo, correspondía un 'segundo''.

Archivo Henómenos periódicos, Augentupone que se repiten en intervalos iguales de tiempo, por no existir o no conocer causa que indique lo contrario, son pues, repetimos, los que constituyen nuestros relojes, y, en particular, el re-

loi sideral en base al cual se contrastan todos los restantes. incluyendo los que miden el tiempo solar medio de nuestros usos ordinarios. Porque, en realidad, nadie puede ni podrá jamás asegurar que sean iguales las duraciones que corresponden a dos "segundos" consecutivos; que la estrella recorra dos trayectos iguales con duraciones iguales. Se puede si, comparar el tiempo que mide el reloj constituído por las estrellas, con el que simultáneamente mide otro reloj sideral mecánico cualquiera; se puede afirmar que los "segundos" simultáneos de ambos son iguales. porque es posible constatar la simultaneidad de sus instantes iniciales y finales. Pero no se puede decir que el "segundo" del reloj sideral que ahora transcurre es igual, tiene igual duración, que el "segundo" que transcurrió esta mañana, porque para ello hubiera sido necesario detener y guardar la duración de este último a fin de poderla superponer con la de aquél.

Poincaré hace, a este respecto, consideraciones análogas a las recordadas respecto del espacio. Si todos los fenómenos y sucesos del universo, incluyendo los de nuestro propio organismo, cambiaran bruscamente de velocidad, realizándose, por ejemplo, en tiempos cien veces menores, nada podríamos constatar, desde que nuestros relojes se moverian también, con velocidades cien veces mayores. Más aun, si la duración de los "segundos" siderales fueran variando con el mismo capricho con que nos parecía que lo hacían los del reloj constituído por el corcho flotante y si en igual forma variara semejantemente el cambiar de todos los restantes sucesos, tampoco nada podríamos constatar. Es que esa duración, aplicada al mundo exterior, a las cosas que nos rodea, en el fondo implica establecer la existencia de un tiempo absoluto e independiente del va-Archivo de la materia misma, y este tiempo no existe objeti-vamente, porque no es posible encontrar ningun reloj no

vamente, porque no es posible encontrar ningun reloj no material que, no experimentando las transformaciones supuestas para el suceder de la materia, pueda darnos cuenta de las mismas. En realidad, cuando decimos que puede

cambiar la duración del tiempo en que se desarrollan los sucesos, empleamos una expresión absolutamente carente

de sentido desde el punto de vista objetivo.

Al referirse Bergson a estas mismas cuestiones en "Essai sur les données immédiates de la conscience", dice: "Lo que prueba que el intervalo mismo de duración no se "cuenta desde el punto de vista de la ciencia, es que si to-"dos los movimientos del universo se produjeran con una "doble o triple velocidad, no habría nada que modificar, "ni en sus fórmulas, ni en los números que en ellas hace-"mos entrar. La conciencia tendría una impresión indefini-"ble y en cierto modo cualitativa de este cambio, pero no "aparecería fuera de ella, puesto que se produciría en el es-"pacio el mismo número de simultaneidades". Yo no sé, ni creo que nadie pueda saber, lo que sucedería en la conciencia en casos semejantes; no sé, ni creo que nadie pueda saber, si estos cambios no se están produciendo en la actualidad. Afirmar que la conciencia quedaría como elemento de referencia para hacérnoslos sentir, es caer nuevamente en antropomorfimo, es querer llevar al universo el tiempo absoluto de nuestra propia intuición, es intentar trasladar al universo mismo nuestra propia duración. Tiene derecho a hacerlo el orgullo egocéntrico de quien lo desee; pero, más modestamente, la ciencia, y ello muy principalmente a partir desde el momento especial e importante de su historia en que aparecieron las teorías de la relatividad, no puede entorpecer la descripción lógica y cómoda de los hechos naturales, cerrando los ojos ante ellos por este empeño de mirarnos a nosotros mismos, por este empeño de puro narcisismo.

Que la noción del tiempo físico esté intimamente vinculada con el principio de causalidad hasta el extremo de reducirse casi exclusivamente al mismo, lo pone claramente en evidencia la iniciación de la mecánica clásica con el primer principio o ley de Newton, el principio de la inercia, que establece, como sabeis que un cuerpo mor sujeto ar cuerpo mor sujeto. Ar

a la acción de fuerzas exteriores, se mantiene perpétuamente con movimiento rectilíneo uniforme.

Para Newton, como consecuencia de los trabajos de Galileo, el movimiento no reside en las velocidades, que son puramente relativas, sino en la variación de velocidades, es decir, en las aceleraciones. Llama fuerzas a las causas de movimiento, o sea a las causas que producen cambios de velocidad, a las que originan aceleraciones. Y su principio de la inercia implica, de hecho, una doble definición: una definición positiva del tiempo y una negativa de las causas de movimiento. Es más, constituye las únicas efectivas definiciones que a este respecto existen en sus "Principios de Filosofía Natural", ya que no pueden tomarse como tales los enunciados y exposiciones vagos que sobre el tiempo absoluto y relativo efectúa, semejantes en un todo a los ya citados en la primera conferencia, referentes al espacio.

Aclaremos. Si un cuerpo se desplaza con movimiento rectilineo uniforme, resulta, según el principio de la inercia, que no está sujeto a la acción de causa alguna y, por tanto, si recorre un metro en un segundo, no hay causa para que no recorra un metro en cada uno de los siguientes segundos. Constituye así un reloj ideal: son tiempos iguales los que corresponderían a trayectos iguales recorridos por dicho cuerpo. Esta es la forma con que dicho principio constituye una definición del tiempo que usa la mecánica. Desgraciadamente, tal reloj ideal no puede obtenerse directamente. Para que un cuerpo no reciba la acción de fuerzas, es necesario, según la ley de la gravitación universal, debida al mismo Newton, que se encuentre a distancia infinita de toda materia; es necesario que se encuentre solo, único y aislado en el Universo. Y en este caso, no habría movimiento, ni rectilíneo uniforme ni de ninguna clase; no podría hablarse de movimiento, ya que no existiria por lo menos un segundo cuerpo que sirviera de ar referencia, para determinarlo.

Según el mismo principio de la inercia, si un cuerpo

se mueve con un movimiento que no sea rectilíneo uniforme, está necesariamente sujeto a la acción de causas, a la acción de fuerzas. Esta es la definición indirecta de causa

de movimiento que implica dicho principio.

El principio de la inercia fué visto y hasta enunciado con toda precisión por Aristóteles. En el libro IV, Capítulo XI de su Física, en la disertación por la que intenta probar la imposibilidad del vacío, dice Aristóteles textualmente lo que sigue: "Sería aun completamente imposible "decir por qué, en el vacío, un cuerpo puesto una vez en "movimiento, podría jamás detenerse en alguna parte. "¿Por qué, en efecto, se detendría aquí más bien que allá? "¿Por consiguiente, o permanecería necesariamente en re-"poso, o necesariamente, si está en movimiento, este movi-"miento sería infinito, si algún obstáculo más fuerte no "viniera a impedirlo?" Recurriendo al principio de la razón suficiente ha estado a punto Aristóteles, como se ve, de definir el reloj ideal en que se funda la mecánica. Pero, a pesar de su enunciado del principio de la inercia, que es tan o más preciso que el mismo empleado por Newton, no pudo sacarle provecho por no haber logrado descubrir la esencia misma del movimiento, por no haber encontrado que éste consiste en realidad en los cambios de velocidad; más metafísico que científico, tomando los hechos de la experiencia diaria y del sentido común, o de su quinta esencia que se encuentra en la intuición, juzga que es necesaria una fuerza constante para mantener una velocidad constante; si se suprime la fuerza, la velocidad disminuye hasta que el cuerpo se para.

## § 3. — Tiempo impersonal y único para un sistema de puntos invariablemente ligados.

Acabamos de ocuparnos de los relojes y del tiempo que mediante ellos puede medirse para los sucesos que tieArchien hugaérence de normo próximo de lo bservado a Esta me-ar dición es sólo aproximada. Las simultaneidades que se re-

quiere determinar durante la misma, sólo lo son prescindiendo de intervalo pequeñísimo de tiempo que necesita la luz para llegar desde el suceso y desde el reloj, hasta la retina del observador. Unicamente despreciando esta fracción pequeñísima de tiempo, es posible proceder a su medición física mediante un reloj. La medición en sí misma llegará a un resultado suficiente cuando el suceso no tenga lugar a distancias tales que dichas fracciones sean mayores que el grado de aproximación de las medidas. Llamaremos esfera de acción del observador a una esfera cuyo centro sea este último y con radio tal que dentro de la misma pueda practicar en esta forma las medidas del tiempo sin salir de dicha grado de aproximación

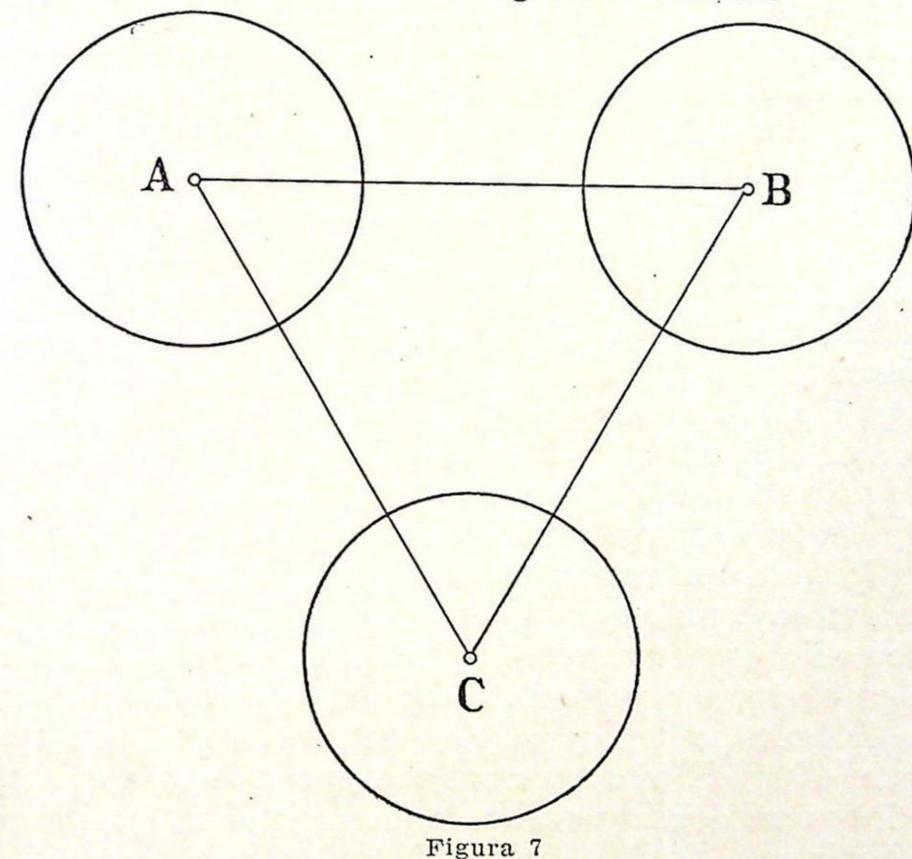
dicho grado de aproximación.

Pasamos a analizar ahora la medición de un tiempo común para los puntos de un sistema invariablemente ligados con el observador; por ejemplo, si el observador está colocado en la Tierra, para los sucesos que tengan lugar en cualquier punto del universo supuesto rígidamente ligado con la Tierra, es decir, que no se mueve respecto de la misma. Se trata, pues, del tiempo impersonal y universal a que nos hemos referido anteriormente, del tiempo que resulta de corregir los errores de simultaneidad que trae consigo el hecho de que la luz no se propaga instantáneamente. Nada tendríamos que agregar si esta propagación fuera instantáena. Las simultaneidades constatadas por cualesquiera observadores, cualesquiera que fueran sus posiciones en el universo, serían entonces concordantes.

Sean A y B (fig. 7) dos observadores colocados, a gran distancia, en un sistema de puntos invariablemente ligados. Ambos poseen relojes exactamente iguales, con los que cada uno de ellos puede medir con suficiente aproximación el tiempo de lo que sucede en su entorno próximo, dentro de su respectiva esfera de acción, representada en Arda figura por un círculo. Se trata ahora, de que los observadores puedan medir un tiempo común para ambos, es decir, de síncronizar sus relojes. Para ello tendrán que entrar necesariamente en comunicación entre sí, y como los sepa-

ra una distancia enorme en la que reina el vacío, no es posible que recurran a otros medios que el de las señales luminosas o electromagnéticas, únicas que se propagan por el vacío.

Podrían proceder de la siguiente manera:



El observador A envía una señal luminosa a una hora determinada, por ejemplo, a las 12 h. El observador B determina en su reloj la hora de llegada de la señal; sea por ejemplo, las 12 h. y 35 m. Se calcula luego el tiempo que la luz necesita para ir desde A hasta B; sea de 20 minutos. Como el observador B debió haber recibido la señal luminosa a las 12 h. y 20 m., en lugar de las 12 h. y Arch 35 mistegistradas Renvieloj está adelantado de vida minutos, ar

Lo retrasa en estos 15 minutos y tienen así ambos observadores sus relojes sincronizados. Las horas que midan para los sucesos que acaezcan dentro de sus despectivas esferas de acción, serán concordantes; corresponderán al tiempo que deterniaría una hiperconciencia universal, capaz de per-

cibir a la vez en A y en B.

Pero, para practicar la operación anterior se tropieza con un serio inconveniente: es necesario conocer previamente la velocidad de la luz. ¿Cómo puede procederse para determinarla? Si los relojes A y B estuvieran sincronizados, bastaría emitir en A una señal luminosa a una hora dada y determinar en B la hora de llegada; la diferencia entre ambas horas sería el tiempo empleado por la luz para ir desde A hasta B, y, si la velocidad de la misma fuera constante, se calcularía simplemente dividiendo la distancia A B por dicha diferencia de tiempo. Todo esto sería posible si tuviéramos ya sincronizados los relojes A y B; no lo es sin esta previa sincronización. Hemos caído en un círculo vicioso; para sincronizar los relojes A y B, se requiere conocer la velocidad de la luz y, para medir esta última, se requiere sincronizar previamente los relojes A y B.

Por este camino no tenemos salida. Intentemos otro. Se coloca en B un espejo y el observador A emite a las 12 h. una señal luminosa que va hasta B y, después de reflejada en el espejo, vuelve a A; el mismo observador determina la hora de llegada en A y encuentra, por ejemplo, 12 h. y 40 m. El tiempo empleado por la luz para recorrer dos veces, de ida y vuelta, la distancia A B, resulta así de 40 minutos. Si la velocidad de la luz fuera constante, se obtendría dividiendo el doble de la distancia A B por estos 40 minutos. Pero ello sólo en el caso en que dicha velocidad fuera constante. Si no lo es, no queda ningún otro camino para medirla. Hagamos, pues, a priori esta hipótesis: admitamos que la luz se propaga en cualquier dirección y en cualquier sentido, con velocidad constante. Con esta hipótesis, exigida por las circunstancias, puede Amedirse, lenoforma hipotética, Aporn consiguiente, la velocidad de la luz y, mediante ella, sincronizarse, también hi

potéticamente, los rejoles A y B, siguiendo el procedimiento indicado.

No existe otra solución. Los procedimientos terrestres de medición de la velocidad de la luz, como los de Fiseau y de Foucault, coinciden, en su esencia, con el procedimiento expuesto del espejo, y admiten de hecho, a priori, la constancia de la velocidad de la luz. Con el procedimiento astronómico de Roemer en realidad no se mide la velocidad de la luz, y ni siquiera se constata que ésta emplea un tiempo en propagarse, que no lo hace instantáneamente. Sólo se comprueba una falla del principio de la gravitación universal, enunciado por Newton con anterioridad al conocimiento de que la luz necesitaba un tiempo para propagarse. Este procedimiento, en efecto, consiste en calcular teóricamente la fecha en que tienen que producirse, de acuerdo con dicho principio de Newton, los eclipses de los satélites de Júpiter, y medir luego experimentalmente la fecha en que se observan desde la Tierra. La experiencia encuentra un retardo; los eclipses se ven con posterioridad a la fecha calculada. Caben dos hipótesis, o el principio de Newton no queda comprobado por los hechos experimentales, o la luz emplea un cierto tiempo en llegar a la Tierra, precisamente igual al retardo medido. Ambas hipótesis son igualmente justificadas. Nos quedamos con la segunda, también en este caso, por simples razones de comodidad. Admitiéndola, salvamos el principio de Newton que tan excelentes resultados nos ha dado en la predicción de los fenómenos astronómicos, y podemos hacerlo, porque las correcciones que implica para todas las otras observaciones son despreciables o encuentran una justificación dentro del mismo principio de la gravitación universal.

Volvamos nuevamente a la sincronización de relojes situados en un sistema de puntos invariablemente ligados.

Determinada la velocidad de la luz en base a la hipó-Artesisodel subconstancia vhemos Apodido sincronizara por dom ar menos provisoriamente, los relojes A y B. Con el mismo procedimiento sincronicemos el reloj A con el de un nuevo

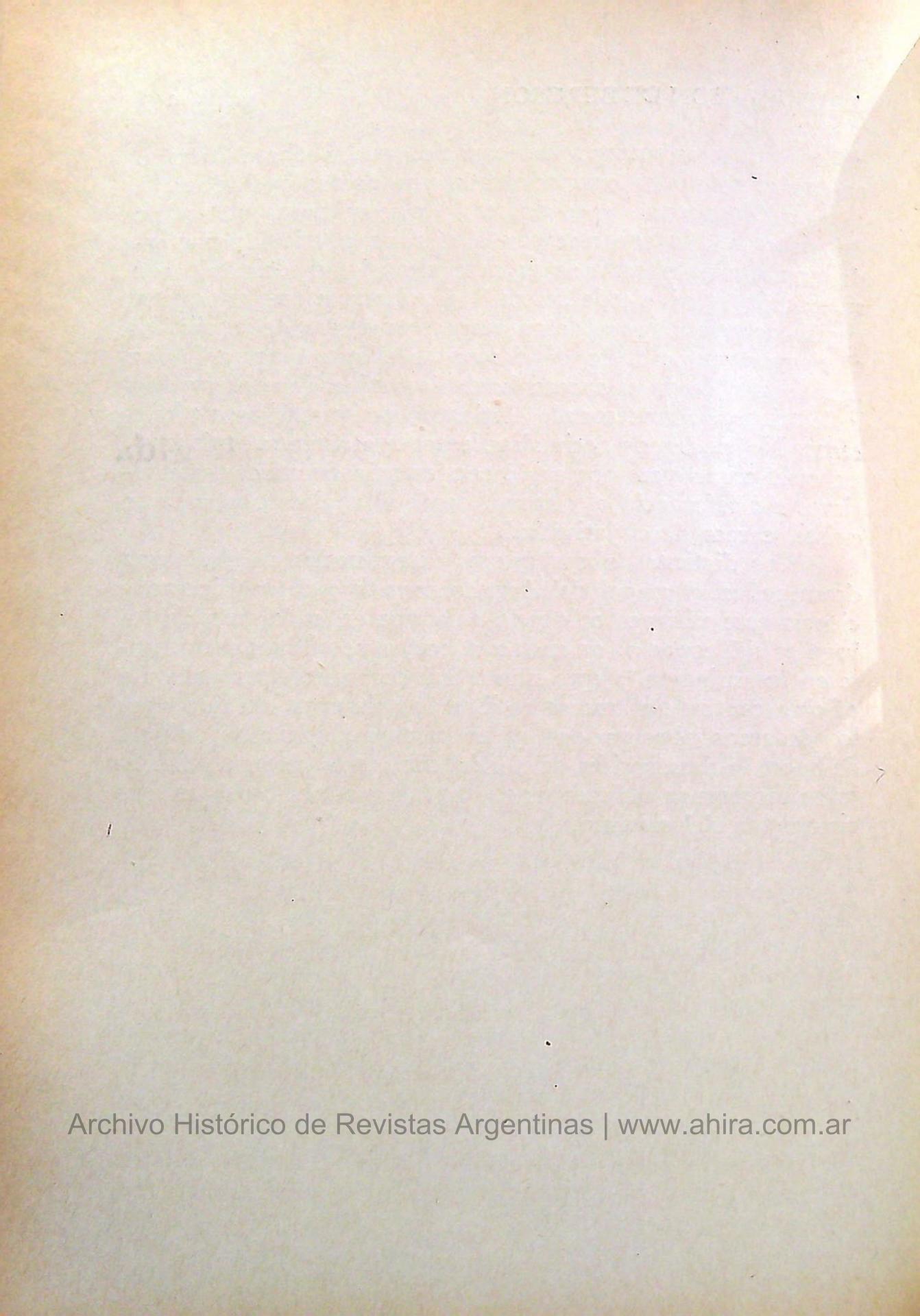
observador colocado en otro punto C cualquiera del sistema. La hipótesis hecha sobre la constancia de la velocidad de la luz será aceptable siempre que los relojes sincronizados de esta manera con el A, queden todos mútuamente sincronizados entre sí, es decir: siendo B y C sincrónicos con A, resulten B y C sincrónicos entre sí, cualesquiera que sean los puntos del sistema en que estos últimos con sus correspondientes observadores se coloquen. Verifiquemos pues la sincroniazción de los relojes B y C, repitiendo la operación conocida. El observador B remite una señal luminosa a la hora t: el observador C la recibe a la hora t' de su reloj; la diferencia de horas t'-t, tiene que ser igual al tiempo empleado por la luz para ir desde B hasta C. es decir, si c es la velocidad de la luz medida en base a la hipótesis hecha, tiene que ser igual al producto de c por la distancia d que media entre B y C. La experiencia comprueba que los relojes B y C, cualesquiera que sean sus posiciones en el espacio, resultan efectivamente sincronizados y, por consiguiente, que es aceptable la hipótesis hecha sobre la constancia de la velocidad de la luz.

Podemos, por tanto, sincronizar relojes ubicados en puntos cualesquiera del sistema. Supongamos diseminados en el espacio de este sistema una multitud de observadores provistos de relojes iguales, en forma tal, que las esferas de acción de dos cualesquiera próximos, tengan una parte común, es decir, en forma tal que no quede nada del espacio afuera, al menos, de una de dichas esferas de acción. Hagamos la sincronización de los relojes de todos estos observadores así ubicados, y convengamos lo siguiente: Para estudiar un fenómeno cualquiera, cuyos sucesos tengan lugar en partes muy alejadas del sistema, el tiempo se medirá por el observador, con su correspondiente reloj, dentro de cuya esfera de acción tenga lugar el suceso. Comunicados los tiempos así medidos a una oficina central, ella Arcagrapando los resultados, spordrándansa descripción den fer nómeno; por ejemplo, si se trata de un movimiento que

abarca un gran campo del espacio, podrá dar el tiempo en que el móvil ha ocupado cada una de sus posiciones.

El tiempo así medido, es lo que se llama el tiempo del sistema. No coincide con el tiempo particular que cada uno de los observadores determinaría, mediéndolo con su propio reloj, desde su sitio de observación, aunque el suceso acaeciera fuera de su respectiva esfera de acción. Es el tiempo que resulta de descontar el que emplea la luz para llegar desde el suceso hasta la retina del observador. Es el tiempo impersonal; el tiempo universal para el sistema. No podemos decir simplemente el tiempo universal, porque, como veremos en la conferencia próxima, este último, sin referencia al sistema desde el cual se observa, no existe, carece de objetividad.

Los distintos observadores diseminados en el sistema desempeñan el papel del órgano sensitivo de la hiperconciencia este último, colocado a la vez en cada uno de los lugares del espacio, de modo a poder percibir directamente en los mismos, a que nos referíamos anteriormente. La oficina central en que se reciben los tiempos medidos por los diversos observadores y en que se clasifican a objeto de hacer la descripción del fenómeno, en la que en definitiva se representa el fenómeno, vendría a ser la hiperconciencia misma del sistema.



### El problema de la economía dirigida

Por FELIX WEIL

#### III

La "égalité" es el lema a cuyo amparo los críticos de este sistema de economía dirigida, descubren la imposibilidad de realizar la idea, porque, según ellos, es imposible tener la sociedad humana organizada en forma tal, que los hombres nacidos iguales, sean tratados como iguales más tarde.

Debemos destacar dos fases en el desarrollo de este sistema económico: en el primer período, el consumo será regulado de acuerdo al rendimiento del trabajo de cada uno. En este período se mantiene la desigualdad: sigue el jornal y hasta se mantendrá el trabajo a destajo. En el segundo período, el pago tampoco ha de ser igual, por que Archo hay razón alguna de que sea así, sino la retribución del trabajo será fijada de acuerdo a las necesidades de cada uno, y se dejará de considerar como principio básico el rendimiento de producción de cada uno. En este segundo pe-

riodo, que debemos imaginarnos como consecuencia ya de una estadística ponderada de control bien exacto, las necesidades de cada uno podrán ser satisfechas de una manera mucho más cómoda que al principio de esta organización.

Ahora, se ha criticado especialmente que el sistema de economia dirigida carecería de todo control. A este respecto, cito el discurso del Profesor Pollock, en el Congreso Internacional del año 1931: "El argumento principal contra la economía dirigida consiste en que una sociedad sin mercado, sería como un buque sin brújula; que solamente con los medios del mercado, es decir la libre competencia, los precios, el dinero, podrán satisfacerse las necesidades de la población, las que no pueden calcularse de antemano".

Muchos liberalistas han dicho que la economía sin mercado significaría un trabajo no racional, una incapacidad de amoldarse a las necesidades oscilantes de la población, como así también la imposibilidad de encontrar, mediante comparaciones exactas, mejoras en la producción, lo que, a su vez, significaría que el suministro de mercaderías a la población, quedaría bajo el nivel de lo que técnicamente sería factible.

Contra estas oposiciones, los adherentes de la idea de la economía dirigida, han argumentado que estos síntomas que los adversarios del plan critican, son en realidad inherentes al sistema actual, y que solamente la economía dirigida hace posible el desarrollo de las fuerzas productivas

y la distribución justa.

Entramos a considerar estos argumentos. Ya hablé de la economía alemana de la guerra. En esta ocasión, se ha aplicado por primera vez lo que se llamaba "ESTADISTICA PONDERADA NATURAL", un método para reemplazar el mecanismo del mercado. En aquella ocasión, adesde luego no hubo mercado, todas las fábricas trabajaban de acuerdo a un plan elaborado por el Estado Mayor de Guerra, y no entraban en el mercado para vender sus

productos, ni tampoco se preocupaban si deberían o no seguir con sus inversiones de capital. La cuestión principal fué planteada exactamente en la misma forma como quedaría planteada hoy en la economía dirigida, solamente que su finalidad no sería la de satisfacer las necesidades de guerra: tenemos tantos obreros, tanta cantidad de materia prima; necesitamos tantos productos para las necesidades generales, disponemos de tantas fábricas modernas, tantas viejas, tantas viejísimas; considerando la ubicación de las mismas se sabe p. e. que tales máquinas pueden producir, digamos, unas cien unidades por hora, y tales otras solamente 30. Entonces se planteó en la oficina de la economía de guerra la cuestión en esta forma: ¿qué es más necesario en el momento? Fabricar cien unidades por hora, que tenemos que transportar luego mediante ferrocarril a mil kilómetros, o fabricar 30 unidades por hora, que podrían ser transportadas con lanchas? La contestación de esta pregunta dependió de la cantidad de vagones, de la cantidad de obreros. En esta oportunidad se decidió p. e. la cuestión así: que por las necesidades del frente hubo más importancia en la economía del personal, que en la economía del transporte, y se decidió hacer funcionar con toda la capacidad la fábrica moderna, porque para cada cien productos se necesitaba solo un obrero, mientras que la fábrica vieja, si bien tenía en su favor el transporte por lancha, necesitaba tres obreros. Esta decisión fué tomada, porque en aquél entonces dos obreros, es decir soldados, valían más que la diferencia entre el transporte del ferrocarril y lancha.

Pero en la economía dirigida, en tiempo de paz, no es este el punto de vista, sino: como trabajar de una manera más eficaz, más racional, y en este caso se decidiría la cuestión a favor de la fábrica vieja, o quizás, se clausuraría ésta y se destinaría sus instalaciones, obreros, etc. a otra más moderna.

Archivo Hustoriiestadisficavponderadaenaturalii, whevdichoa Emmar

tiendo bajo este concepto una estadística, que no se refiere a las cifras en sí, al número de operarios, al número de máquinas, como la tenemos hoy en los censos generales, sino a una estadística que hace una combinación de cifras desde el punto de vista económico, desde el punto de vista productivo, porque esta estadística debe aplicar otros puntos de vista que la actual, que no tiene otras finalidades que las netamente estadísticas.

Las experiencias en la guerra mundial nos han demostrado que hay métodos para controlar la eficacia de la producción sin mercado, y las experiencias bastante recientes de la Rusia Soviética, nos demostraron lo mismo. Aunque en la Rusia Soviética existe todavía un mercado, la gran parte de las fábricas ya trabajan fuera del mercado, trabajan directamente para las cooperativas que son los representantes del consumo, que conocen perfectamente las necesidades. Así que para estas fábricas ha desaparecido la incertidumbre del mercado y ellas saben lo que deben producir. Desde luego, habrá errores; pero, siendo una sola mano que dirige las inversiones del capital, es muy fácil subsanar los errores, lo que demuestra la superioridad de este sistema de economía sobre el actual.

Ahora se ha empleado también otra clase de argumentos contra la idea de la economía dirigida: y esto es el temor de que desaparezca la iniciativa personal, que la economía dirigida sea un aparato burocrático de tamaño que todavía no se puede imaginar. No creo y no veo razón alguna para temer que así sea. Es cierto que, dentro de la burocracia hay muy poca iniciativa personal, pero hemos visto también en varias ocasiones que es posible organizar la administración del estado o fábricas en poder del estado, de una manera que esté completamente al nivel de la industria privada o de la administración privada. Tenemos que mirar a este respecto, a los países europeos. Es dierto que en nuestro país, en general, la gente tiene la tenar dencia de no querer tomar a su cargo una responsabilidad

personal; por ello, casi nunca se encarga a una sola persona la realización de un trabajo importante, sino a una comisión compuesta de tres a cinco miembros. Este temor general es el mayor obstáculo para el progreso. En Europa no existe este temor, en estos países es frecuente que a una sola persona, se la ponga al frente de una tarea y se le den todos los poderes necesarios para cumplir su cometido.

En una palabra: es una cuestión de educación política, de educación económica y naturalmente depende del país donde se realice este experimento de economía dirigida. En países donde existe ya la tradición de la responsabilidad personal, esta organización tropezaría con muy pocas dificultades, mientras que en otros países, las dificultades serían mayores.

Hemos tenido en la guerra mundial un ejemplo muy interesante para la cuestión de la responsabilidad personal, y creo que en cierto sentido podemos muy bien comparar, el frente de guerra con el frente económico, dentro de la economía dirigida. Los directores de fábricas dentro de la economía dirigida, son algo así como los jefes de regimiento en la guerra. Desde luego, no podemos imaginarnos un aparato más uniformado, un aparato donde menos se deja algo de iniciativa personal, como en el ejército. Y, sin embargo, hemos visto tantas veces durante la guerra que, a pesar de la uniformidad de la costumbre general de obedecer ciegamente a las órdenes de los jefes, los suboficiales y hasta simples soldados a veces han debido proceder por su cuenta, hasta han desobecido órdenes y han logrado triunfar dentro de la tarea que tenían. Así tenemos que imaginarnos la situación del obrero en la industria dirigida. Dentro del marco del plan general, hay lugar de sobra para la iniciativa personal, y, además, no se debe olvidar que mientras los hombres son susceptibles de honores Arch de premios habrá bastante margen para incitarlos a que

no apliquen el criterio burocrático, es decir el criterio que mar

les induce a no hacer nada que no sea lo estrictamente ordenado por la superioridad. En la Rusia Soviética existe
la competencia entre las distintas fábricas, pero una competencia que no se realiza en el mercado, que no significa
una venta más barata que otra, porque los precios son una
mera fórmula de cálculos, — sino una competencia entre
los obreros e ingenieros de una fábrica y el equipo de otra,
a ver cual de las dos fábricas termina más rápidamente con
el plan que le ha sido impuesto, a ver cual de ellas incurre
en menos fallas, o cual produce un producto mejor.

La concepción del plan representa una dictadura económica. La convicción general de que no podemos proseguir con el sistema anárquico actual, donde cada uno hace lo que puede y quiere, no basta para llegar al otro extremo. Pero, en general, todo el mundo teme ensayar un sistema, del cual no se ha podido hacer pruebas en un laboratorio. El ensayo que actualmente se está haciendo en la Rusia Soviética, no tiene el mismo significado para otros países, puesto que, desde luego, es algo muy distinto realizar un plan de tan vastas proporciones en un país de analfabetos, salvaje, como lo es en gran parte la Rusia, o realizarlo en un país industrializado, con una población muy

educada y disciplinada.

Los distintos planes, las distintas ideas que les he esbozado, tienen en general dos finalidades: un grupo de estas ideas quiere evitar las medidas de violencia, en cambio, quiere llegar a imponer la economía dirigida por medios suaves, poco a poco. El otro grupo cree no poder realizar ninguna evolución verdadera sin un cambio radical del sistema actual, del sistema político. Rathenau apeló a la conciencia, a la razón, a la sabiduría de los grandes capitalistas, de los grandes empresarios; él creyó en la posibilidad de que llegarían un día a reconocer que es mejor hacer voluntariamente, lo que al final de cuentas la necesidad les impondría, y declaró públicamente que estaria dispuésto, ateniéndose a sus ideas, a entregar sus fábricas

para que fueran dirigidas por la Oficina Central del Plan. Pero los colegas de Rathenau, en lugar de aceptar sus conclusiones, lo creían loco, y creo que si hoy día Rathenau apelara nuevamente a la razón y a la sabiduría de los gran-

des capitalistas, fracasaría en la misma forma.

Los Georgistas y los liberalistas del tipo FRANZ OPPENHEIMER, quieren solucionar el problema en forma que no se toque para nada a la industria, sino solamente a los terratenientes que deben ser expropiados, para que el estado ofrezca la tierra a los obreros que quieren cultivarla. Creen que los obreros sin trabajo irían al campo, y forzosamente, con la falta de desocupados, se produciría una escasez de trabajadores; en consecuencia, aumentarían los jornales y a los capitalistas no les quedaría otro remedio que modificar el sistema existente.

Otro grupo, encabezado por GESELL, quiere solucionar este problema desde la moneda. Hablan de una "libre moneda", que cada mes se desprecia en un tanto por ciento. Creen que de esta manera todo el mundo tendrá que apresurarse a poner en circulación su dinero, y así llegarían a transformar rápidamente la base del sistema eco-

nómico actual.

El grupo socialdemócrata (Hilferding), hasta quiere llegar a la expropiación, pero mediante indemnizaciones a los industriales expropiados, y con ésto no llegarían a otra cosa, que confirmar lo que ya existía antes, puesto que toda la economía tendría que trabajar para poder indemnizar a los expropiados, aunque éstos no podrían invertir dinero en nuevas fábricas. Y como es un error general creer que los grandes industriales trabajan únicamente para el consumo propio, porque es público y notorio que generalmente no pueden gastar más que un tanto por ciento de lo que producen, llegamos a la cuestión principal, que es la siguiente: Muchos creen que el problema se solu
Archeionaría expropiando las industrias particulares poco a poco, puesto que son los industriales, los propietarios de los archeionaría expropiando las industriales, los propietarios de los archeionarias expropiando las industriales, los propietarios de los archeionarias expropiando las industriales, los propietarios de los archeionarias expresentes de los archeionarias e

medios de producción dentro del sistema económico actual. Pero tenemos que convencernos que a estos capitalistas les gusta mucho más que no se les expropie de nada, y por esta razón fundamental tenemos que llegar a la conclusión de que todas estas medidas parciales no alcanzarían para obtener el resultado que ellos desean: a terminar con lo que hoy día azota al mundo entero, LA CRISIS.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

## Tiempo, estado y gobierno de Federico el Grande

por ALFREDO DANG

II

Las dos grandes reformas personales de Federico el Grande, que hemos estudiado en la clase anterior, nos han dado una impresión bastante clara de lo que fué el despotismo liberal de este príncipe. Para continuar desde nuestro punto de vista estudiando la leyenda de Federico, comenzamos hoy por volvernos hacia su política económica. Aún en este dominio, el rey, en grandes líneas, no hacia otra cosa que seguir las condiciones de vida que le fueron impuestas. Correspondiendo a estas condiciones, siguió el camino del mercantilismo más primitivo.

La teoría mercantilista fué el sistema económico ideológico del absolutismo de los príncipes que se había desarrollado de la producción y del comercio de los productos manufacturados, sin tener en cuenta las necesidades ni la demanda. En la miseria constante de las cajas vaciadas para el ejército, el dinero en escudos fué estimado como la principal mercadería. La teoría mercantilista, derivada de las circunstancias económicas existentes, acentuaba pues, unilateralmente, el comercio y los oficios de fabricación, sobreestimando el dinero y la densidad de la población. El nuevo poderío del estado creía entonces deber proteger todo aquello de lo que y por lo cual había nacido: el comercio y los oficios, el aumento de la población y la cantidad de dinero presente en el país. Esta teoría, creada de la práctica, a la larga la deformaba. Para el absolutismo, el sistema mercantilista se convertía en el instrumento principal de los intereses dinásticos. Los príncipes creían que la posesión del dinero de una nación era la misma cosa que su riqueza. Con este sofisma el absolutismo veía el juego ganado para la explotación fiscal del pueblo: cuanto más dinero podían extraer del país, y guardarlo para sus ejércitos y cortes, más rico se hacía el pueblo; ni aún la más estúpida prodigalidad no arriesgaba nada, siempre que el dinero quedara en el país.

A propósito de estas frases, ustedes, señoras y señores, me permitirán una pequeña reminiscencia, que a primera vista nada tiene que ver con nuestro tema. Pero para el conocedor de la historia nada puede ser más interesante que los paralelos, ¿Por qué España, tan poderosa y tan rica, no pudo conservar su poder en ambos mundos? ¿Y por qué Inglaterra fué su gran heredero, conservando aún doy

ese poderio?

El rey y los nobles de España también creían en la

omnipotencia del oro.

Con las enormes riquezas en oro extraídas de las colonias sudamericanas, podían exhibir un lujo espléndido, comprar soldados y constituir una gran armada. Pero el país mismo no logró ningún desarrollo. La población quedó en la miseria, no podía sino obedecer y en consecuencia no encontraba en el oficio de soldado más interés que el de ganar o despojar riquezas. Cuando la España fué batida militarmente, no había en el país mismo ningún medio de resistencia. Y puesto que las mismas clases dirigentes pudieron guardar su poder hasta nuestros días, para gran desgracia del país, España quedaba, por una parte, en la impotencia y por la otra, debía cumplir la necesidad histórar rica de arrojar a sus nobles laicos y eclesiásticos solamente en nuestros días, es decir, debía realizar doscientos años

más tarde el mismo trabajo que garantizó el progreso de los otros pueblos europeos.

La Inglaterra se liberó en tiempo oportuno del yugo de los nobles; los burgueses británicos comprendieron bien la necesidad histórica. Ellos desarrollaron el país, dieron al sentido laborioso de la población la ruta libre que condujo a la verdadera riqueza de ese país, es decir al trabajo creador de todos los valores. Con tal pueblo se pudo luchar mucho mejor; con su riqueza proveniente del trabajo y las posibilidades de la mayoría de los ciudadanos, se podía guardar y gobernar a las colonias conquistadas a las que se trataba de desarrollar en el mismo sentido que el país dominante. Dejemos aquí nuestro paralelo: veremos que la Prusia de Federico el Grande, gracias a la falsa estimación del dinero y a la miopía del rey para las condiciones especiales de su propio país, no progresó interiormente y en consecuencia y lógicamente, perdió su lugar hasta el momento en que, contra su rey, el nuevo principio social cambiaba las condiciones bajo el tronar de los cañones de Napoleón I.

En todos los países donde el comercio de las mercancías y su fabricación se había desarrollado de una manera natural y con envergadura considerable, el sistema mercantilista no pudo deformarse tan fácilmente porque la práctica frenó sin cesar a la teoría. En Francia, por ejemplo, el mayor estadista del mercantilismo, Colbert, decía con justicia que: "no hay nada más precioso en el estado que el trabajo de los hombres". Por consiguiente, hacía construir caminos para estimular la circulación. El absolutismo alemán tenía un orígen más bien feudal que capitalista, y por tal motivo, la buena razón económica de la teoría capitalista debía convertirse fácilmente en mala razón absolutista. En cuanto a Federico, conservaba intencionalmente las rutas en mal estado para que los viajeros estuvieran Arobligados áridemorarse y en consecuencia, dejaran más di-

Arobligadostáridemorarse Vistas Argentinas de Vistas Com ar nero en el país. Todavía más instructivo es el estudio de las respuestas del rey a la proposición de Sachsen de nego-

ciar un tratado de libre comercio entre ambos países en base a la reciprocidad de las ventajas. Federico rehusó el tratado pensando que la ventaja, para su país, consistiría en

perjudicar a los otros.

Fué justamente en Prusia donde el mercantilismo no siguió el desarrollo económico sino que por el contrario, se trató de dirigir este desarrollo económico según las doctrinas, por otra parte, mal interpretadas, del mercantilismo. Después del florecimietno de esta doctrina en los otros países del oeste, las primeras fábricas y manufacturas sólo fueron posibles en Prusia después de la inmigración de los hugonotes franceses. No fué por motivos religiosos sino puramente económicos que el principe elector Federico Guillermo se esforzó en atraer a los correligionarios expulsados. Y el mismo motivo se encuentra en el fondo de la célebre frase de Federico el Grande: "En mi país todo el mundo puede llegar a ser feliz a su manera". Una vez más, la leyenda aprovechó esta frase para exaltar el liberalismo religioso del rey. Sin embargo, este ateo obligaba a sus súbditos indígenas a profesar la religión protestante, mientras permitía libertad de creencias a los extranjeros a fin de conseguir inmigrantes para aumentar la población, las contribuciones y los soldados. Sin darse cuenta, procedió conforme lo asevera la doctrina mercantilista, que el estado militar exige cada vez más hombres y más dinero, pero ese estado militar absorbió el aumento de ambos para reclutas y cañones, en vez de coloçarlos en el comercio y la industria.

Por otra parte, lo peor era que Federico no podía invertir más de lo que hizo en el comercio y la industria.

En esta ocasión, puede demostrarse nuevamente que los llamados cuidados paternales del absolutismo en interés del pueblo, no puede ser un mérito personal de ningún príncipe. Poseemos en las Memorias del ministro von Hertzberg indicaciones bastantes completas.

Será siempre imposible obtener una claridad absoluta acerca de sus finanzas, porque el rey no permitió jamás a nadie ver los cálculos de todas sus ramas. Según Herzberg,

pues, Federico gasto durante 23 años, desde 1763 a 1786, para el desarrollo económico del país, 24 millones de Thaler. Es pués justo decir que no podía hacer más, ya que su presupuesto militar no le permitía el menor aumento de otra clase de gastos. Sobre un presupuesto ordinario de 16 millones de Thaler, el ejército absorbía 13, la lista personal del rey, medio millón, la "régie", 800.000. Por lo tanto apenas quedaba 1,7 millones de Thaler para el resto de la Administración. Con su famosa caja de ahorros, Federico hizo construir sus conocidos palacios y otros edificios representativos. Frente a tales erogaciones puede decirse que los 220.000 Thaler que gastaba anualmente para su propia persona fueron en verdad una suma muy modesta.

Según sus ideas del mercantilismo más pedestre, y bajo la tutela de los Junker, el rey no podía mejorar en nada la suerte muy triste del paisano. En alguna de sus órdenes de gabinete manda libertad a los siervos, pero no podía tener éxito contra el poder de los nobles. Como bien lo dice Mehring, Federico no luchó por el paisano contra los Junker, sino luchó contra los Junker para obtener un reparto más favorable a la caja real de los valores producidos por el paisano. Aún en sus propios dominios reales, ningún siervo fué jamás libertado. Todos los trabajos ejecutados bajo Federico, aún los menores gastos para fines agrarios, fueron naturalmente en favor de las propiedades de la nobleza. Y esta nobleza agraria, como lo habéis observado en nuestros días, ha conservado hasta hoy sus opiniones. Cuando en el año 1933 ya no pudo ser disimulado el escandaloso sistema de repartición de los fondos del estado para la nobleza agraria en el Este de Alemania, llamó a la dictadura actual para suprimir cualquier resistencia. Dadas estas condiciones, Federico no podía tener mejor suerte con su colonización. Sólo elementos indeseables, que nada tenian que perder, corrieron el riesgo de emigrar vavesta Prusiaom ar Los 300.000 inmigrantes que se dice que el rey ha fijado en el país, fureon un aumento muy dudoso de la población.

Y puesto que esos aventureros no podían recibir de la caja real los medios necesarios para cumplir su trabajo de cultivo, la mayoría convertíanse en ladrones, saqueadores y asesinos. Dado el empobrecimiento del paisano, confesado, por lo demás, por todos los historiógrafos oficiales, bajo el gobierno de Federico, a causa de las insoportables contribuciones, se comprende todavía mejor la amplia visión de Stein y de Hardemberg quienes, para tener un ejército capaz de vencer a Napoleón I, comenzaron por crear en la medida de lo posible las condiciones sociales del paisano, que están en la base misma del éxito de 1813-15.

#### La política cultural de Federico el Grande

Recordando las mencionadas cifras del presupuesto y sobre todo la cantidad disponible para las necesidades no-militares, es fácil imaginarse que el rey no podía hacer gran cosa por la instrucción pública de su país. Allí, sobre el terreno donde el filósofo y poeta debiera haber tenido una mejor concepción de sus deberes, se nota más su mio-

pía en la política interior.

Su padre detestaba abiertamente la educación y las ciencias. Pero a pesar de eso Federico Guillermo no ignoraba que los conocimientos espirituales servirían para aumentar el bienestar y con eso, fortificar las finanzas del rey. Por lo tanto, él no fundaba solamente escuelas militares, sino también escuelas públicas; introdujo la enseñanza general obligatoria, a lo menos sobre el papel. Es inútil decir que no podía tener éxito, porque la mayoría de los niños no podía concurrir a esas escuelas, ya que tenían que ayudar a sus padres a ganarse la vida.

Federico empeoró la situación. Casi no se ocupó de las pocas escuelas primarias públicas. Terminó por matarlas por medio de una de sus reformas personales. Poco antes de la paz de Hubertusburg que puso fin a la guerra de Siete Años, el rey envió a Prusia, desde el país conquis-

tado de Sachsen, ocho institutores primarios. Sachsen, con su comercio e industria bien desarrollados, necesitaba lógicamente obreros calificados, y fueron los industriales y los comerciantes quienes obligaron ya desde muy pronto a los principes, en su propio y bien entendido interés, a gastar regularmente cantidades para las escuelas. En su género, Sachsen fué el país clásico de la enseñanza pública en Alemania. Pero Federico se limitó a esta sola medida de envío de institutores. Después de la paz, para economizar una erogación especial para sus inválidos, los hizo nombrar institutores, haciéndolos cargar así sobre los pocos centavos del presupuesto escolar. El historiógrafo Seidel ha hecho al respecto la siguiente relación sumaria: "Después de esta medida del rey, en la mayoría de los casos, los jóvenes que habían tenido antes institutores que no carecían totalmente de conocimientos, sabían más que sus actuales institutores envejecidos bajo las armas.

Para un país como el nuestro que conoce las leyes y el trabajo de Sarmiento, es fácil juzgar cómo debía sufrir la instrucción pública bajo Federico. Pero el conocimiento de estos hechos no impide a la historiografía oficial prusiana celebrar a Federico como el "héroe del liberalismo en el dominio de la escuela".

El país de Rivadavía también se dá cuenta fácilmente de la política universitaria del "héroe" alemán. El mismo Federico no podría jamás comprender las fumisterías que dijeron de él estos historiógrafos de tendencia realista. Ante su tesoro de guerra no hizo ninguna diferencia entre sus felices súbditos. Las universidades, que en su tiempo eran el privilegio cultural de gente rica y protegida, no fueron más dotadas que las escuelas primarias, y también permanecieron en un estado lamentable durante el gobierno de este monarca, como lo han sacado a luz el citado Preuss y más todavía Martín Philippson. A pesar de la admiración de este último hacidel gran rey, se le retiro en permiso de investigar en los archivos del estado, porque

pensaba que la misión de la ciencia no es esconder las co-

sas desagradables. En resumen, es suficiente echar una mirada sobre los miserables presupuestos de las cuatro universidades federicianas para saber qué vientos les soplaban. Según Preuss, la universidad de Duisburg tenía 5.678 Thaler de renta. Königsberg tenía 6.920, Frankfurt del Oder, 12.648 y Halle, 18.116. De acuerdo con estas cifras, los salarios de los profesores fueron lamentables y los institutos científicos vegetaron en la miseria. Pero los súbditos del rey no podían estudiar en otra parte, porque Federico, en repetidos decretos, ordenó que las personas que habían estudiado, así fuera poco tiempo, en universidades extrañas, debían ser castigadas con exclusión de por vida de empleos eclesiásticos y civiles. Aún más, si los desobedientes eran nobles, arriesgaban también la confiscación de su fortuna.

Quizá este cuadro riguroso diera una impresión de parcialidad, vista la multitud de libros que han creado una opinión standard sobre nuestro tema. Cuando se mira la historia de Federico bajo el aspecto de su leyenda, se le hace a este rey un entuerto, puesto que, como hemos visto ya muchas veces, no tenía ninguna posibilidad de hacer lo que sus bizantinos le inflijen según sus prejuicios posteriores.

Por mi parte, me limitaré a buscar las posibilidades que estuvieron a disposición del rey en su propia época. Además, relataré mis impresiones después de haber estudiado la parte personal del rey en las medidas de su gobierno.

Daré otro ejemplo del hecho ya mencionado según el cual Federico, por un lado, escribía y pronunciaba frases maravillosas sobre el progreso y el liberalismo, que él no podía ni quería realizar. Justamente es el mismo acontecimiento que se produce hoy con el dictador de Alemania. Y ambos son celebrados por una cierta publicidad de acuerdado con súas brillantes frases como si estas frases fueran hear chos.

Recordáis sin duda las palabras de Federico: "los pe-

riódicos no deben ser molestados". Enseguida, a partir de esta sóla frase, la leyenda de la libertad de prensa bajo el gobierno de Federico el Grande se extendió por el mundo entero. En realidad, bajo ese gobierno existió en Prusia la peor de las censuras. Ya hemos visto que el rey ordenó personalmente el enrolamiento en el temido ejército, de aquellos periodistas que osaron criticar su régimen. Las cifras de castigos por palabras algo audaces en los periódicos suman centenas. Poseemos la amarga opinión del verdaderamente grande Lessing acerca del obscurantismo de la Prusia de Federico. Y aquellas célebres palabras del rey sobre la libertad de prensa, no expresaban de ningún modo su opinión, una opinión que él no podía tener en su época. Esa órden, por el contrario, sólo fué dictada para la protección de ciertos periódicos que atacaban de tal manera a los soberanos extranjeros, que éstos los querellaron ante la justicia prusiana.

Lo que entendía Federico por libertad de prensa se torna enseguida claro cuando se observa su actitud hacia los periódicos extranjeros que osaron atacarle personalmente. El gobierno republicano de Prusia envió en 1928, por primera vez en la historia prusiana, algunas actas de los archivos a la exposición de la prensa universal de Colonia. Vuestro orador publicó sobre ello un ensayo bastante completo. Había, por ejemplo, el caso de un redactor de Colonia, ciudad que no era aún prusiana. Este redactor criticó la actitud de Federico hacia el arzobispo de esa ciudad y el rey de Prusia le hizo ofrecer una fuerte suma para que se callara. El diarista rehusó el dinero y en vista de ello, el rey, por intermedio de su embajador en Colonia, compró algu-

nos pillos que maltrataron al periodista.

Podéis así observar una vez más que los métodos canallescos hacia la prensa no son nuevos en Alemania.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

#### El Rey y la justicia Prusiana

Vengamos ahora a un dominio de la autoridad real en el que puede decirse que Federico reformó verdaderamente o trató al menos de reformar. Este rey veía con razón un escándalo en la justicia de su padre. Odiaba a la justicia vieja que, según sus palabras, sólo había asistido a la gente rica. Su padre había vendido los empleos de juez de acuerdo con los pagos a su caja de reclutamiento. También había transferido a la justicia a gente de la administración que resultaba demasiado torpe para este cargo. En consecuencia, Federico sabía muy bien que era necesario ejecutar un trabajo gigantesco si quería llegar a una justicia rápida e imparcial. Pero al mismo tiempo opinó que le era necesario mezclarse personalmente y sin cesar en las decisiones de su corte de justicia, y gracias a esta práctica absolutista, terminó por llegarse, en fin de cuentas, a una justicia de gabinete, que era sólo muy poco mejor que la de su padre.

Enseguida de su ascenso al poder Federico suprimió la tortura. Como a todos los funcionarios, prohibió igualmente a los jueces la "infamia" de la compra de sus cargos, conservando sin embargo un impuesto sobre los salarios. Mas adelante ordenó que las costas del juicio no lo fueran ya en beneficio del juez que las imponía sino que debían ser pagadas a una caja común. Para completar esta favorable enumeración, Federico trató de acelerar los juicios de suerte que "en general todo proceso debía estar de derecho terminado en el curso de un año". En fin, el rey estuvo en favor de la independencia de las cortes de justicia y se pronunció muchas veces contra la justicia de gabinete, aunque

ya hemos visto con qué éxito.

En la práctica, naturalmente, Federico nada podía cambiar y no quería cambiar en nada la peor de las justicias, la de su nobleza mimada, la justicia patrimonial, es decir, la jurisdicción de los Junker sobre los paisanos. Ella fué una piedra angular del sistema social de su estado; "el

bastón reemplaza a la sabiduría" dijeron los contemporáneos de esta jurisdicción. Por lo que respecta a la justicia real, Federico era de opinión que su voto absoluto podía anular a cada juez sin un juicio regular. Es bien conocido el hecho de que toda la corte de cámara, salvo dos consejeros, fué destituída por Cocceji, el hombre de confianza del rey en materia de justicia, sin ninguna acusación ni juicio, sino solamente para dar los empleos que quedaron así vacantes a creaturas del dicho Cocceji. En fin, para llegar al límite último de un año por cada proceso, el rey eliminó en gran parte las cortes de justicia ordinarias. Creó comisiones de jurisdicción inmediata que no debían instruir más que procesos muy sumarios. En suma, el rey se creía juez supremo que, por falta de tiempo, no podía ocuparse de cada caso especial y debía, en consecuencia, encargar a otras gentes de una parte de su poder judicial. Su real voluntad fué para el soberano el único medio de invectar con un soplo de vida los parágrafos secos. Al no sujetarse a principios fijos, Federico advino la presa de sus humores momentáneos y en general, agravó el mal que intentó suprimir.

Séame permitido atraer vuestra atención sobre el hecho de que los dictadores de nuestros días tienen de su función de jueces supremos casi las mismas ideas que Federico y que —inútil es decirlo— cada dictador comienza justamente por la eliminación del derecho fijado para todos, haciendo de la jurisdicción una especie de práctica arbitraria a la sombra de estipulaciones muy obscuras y es-

curridizas.

Os daré solamente el ejemplo de la tortura: el rey no la permitió más para obtener la confesión de un inculpado — siempre que él mismo, el rey, no estuviera convencido de que el acusado era culpable. Porque cuando creía en la culpabilidad del acusado, permitió los vergazos para Archobtener confesiones con la cual el bastón se volvía peor que la tortura, puesto que ésta, antes, no podía ser aplicada sin sentencia formal de una corte de justicia real,

mientras que ahora, el castigo a bastonazos le fué permitido a cada juez de instrucción, según su voluntad. El resultado fué neto, como está dicho en los: "Anuarios Prusianos": "Los jueces de instrucción no necesitaban ya autorización y se servían tan enérgicamente del medio deseado que pronto hubo que lamentar muchos ajusticiamientos".

Es evidente que las formas espirituales de la vida están determinadas por las condiciones materiales. En ningún otro dominio el rey estuvo tan empeñado como en la esfera de la justicia, donde trató de realizar sus principios filosóficos. Su código penal para los crímenes sexuales, por ejemplo, y más todavía su práctica moral, muestran claramente su política de aumento de la población. Prohibió el castigo eclesiástico para las jóvenes seducidas e hizo castigar a cualquiera que osara dirigirles reproches. Indultó constantemente los casos de violación y eliminó la pena de muerte para los abortos provocados, a fin de que la madre pudiera reparar su crimen por alumbramientos posteriores. La bigamia quedó impune, y como en el caso del General Favrat, aun fué legalizada. Muy conocida, por ejemplo, es la casación de una sentencia de pena de muerte por sodomía contra un soldado de la caballería real. Al margen de esta sentencia el rey escribió las palabras clásicas: "El tipo es un marrano; que lo manden a la infantería". Federico tenía bastante con su propia mujer y no se ocupaba jamás de otras. Sería ridículo pues atribuir a vicios personales su tolerancia en las cosas sexuales.

En contraste con esta amplitud, la jurisdicción de Federico fué bárbaramente cruel cuando se trató, no ya de proveer sino de arrebatar el material humano para sus fines despóticos. Sin cesar el rey violaba el derecho establecido agravando las penas ya muy crueles en casos de cri
Archimenes políticos o militares. Hizonejecutar via hexcepciónar los sangrientos artículos de guerra, aún cuando algún coronel recomendaba tal o cual caso a la indulgencia real

por circunstancias atenuantes. Cuando la instrucción con-

tra el consejero Ferber no pudo probar que este desgraciado fuera culpable de divulgación de noticias de alta traición, Federico lo hizo decapitar sin juicio ni derecho, y
mandó exhibir su cabeza sobre un mástil, en Spandau.
La arbitrariedad de la justicia de gabinete fué creciendo
con el progreso de su edad. La corte suprema, a su vez,
trató de evitar esta mala práctica evitando dar sentencias
que necesitasen la confirmación del rey. Hasta ocurrió el
caso, contado por Preuss, de que esta corte no pudiera evitar un flagrante ajusticiamiento, ordenado por el rey, sino dilatando el proceso hasta después de la muerte de Federico.

#### "Existen jueces en Berlín"

El caso más célebre de la justicia de gabinete de Federico es aquel del molinero (\*) que, contra la corte suprema de justicia. obtuvo del rey una sentencia favorable en su lucha por su terreno contra el Junker vecino. Es muy instructivo observar de cerca este caso, dada la importancia de su papel en la leyenda de Federico. Se podría creer este caso definitivamente eliminado de la gloriola del rey, ya que la mayor parte de los historiadores oficiales lo han develado bien. Sin embargo la frase: "Hay jueces en Berlín", ha pasado a figurar entre las expresiones "standard" del mundo entero, para designar una sentencia verdaderamente independiente y justa. Y en la mitología que hoy reemplaza a la historia en Alemania, este caso del molinero Arnold se encuentra en el bagage científico de toda la juventud.

Por lo pronto es necesario recordar la política de inmigración del rey. Si se simulaba la existencia, en Prusia,

Archivo reinformero Arnold Senia su molino al Stado del terreno Ge un ar Junker. Este molino molestaba, realmente, la circulación. Arnold fué condenado a vender su terreno al Junker. Federico anuló la sentencia por las causas indicadas más adelante.

de una justicia que protegía el derecho del paisano contra el Junker, esto podía atraer colonos del extranjero. En cambio esta decisión real constituía un memento grosero para la jurisdicción demasiado patriarcal de los Junker. Pero por este mismo caso, Federico debió reconocer muy claramente los límites de su poder. Violó el derecho establecido para ayudar a un paisano aislado en un caso aislado. Pero cuando las multitudes de paisanos vinieron ante el palacio real y levantaron frente a los balcones del rey los juicios mucho más arbitrarios y nocivos para sus intereses que lo que fué el juicio del caso Arnold, el rey nada

pudo modificar.

Y he aquí todavía un punto de vista militar que desempeñó un papel importante en este famoso asunto del molinero Arnold. Este fué bastante sagaz para llevar su recurso ante el rey por la vía militar. En consecuencia, Federico encargó a una bestia guerrera de coronel, la instrucción del caso. De acuerdo con el informe de este oficial, el rey ordenó la casación, en la forma más humillante, de los jueces de la corte de cámara que habían decidido contra el molinero. Cuando el ministro von Zedlitz rehusó su asistencia a este golpe de fuerza, Federico le escribió: "Los tinterillos no comprenden nada. Cuando a los soldados se les enseña algo, y reciben la orden, marchan derecho ante ellos y van al fondo de la cosa. Puede usted estar seguro de que creo más a un oficial honesto, que tiene honor en el vientre, que a todos vuestros abogados y jueces".

#### Una pequeña conclusión

Volvamos ahora a lo que me he propuesto, que es revisar la leyenda federiciana de su llamado despotismo Arliberal Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Según el modesto juicio del que os habla, el hombre que se ocupa de historia y no defiende con pasión su reconocida verdad, no vale nada. Nada más atrayente que la noble pasión del profesor de historia Haller, quién,

errando de una a otra universidad alemana, no cesó de aclarar el papel de las iglesias cristianas en el desarrollo de todo régimen despiadado. Justamente esta pasión enseñó al joven estudiante no omitir ningún esfuerzo para buscar sin parcialidad la verdad histórica. Y la misma noble pasión que honra a Walter Mehring, a quien debe el orador la mayor parte de su material, ha permitido siempre a sus adversarios perseguirlo, pero jamás probarle una mentira.

Es posible que lo que habéis escuchado hasta aquí sea contrario a la imagen de Federico el Grande, que quizá alguno de vosotros llevaba en la memoria. Sin embargo es necesario concluir que, según las modestas pruebas presentadas, el despotismo liberal de Federico nada tiene que ver con la época del liberalismo inaugurada por un verdadero luchador apasionado de la humanidad, el gran Lessing.

Evidentemente, la síntesis sobre la época, el estado y el gobierno de Federico el Grande, será pronunciada al final de nuestro curso. Pero antes de ir más lejos en la descripción de los detalles, es necesario explicar el fracaso de cada suceso glorioso. Pues, ante todo, en un círculo como el vuestro se está de acuerdo de que el interés para una conferencia sobre un tema histórico surge del conocimiento de los hechos principales. Así pues, entiendo que mi tarea es la de dar un poco de luz sobre cosas que son tanto más interesantes, cuanto que no se encuentran suficientemente completas en la llamada gran literatura comúnmente conocida. Entonces el estado y el gobierno de Federico el Grande apareció ya, quizás, bajo una luz nueva, es decir, la luz de la crítica que comienza por mirar las posibilidades económicas y sociales, de las que la imagen se presenta casi siempre al contemporáneo de manera inadecuada, por representaciones de datos conocidos en nues-Archites dias. Es ques de simple gusticia hacia un personaje, ar mostrar las condiciones de obrar que le fueron dadas, y no juzgarlo como si él hubiera "hecho" a su época y a

todo lo que ésta contuvo. Como lo dije en la primera conferencia, la grandeza de un personaje histórico reside en el reconocimiento de sus posibilidades de acción y en su ingenio para servirse de ellas y desarrollarlas. Hasta aquí hemos visto cómo Federico gastó el gran activo de su padre y disminuyó, a pesar de su buena suerte y de su éxito, la fuerza interior de su estado, que sufrió las consecuencias de ello solamente después de la muerte del monarca.

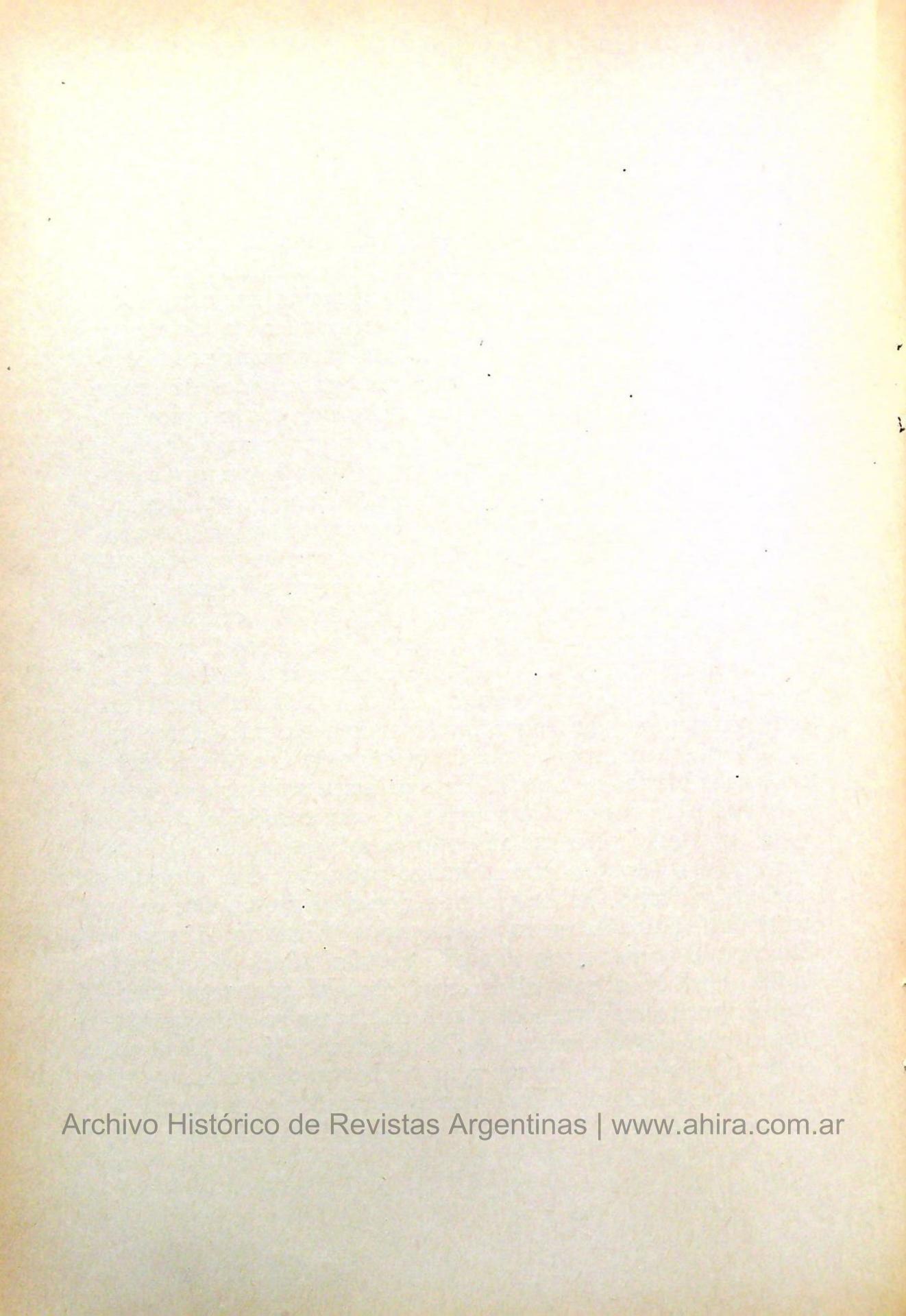
#### La diplomàcia exterior del rey

Los hombres de estado prudentes saben bien que las necesidades económicas dirigen el mundo y, entre ellos. lo dicen claramente. Dejan las explicaciones ideológicas a los historiógrafos diplomados que jamás le faltaron a ningún pueblo, para la salvación de la humanidad instruída o a instruir. Cuando nos volvemos hacia la diplomacia exterior de Federico, es necesario constatar sin lirismo alguno que la política exterior del estado militar prusiano fué netamente dada por sus condiciones de vida. En primer lugar, para no perecer, le hacía falta obtener los países que separaban el Brandeburgo de la Prusia oriental. Esta se encontraba todavía bajo la soberanía polaca. Así pues, la política que se imponía fué la liberación de la Prusia Oriental, después la seguridad de una situación independiente entre Polonia y Suecia, conquistando el objeto de lucha entre ambas, es decir, la supremacia sobre el Mar Báltico. Este fin no podía realizarse sino por la conquista de otras colonizaciones al este del Elba, sobre todo de la Pomerania y de la Silesia. Sólo con la posesión de estas provincias fué posible controlar toda la región económica del Oder y tener un estado redondeado económica y politicamente.

Archivo Historico de lector Federico Guillermo, en 1646, había planeado la obtención de la Silesia, fijando como momento oportuno para esta conquista, el de la cesación de la línea masculina de los Habsburgo. Mientras tanto

comenzó por la conquista de la soberanía en Prusia, sobre la que su sucesor, Federico I, fundó más tarde su título de rey. No hay nada más falso que buscar en las acciones de los príncipes algún motivo nacional alemán, motivo absolutamente extraño a la época y construído posteriormente según las necesidades de glorificación nacional. Después de la liquidación del sistema económico de los siervos por la guerra de los Treinta Años, estos príncipes no tenían otro interés que agrandar sus propiedades de suerte que pudieran existir económicamente por sus propios medios. De manera que no hay porqué enervarse desde el punto de vista de los sentimientos nacionales o morales sobre los medios que aplicaban esos principes en política exterior, es decir, su falta completa de lealtad hacia los aliados que la necesidad les imponía. En efecto, según sus conveniencias, Federico Guillermo cambió sus alianzas alternativamente con ambas partes litigantes, Polonia y Suecia, sin escrúpulos y con frecuencia. De este modo alcanzó a extraer de las guerras sueco-polacas a causa del Mar Báltico, no sólo la soberanía sobre la Prusia Oriental sino también gran parte de Pomerania, aunque desgraciadamente, sin los puertos importantes. El gran puerto de Stettin quedó en las manos de Suecia. Este príncipe sabía bien que la posesión del resto de Pomerania era una condición de vida para su estado, pero sus adversarios sabían también lo que necesitaba el estado brandeburgo-prusiano. En lugar de darle a Federico Guillermo una posición dominante en la costa del Báltico, las grandes potencias, (Francia, Austria y Suecia) le aumentaron sus dificultades dándole Kanmin, Halberstad, Minden y el derecho sobre Magdeburgo, territorios mucho más grandes y culturalmente más desarrollados que el deseado resto de Pomerania. Sólo el biznieto, el rey Federico Guillermo, obtuvo bastante fácilmente de la derrota de Carlos XII el puerto de Stettin y la desembo-

Archivo Historico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



### Primera etapa de la vida de Anatole France

Silvestre Bonnard

#### Por LUIS REISSIG

Afirmación de conformismo — Ironía y piedad — "El Crimen de Silvestre Bonnard" (1881) — "Abeja" (1883) — "El libro de mi amigo" (1885).

Jean Servien y la Comuna. El general Boulanger.

Muerte de Silvestre Bonnard.

Quien haya leído obras de France de distintos períodos de su vida habrá salido desconcertado de su lectura. ¿A qué se deben esos bruscos cambios que van del escepticismo del abate Gerónimo Coignard al optimismo y la fe de "Hacia tiempos mejores"? ¿Por qué la suave y piadosa ironía de "Abeja" y "El Crimen de Silvestre Bonnard" se trueca en la áspera y hasta hiriente de "La isla de los pintos històrico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.arguinos".

Trataré de explicarlo. Espero así acercar más a Vds. al conocimiento de France, mostrarles que él fué un hom-

bre de mundo y no de biblioteca, pues eso mismo va a servirnos para comprender que sus libros respondieron a estados de ánimo y convicciones de la hora, lo que hace de ellos vehículos de confesiones y de ninguna manera su

labor literaria propiamente dicha.

Iremos observando, así, cómo la obra de France, sobre todo a partir del final de la primer etapa, sigue el ritmo social en el cual él llega a participar abiertamente al fin; y cómo los saltos bruscos, las depresiones, los entusiasmos, la fe y la desesperanza, la credulidad y el escepticismo que muestran sus libros, tan dispares, no son otra cosa que su vida misma.

France nace en 1844 en un hogar de la pequeña burguesía francesa. A orillas del Sena, en el muelle Malaquais, su padre tiene instalada una librería, que es un modesto arsenal de libros y documentos relativos a la revolución fran-

cesa.

El pequeño comercio y el paciente ahorro librarán al hogar de France de inquietudes económicas. France no tiene hermanos. Su madre lo adora hasta la desesperación. Vive para él y no desea otra cosa que complacerlo y mantenerlo a su lado. Sin amigos, mimado, pasando de las manos de su madre a las de sus viejas sirvientas, sin otra experiencia de la vida que la de la contemplación, cuando ingresa a la escuela sufre por la rudeza de sus compañeros; y sus maneras, torpes y suaves a la vez; su blandura de carácter aceleran el desarrollo de su timidez, que será uno de sus rasgos distintivos.

En la vida íntima de France, el medio en que vive deja en él huellas imborrables. Su amor a París desborda en muchas de sus páginas. En cuanto a la vida de familia hay pocos cambios en su paso de la infancia a la adoles-

cencia y hasta en la misma mocedad.

Archiv Del un la madre asolicita vi hasta cargosa en su desesperado amor al hijo; del otro, el padre, enfático, ni hosco ni tierno, que desea para su hijo un ascenso en la

escala social, pero que tropieza con la indolencia y la timidez del ya mozo Anatole. Y mientras la madre inunda de lágrimas cada una de las breves ausencias de su hijo, el padre siente crecer la separación. A su juicio, France no llegará a nada; la madre, en cambio, seguramente llevada por el amor, confía en el talento de su hijo, y cuando alguien intente disuadirle de que escriba porque no recibirá como premio más que amarguras, ella lo abrazará y le dirá al oído: "Escribe, hijo mio, tú tendrás talento y harás enmudecer a los envidiosos". (1)

Y llega así France a los 22 años, bachiller sin carrera y sin empleo fijo, viviendo a la sombra de sus padres y ganando aquí o allí unos cuantos francos en menesteres de librería. Diez años tarda en lograr un empleo estable, en la biblioteca del Senado, cuando ha cumplido ya los 32. Esos diez años de espera, con los 14 restantes de su empleo, los dedica a la lectura. Lo que en otros es la caja de ahorros de la cultura, que luego sirve para lanzarse a la vida en empresas fructíferas y hasta de especulación: abogados, médicos y toda suerte de profesionales, en él es una fortuna sin ninguna regla administrativa. Hasta que encuentre a Mme. de Caillavet y ponga ella valor y precio a esa riqueza que sólo conocen unos cuantos amigos íntimos.

Puede decirse que recién a los 30 años comienza Fran-

ce su labor literaria de mérito.

Ha tenido a su alcance medios suficientes como para iniciarse tempranamente, pues la librería de su padre era frecuentada por gente de letras de notoriedad como los hermanos Goncourt. Pero France prefería pasearse por los muelles del Sena y contemplar la vida como un espectador silencioso.

No es que se retraiga con pueriles torturas como Amiel; ni que lo persiga el demonio de la insatisfacción, como a ese gigante sudoroso de Flaubert que era capaz de devastar un bosque hasta Alografi un sarmario absur guan ar

<sup>(1)</sup> A France. "La vie en fleur". — "N'écris pas".

to. No. France es tímido, y esa timidez se agrava con sus modales eclesiásticos, fruto de su educación en el colegio religioso de San Estanislao, al cual fué enviado tanto para tranquilizar la conciencia de su madre piadosa como por el afán de que se rozara con los vástagos de la buena burguesía de su tiempo.

Influye tanto en él esa educación, que cuando en 1876 publica su primer poema de mérito, y hasta de escándalo: "Las nupcias corintias", tiene buen cuidado de declarar en su prefacio: "Toco en este libro las cosas grandes y delicadas, las cosas religiosas. Sería carecer demasiado del sentido de armonía el tratar sin piedad lo que es piadoso. Llevo a las cosas santas un respeto sincero".

Y no creamos por ésto que France es deísta, ni que ha de callar del todo sus violencias, pues en uno de sus versos califica a Jesús de "Príncipe impuro de una raza infestada", y no como accidentalmente, pues todo el poema está preparado para bombardear a Jesús y al cristianismo como enemigos del género humano. ¿Por qué entonces esa suavidad del prefacio?

Era su falta de coraje personal para llevar adelante muchas de sus convicciones la que lo hacía incurrir en esos avances y retrocesos, y que le haría decir un día, en la plenitud de su labor intelectual, que "el alma humana es un abismo de contradicciones". (1) Avances y retrocesos que no iban del placer desenfrenado al arrepentimiento vehemente, pues no tenía pasta de gran pecador ni de mártir, sino que eran el paso incierto, suave, la marcha sinuosa, lenta.

Una vez más tenemos la prueba de lo que France se había identificado con su obra, de lo que ésta refleja con fidelidad su yo, pues lo que caracteriza tanto al verso como a la prosa de France es el juego de matices, que se Arexpresa en la ofrase ajustada Aene el adjetivo preciso, sin ar

<sup>(1) &</sup>quot;La vie littéraire". Prefacio T. III pag. III.

contrastes violentos, sin saltos, en un fluir lento de aguas transparentes, que no conocerían nunca los encrespamientos de la prosa de Chateaubriand, ni las ansias de la de Emile Zola.

Es gracias a esa identificación que la vida de France en esta primer etapa puede quedar totalmente reconstruída con uno de sus libros: "El crimen de Silvestre Bonnard", que refleja en todas sus luces su afirmación de conformismo social.

Ese libro se publica en 1881 y merece los honores

de la Academia Francesa, que lo premia.

France tiene entonces 37 años. Está casado desde hace 4, y acaba de nacer su única hija: Susana. Su vida conyugal es tranquila, su empleo, también. Escribe prefacios para algunos editores, y se complace sobre todo en avanzar sin apresuramientos por su ruta florida; ruta que ha de retomar siempre y en la cual le llegará la muerte.

El conformismo de Silvestre Bonnard lo denuncia su esmerada prosa. Nada hay allí que pueda ofender al hombre ni a la sociedad. Lejos estamos —no tanto por el tiempo como por los hechos— del abate Coignard, que amenazaría pulverizar el mundo con sus palabras. En manos de Bonnard nada corre peligro; y hasta su mismo fuego de enamorado de la gracia griega, con que alimentó su desprecio a Jesús en "Las nupcias Corintias", no quema: está encubierto por la ceniza de su conformismo.

Para Bonnard el mundo no es del todo imperfecto. Puede hacérsele algunos retoques para mejorar su aspecto, reformarlo, pero nada más. Sólo así se concibe que la caridad adquiera categoría en sus páginas y que una niña huérfana sea el drama único en la larga vida de Don Sil-

vestre Bonnard, miembro del Instituto.

El éxito de Bonnard ha consistido precisamente en Archiv conformismo, y eso explica que se le use comendado sin ningún peligro a las señoritas de buena familia.

No fué ni entonces, Silvestre Bonnard, un personaje de mucho lustre, pero como era un viejito cariñoso y pacífico, respetuoso del orden y de las jerarquías, y se expresaba con mesura y con elegancia, la sociedad lo acogió con benevolencia en su seno.

Su ironía no lastimaba; era risueña, tierna, suave como una pintura al acuarela; y si parecía un poco escéptico podía atribuirse más bien a ese escepticismo de los viejos que viene con la gota, el reuma o la arterio-esclerosis, tan natural como el optimismo de los púberes.

Pero sobre todo, Silvestre Bonnard era un alma piadosa y cristiana. Y eso explica que por mucho que haya luego France gobernado su ruta con el timón de pensamientos más audaces, por mucho que las luchas sociales hayan penetrado en él, la piedad haya sido una de sus dos inseparables compañeras. La otra, más seductora y más brillante, la ironía, sería con los años más dueña de su pensamiento, pero influenciada también por el clima piadoso que latía en lo más profundo de su conciencia.

"La ironía y la piedad —dijo France en la plenitud de su segunda etapa— son dos buenas consejeras; la una, sonriendo, nos hace amable la vida; la otra, que llora, nos la torna sagrada". Popular versículo de esa otra biblia de la incredulidad, como se ha llamado a "El Jardín de Epicuro", en la que se nota sin ningún esfuerzo esa corriente

piadosa de fondo.

El pensamiento de Silvestre Bonnard ha de sufrir un cambio; y cuando dos años más tarde publica otro libro, "Abeja", ya la ironía se anuncia con mayor sentido de universalidad. El viejito Bonnard ha perdido su andar achacoso y su porte académico; es ya el rey Loc o el sabio Nur, para quienes la vida humana es una experiencia tris-

Atemuy inferior a la vida de ellos, los enanos.

Es bajo esa impresión que dos años después escribe el primero de sus libros en que nos denuncia su melancolía: "El libro de amigo". France hace un alto, entonces,

en el camino de su vida. Ha recorrido la mitad; mira ya hacia el pasado como quien se recoge a escribir sus recuerdos, al calor de la lumbre del hogar. Parecería como que en adelante el mundo habría terminado para él. Su hija Susana tiene 4 años y para ella escribe páginas tan bellas que hoy todavía emocionan. No puede leerse ese libro sin percibir el desencanto de una existencia que nada espera y que nada grande ha deseado. Ni una protesta, ni una lágrima. Con él termina ciertamente una etapa en la producción literaria de France; por eso seduce tanto su lectura; es la confesión de un caminante fatigado, casi de un vencido. Y podriamos decir que si el mundo circundante no le hubiese impuesto otros problemas, problemas de combatiente, "El libro de mi amigo" hubiera sido la obra máxima de toda su vida.

Hasta aqui me he detenido a mostrar en grandes líneas al France anterior a Coignard, en lo más característico de su primer etapa: conformista, suavemente irónico, suavemente piadoso. No ha brotado todavía en él la flor de la tolerancia. Para eso será necesario que el abate Coignard lo lleve hasta la cumbre de su escepticismo, pues sin escepticismo no hay verdadera tolerancia.

El France de "El libro de mi amigo" no ha mordido, todavía, el fruto embriagador del escepticismo. Su paso es indeciso, cansado, lento; su melancolía da a sus palabras un tono que el oído poco avisado podría confundir con el de un incrédulo. Pero France está todavía en el terreno de las creencias; no ha mirado aún hacia el lado del escepticismo absoluto.

El France de 1885 no ha sufrido todavía ninguna crisis. Pero a partir de ese año dejará poco a poco de contemplarse, desviando cada vez más su atención hacia el mundo circundante.

Archivo Historico de la segunda etapa comenzará a formarse para alcanzar su madurez hacia 1889.

¿Qué es lo que determina la próxima muerte de Sil-

vestre Bonnard, deslucido y vacilante, y el nacimiento del

más sonriente de los escépticos?

Lo iremos viendo a medida que, situado France frente a la sociedad francesa de su tiempo, lo sigamos en su ruta casi siempre sinuosa, aunque contínua.

En 1883, dos años antes de "El libro de amigo", conoce a Mme. de Caillavet, que pocos años después será su compañera y en cuya amistad se apoyará durante los

25 años más fuertes de su vida.

La posición social de Mme. de Caillavet le permitirá vincularse con las grandes figuras políticas y sociales de su tiempo, le abrirá las puertas del más importante diario de Francia, "Le Temps", en el que dirige durante siete años (de 1886 a 1893) la crítica, primero de vida local, luego literaria, que lo colocará, digamos, en la presidencia de la magistratura nacional en lo tocante a las letras; bien que él haya cumplido su tarea sin códigos y sin sentencias.

La envidiable oportunidad de comunicarse con el público desde una tribuna tan alta como "Le Temps" y desde otra, bien conocida, como "L'Univers illustré", decidió la orientación de casi toda su obra posterior. El France de las etapas posteriores será un historiador y no un novelista. Si elige la forma novelada y no el ensayo es porque se dirige especialmente con sus libros a la burguesía, que sólo podía devorar en cantidad libros cubiertos con

el fondant de la trama.

Hijo de la burguesía, no conociendo a fondo otro medio que el de la burguesía, sus libros han guardado siempre el cuidado en la forma, la precisión en el decir, como exponente de una clase triunfadora y con preocupaciones estéticas, aunque en el comienzo de la decadencia de su poderío. Mientras la burguesía francesa sea mayoría en el país, France será uno de sus dioses máximos. Aunque la historia que él hizo de esa burguesía moaes muy halagüe om ar Archivo Historico de Revistas disservos, no renegó na, no importa: France perteneció a los suyos, no renegó de los suyos. Fué el niño terrible de la familia, pero su arma contra ellos consistió fundamentalmente en la ironía:

no reunió ejércitos de descontentos; sus fieles quedaron dispersos por todos los ámbitos del mundo, sin elevar ninguna protesta. Su crítica social no tuvo, ni por asomo, la fuerza arrolladora de la de Emile Zola, que, hijo también de la burguesía, supo tocar más a fondo el problema social.

Lo que salvará a France de perecer con su clase es el haber permanecido atento a los movimientos y las luchas de su época, con la suficiente clarividencia como para no condenar las grandes insurrecciones; el haber sido un historiador fiel, y el haber reflejado en su abundante obra, con seductores matices, la cultura greco-latina, de la que él fué su último gran representante.

Puesto France en más directo contacto con la sociedad desde 1883 (fecha de su incorporación a "L'Univers illustré" y su presentación a Mme. de Caillavet), el hombre de biblioteca termina. La leyenda, no obstante, lo seguirá hasta muy lejos, hasta el mismo fin de sus días, confundiéndose, así, al lector apasionado con el erudito estéril.

Pero ese punto quedará suficientemente aclarado cuando nos vayamos refiriendo a su obra, cuyo valor histórico queda muchas veces cubierto por la fina trama de su literatura.

El France de la primer etapa consideraba al ejército la cuna de todas las civilizaciones; reaccionario, se despachaba contra todos los revolucionarios en términos despectivos y condenatorios; conformista, admitía la sociedad tal como estaba.

Por qué se interesó por la política podemos contestarlo con sus mismas palabras de "L'Univers illustré" de 1885: "Mi dadá —dijo— es la política".

Eso lo dice en un artículo en que comenta la sustitución de Hermanas de Caridad por enfermeras laicas, que Archida dedretado del Consejos Municipal de Parísa France der fiende a las Hermanas de Caridad en estos términos: "Los que han dispuesto la sustitución no tienen necesidad ni de corazón, ni de espíritu ni de sentido común... la insti-

tución de hermanas de caridad es una maravillosa escuela... Ellas forman el ejército más bravo y más obediente y se le ha licenciado! Los que han hecho ésto son necios o malvados. ¿Por qué han echado a las hermanas? Porque creen en Dios y se podía temer que ellas diesen a los desventurados la fe que sostiene, la esperanza que consuela". (1).

Para evitar malos entendidos, France manifiesta a renglón seguido que no cree en todo lo que ellas creen, y que las hermanas y él no tienen del mundo la misma idea. Lo que equivale a decir que en el terreno de las ideas y de las convicciones France hace sus distingos y sus reservas, conservándose fundamentalmente ateo, pues si creyó en Dios fué allá en los años en que llevaba las piernas al aire, cuando Dios era para él la poesía de su biblia holandesa ilustrada, que hojeaba con su madre, de noche, bajo la

lámpara.

La poesía que fluye del cristianismo y su liturgia explica el interés de France, a través de su larga vida, por algunas figuras del catolicismo, como San Francisco de Asís, a quien no titubea en colocar junto a su Epicuro, llamando a ambos "los dos mejores amigos que la humanidad sufriente ha encontrado hasta ahora en su marcha desorientada" (2). Poesía ésta del cristianismo en que la voluptuosidad y el renunciamiento marchan tan de consuno. De ahí que la voluptuosidad franciana nos explique su simpatía para con las religiosas (basta leer las páginas que a las enclaustradas dedica en "El Jardín de Epicuro") y su odio a los monjes, descargado en el chivo emisario de Pafnucio, el protagonista de "Thais".

Si bien el ateismo de France es incontestable, su conformismo social de la primer etapa incluye la aceptación de la moral cristiana, cuando no sus virtudes: la fe, la esperanza, la caridad; y hasta su respeto a una institución Archivo Histórico de Revistas Argentinas www.ahira.con

<sup>(1)</sup> Charles Braibant. "Du Boulangisme au Panama. Le secret d'Anatole France''. Denoël et Steele, Ed. Paris, pág. 37. (2) "Las opiniones de Gerónimo Coignard".

social como la de Dios, protector de corazones afligidos. Así, por ejemplo, cuando en 1888 su amigo Fe rnand Calmettes publica el libro "Brave fille", France se extraña que desarrollándose la historia entre marinos, en quienes la religión tiene tanto auge, no se hable de ésta y no se mencione una sola vez en el libro el nombre de Dios. Demandadas las razones, se le informa que el editor no ha permitido que figure una sóla vez en el texto el nombre de Dios porque los libros que él publica están destinados a ser distribuídos como premise escolares.

a ser distribuídos como premios escolares.

Escuchemos ahora la indignación del France de 1888: "He ahí la amplitud de ideas de nuestros radicales. —dice— He ahí cómo entienden la tolerancia, la libertad intelectual, el respeto de las conciencias. No se me puede sospechar de demasiada fé, y aquellos que me hacen el honor de leerme saben que lo que defiendo aquí es la libertad de las almas y la paz de los corazones. Pero, en realidad, esta proscripción del ideal en tantas personas respetables, esta guerra al dios de las mujeres y de los niños, al dios consolador de los afligidos tiene algo de torpe y de ruin. Lamento vivamente que el libro de Fernand Calmettes haya sufrido la afrenta de una tan estúpida censura. Lo lamentaría más si el autor no hubiera compensado, de alguna manera, por su idealismo superior, las mutilaciones que ha tenido que sufrir de la parte de los sectarios..." (1).

Se sostendrá que lo que France defiende aquí es la tolerancia. En parte: el France reaccionario de la primer etapa no hace buenas migas con los radicales. Tomemos un ejemplo: El 8 de Agosto de 1885 France publica en "L'Univers illustré" una nota sobre la delegación de librepensadores que ha concurrido el día antes al sepelio de Víctor Hugo. "Esos osados me han divertido en su desfile, y me he preguntado donde se reunirían, en qué cabaret y qué podían ellos decir de bueno juntos, pues, a juzgar por la listorico de Revistas Argentinas "www.alita.com.ar

<sup>(1) &</sup>quot;La vie littéraire". "Brave fille". T. II, pág. 307. Calman - Lèvy - París.

la apariencia, me parecían incultos y en general despro-

vistos de recursos espirituales".

Radicales, librepensadores y revolucionarios fueron durante unos cuantos años para France, sino bestias negras, por lo menos desagradables enemigos. El no les negaba el derecho de existir, pero sí el de triunfar; y su sosías Jean Servien pinta la Comuna de 1871 como una "locura furiosa" —son sus palabras—, mostrando de esa lucha solamente dos o tres escenas de aturdimiento, de destruc-

ción y de sangre.

En 1885, es decir tres años después de publicar Jean Servien, al hacer el elogio de los militares, France declara que los ama tanto como "detesta a sus enemigos, todos esos constructores de barricadas y revolucionarios que devoran nuestro desgraciado país y que nutren en su corazón un legítimo temor al gendarme" (1). ¿Y qué decir de estas otras del mismo artículo? "Os hablaré más bien —agrega- de los militares. Los amo demasiado, desde luego porque son la fuerza y la seguridad de la Francia; en segundo lugar porque tienen virtudes que no andan hoy sueltas por las calles. Tienen el sentimiento del honor y de la patria; saben ordenar porque saben obedecer; se hacen matar con una maravillosa facilidad; son galantes y de buena estampa". "Amo, en fin, a esos militares porque son el fin de un mundo y porque con la nueva ley sobre el reclutamiento no habrá más ejército en Francia, sino una inmensa guardia nacional y nosotros seremos destruídos".

Su amor a Francia — que se confunde en esta primer etapa con su amor al régimen social en que vive y al ejército que lo sostiene — es lo que le hace escribir su famoso elogio a éste, no bien terminada aquella revista militar, también famosa, del 14 de Julio de 1886, en que el Arcigeneralis Georges Boulanger, Aministro de Vaveguerra, opresar side el desfile de sus tropas, montado en su no me-

<sup>(1)</sup> Charles Braibant, pág. 66.

nos famoso caballo negro, ante los aplausos frenéticos de la multitud. "Las virtudes militares -dice France en su artículo publicado en "Le Temps" — han engendrado toda la civilización, industria, arte, administración. Cierto día, guerreros armados de hachas de silex se refugiaron con sus mujeres y sus ganados detrás de un recinto de piedras. Fué la primer ciudad... Con la ciudad, fundaron el espíritu de orden, de devoción y de sacrificio, la obediencia a las leyes y la fraternidad de los ciudadanos... Hay quien se queja que el ejército sea la fuerza y nada más que la fuerza. Pero ninguno piensa que esta fuerza ha reemplazado a la anarquía y que donde no hay ejército regular las masacres son domésticas y cotidianas. El soldado es necesario y la guerra es, de todas las fatalidades sociales, la más constante y la más imperiosa. Me atrevería a decir que la guerra es humana, en el sentido de que es propia de la humanidad... Cesarán las guerras y el soldado desaparecerá un día? Es quimérico esperar este resultado y peligroso trabajar para él... Cuando el hombre sea pacífico no será más hombre... Más pienso y menos me atrevo a desear el fin de la guerra... El pueblo francés es todavía un pueblo militar, que ama su ejército y que no quiere que se le disuelva en una vasta guardia nacional, en que no habrá más ni mando ni obediéncia, y que, lejos de protegernos y defendernos, nos hará caer con ella en la impotencia y la ferocidad. ¡Viva el ejército!" (1).

Ahora será necesario explicar brevemente este período de la gloria y la caída del general Boulanger para disipar algunas incógnitas de este final de la primer etapa de France.

El prestigio personal de Boulanger se remonta hasta la guerra franco-prusiana. Con grado de coronel entonces, se distingue ante sus jefes y soldados por su desenvoltura y su audacia. Su figura está tan llena de promesas, Archivaue un de sus biógrafos afirma que un grupo de política.

<sup>(1) &</sup>quot;Le Temps", 18 de julio 1886.

cos, entre ellos el alcalde de Montmartre, Georges Clemençeau, ha ido a pedirle el 20 de Enero de 1871 que se convierta en dictador militar. (1).

Sea o no exacta la negativa de Boulanger al ofrecimiento, no sería imposible. El general Boul-boul, que es el mote que más tarde ha de correr de boca en boca, tiene valor pero carece de método, de planes. ¿Qué haría él con la dictadura? Lo que más le ha interesado siempre es saborear la vida, sentirse admirado y adulado, y para eso es suficiente llegar a general o a ministro de guerra. Para lograrlo, será orleanista o radical; poco importa. General de opereta, defraudará a sus fervientes partidarios que han de pedirle repetidas veces los salve erigiéndose en dictador.

Cuando Anatole France se detiene a juzgarlo, el general Boulanger es ministro de guerra, siendo entonces presidente de la república el radical Jules Grevy. El general coquetea con la izquierda: proyecta la reducción del servicio militar de 5 a 3 años, y la obligación para los seminaristas de enrolarse. Esos proyectos son del 15 de Mayo de 1886, es decir dos meses antes de la famosa revista del ca-

ballo negro.

France está entonces contra Boulanger, que se le aparece como un destructor del gran ejército, al pretender para éste reformas democráticas que van hasta la igualación de sueldos para las tres armas. ¡Que no le toquen a France su querido ejército, guardián de la Francia!

Pero el Boulanger que coquetea con los radicales de izquierda, tomará pronto otra ruta sólo para estar más seguro de su progreso, continuar mofándose del parlamentarismo y, acaso, convertirse en un dictador de buena cama y de buen vino.

La parada militar de 14 de Julio de 1886 lanza a él y a su caballo Tunis a la adoración de las multitudes. Conoce la gloria de las canciones, de la publicidad, de los Araplausos, de las confesiones amorosas, de la autoridad permanar

<sup>(1)</sup> Branthôme. "Le Brave général Boulanger". Marcel Schuer, ed. Paris. Pág. 17.

sonal que supera la de general y ministro. Con Boulanger

el patriotismo se pone de moda.

¡Qué no darían ahora los fabricantes de cañones franceses, toda la gran industria por poseer un general así! Calculen Vds. lo que ha hecho Thyssen con un pintor de puertas! Pero en aquel entonces el capitalismo no abarcaba tantos mercados y Boulanger sólo podía servir para llevar al gobierno a la burguesía industrial de los orleanistas.

Poco meses después de la parada, Paul Déroulède llega a París después de un viaje por Europa en el que había hecho propaganda por la futura alianza franco-rusa (la alianza con el zarismo) y funda la Liga de Patriotas. Déroulède y el General se unen.

A partir de entonces, Boulanger se siente apremiado por miles de voces que le incitan a apoderarse del gobierno. La duquesa de Uzès gana su amistad y pone tres millones de francos a su disposición para organizar la propaganda, preparar el ambiente público para la destrucción del régimen parlamentario y llevar al trono de Francia al duque de París, quien daría a Boulanger el mando de to-

das las tropas con el título de condestable.

Boulanger tiene todas las trazas de ser el hombre fuerte que la gran burguesía necesita. Pero al revés de Bonaparte que fué desgraciado en sus amores, lo que le llevó más furiosamente al campo de la lucha para sacudirse las espinas, Boulanger conoció en abundancia esas felicidades, y hasta un grado tal de embotamiento que podemos atribuir a su amante Margarita de Bonnemains el haber torcido la historia de la tercer república. A partir de su unión con Margarita de Bonnemains la ambición cede el lugar a la pasión amorosa. El general afortunado, a quien la multitud quiere llevar en andas al Elíseo, y el ejército y la burguesía están dispuestos a sostenerlo en su firme gobierno, Archisólo suspira por una mujera En el punto más alto de su ar

ascensión, cuando no tiene más que decir "sí" para gobernar, la mortal enfermedad de Margarita lo anonada, y parte con ella vencido moralmente, quebrada ya su ruta triunfante por haber dado tiempo a sus enemigos para armarse. La opereta Boulanger ha terminado. El drama íntimo le sobrevive. La bacilosis vence a Margarita en Julio de 1891; y dos meses después, Boulanger, desesperado por esa muerte, se suicida.

Volvamos ahora a France. El hombre de orden ha estado contra el Boulanger radicalizante y democratizante. Cuando en 1888 el general cambia de política y consiente en servir los intereses de los orleanistas, cuando se crea el boulangismo, France mira con simpatía al general. En ese año y pico que va de Enero de 1888 a Abril de 1889 (fecha ésta en que Boulanger parte definitivamente para el exilio) lo que pasa en la intimidad de France necesita ser aclarado. Se sabe que por entonces France frecuentaba el cuartel político de Boulanger, que ostentaba en el ojal el ramillete rojo del boulangismo; y hasta Maurice Barrès ha asegurado que Silvestre Bonnard le alcanzó alguna vez, obsequioso, el sobretodo al general.

Pero ¿qué lo llevaba a France hacia Boulanger, fuera de su simpatía por los gobiernos de orden, por los gobiernos más fuertemente chauvinistas y hasta partidarios

de la guerra de revancha con Alemania?

Mme. de Caillavet, que por entonces ejercía una gran influencia sobre France y que ambicionaba para él todas las glorias posibles, ha sido, casi con seguridad, su inspiradora en estas andanzas políticas. ¿Por qué no podía llegar a ser France, como se decía, el futuro ministro de Instrucción Pública de la dictadura provisoria de Boulanger? Los que han conocido a France, indolente y falto de amciones, no podrán explicárselo de otro modo.

Charles Braibant, que ha escrito el año pasado un libro (1) muy interesante y bien documentado sobre este período de la vida de France, atribuye buena parte de su Arinclinación chacia el boulangismo antiparlamentario y amás na ar

<sup>(1) &</sup>quot;Du Boulangisme au Panama. Le secret d'Anatole France". Denoël et Steele. Paris.

tarde el comienzo de su viraje político, a sus querellas con la administración parlamentaria del Senado, de cuya biblioteca era un modesto empleado; querellas que se agudizaron en Agosto de 1888 (año de su ingreso al boulangismo) cuando no fué ascendido. La carta llena de indignación que France remitió en esta oportunidad a los cuestores del Senado no tenía ni siquiera la ironía al acuarela de Silvestre Bonnard; y si no poseyéramos la prueba irrecusable de la autenticidad de esa carta costaría trabajo admitir que fuera suya. Hay párrafos como éstos: "¿Y a quién habéis herido-vosotros por un acto sin nombre como sin ejemplo? A un hombre que ha sabido prestar servicios a la biblioteca del Senado, que se esforzaba por merecer vuestra estima y que no era completamente indigno puesto que, joven aún, ha merecido por sus trabajos, la cruz de la Legión de Honor! Vosotros, sus protectores naturales, le habéis traicionado. Lo habéis herido sin escucharlo. Habéis quebrado de un trazo de pluma la carrera de un padre de familia, puesto que no pensaréis que a los 45 años, en medio de una vida que no es sin mérito, pueda yo olvidar el cuidado de mi dignidad, al punto de colocarme bajo las órdenes de un hombre joven, casi un niño, ayer todavía mi subordinado". (1).

No puede negarse que quien escribe una carta así es porque siente una humillación de burócrata. No puede negarse, tampoco, que en esta etapa en que el temperamento de France no tiene todavía el gobierno fuerte de su pensamiento de análisis, de su escepticismo sonriente, de su tolerancia justa, tales conflictos hayan dejado su huella.

Pero su acercamiento al boulangismo puede explicarse más bien por la atracción que ejerció en él la política, toda la vida política de su tiempo. Y el boulangismo, al quemar para sus adeptos las etapas fastidiosas de los Archiascensoso por sobre las distintas jerarquías partidarias de ar

<sup>(1)</sup> Georges Huard. "Anatole France et le Quais malaquais". p. 29.

libraba del lastre de su timidez, de su pobreza oratoria, que lo hubieran mantenido por debajo de sus méritos.

Transcurrido apenas un año de su ingreso al boulangismo, France comienza a volverle la espalda. Ha comprendido que con el trono volvería también al poder su vieja enemiga: la iglesia, y eso no estaba dispuesto a tolerarlo.

En esos momentos el boulangismo llega al punto más brillante de su carrera, pues el 27 de Enero de 1889 el general triunfa en París con 250.000 votos. El presidente Sadi Carnot y su ministerio se aprestan a dejar el gobierno al general vencedor. Un "sí" de Boulanger y la dictadura es un hecho. Pero nada significa en ese momento el poder para él: sólo piensa en Margarita, que no está a su lado, y que lo aguarda llena de aflicción. Otra magnifica oportunidad para conquistar el poder ha sido desperdiciada.

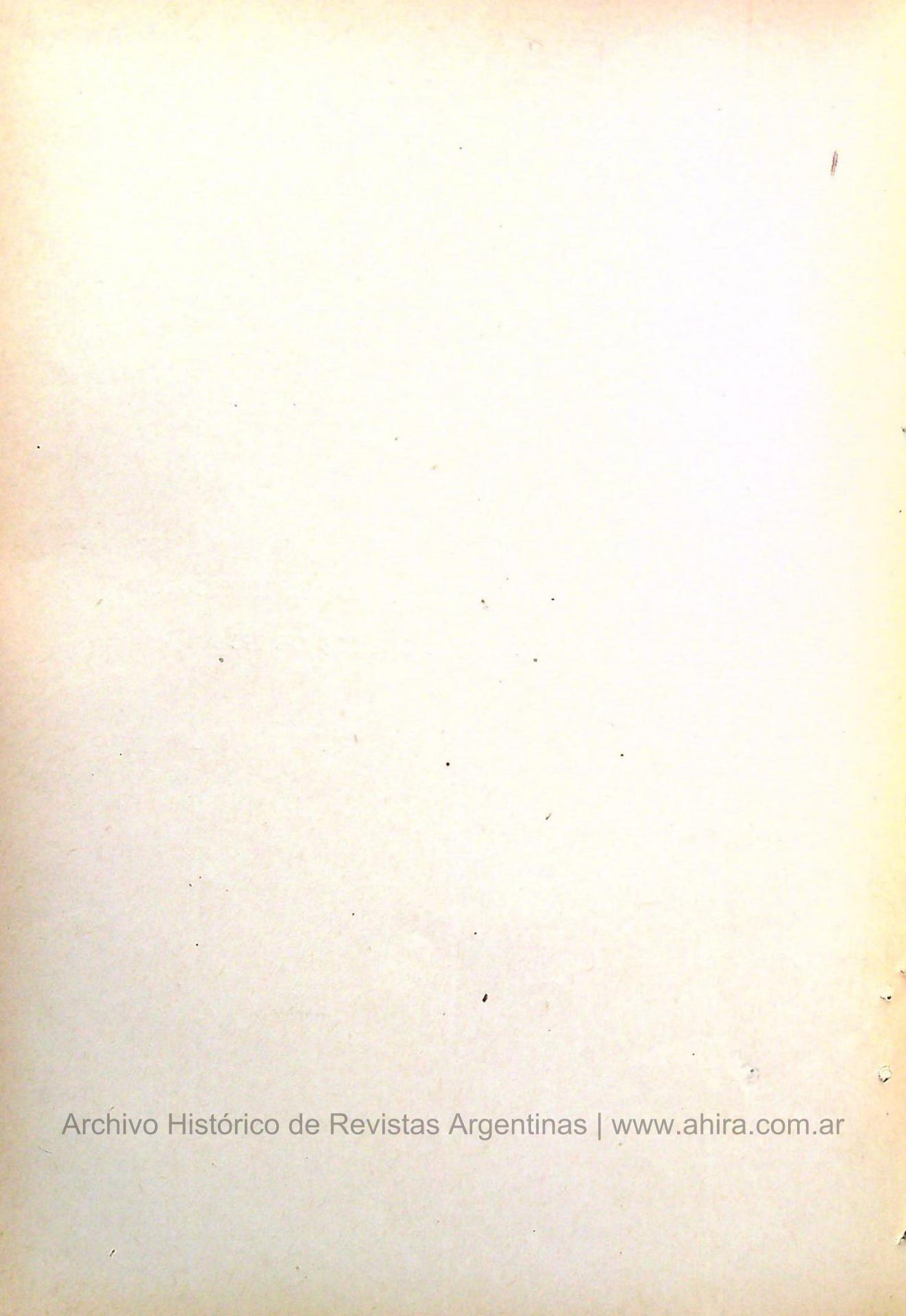
Poco días después de ese triunfo que agitó hondamente a París, France escribe para "L'Univers illustré" un artículo en que comienza a sonreirse del general. El telón, corrido, le ha mostrado la opereta. Y una larga sonrisa se unirá en adelante a su desencanto. Su escepticismo apunta, su ironía cobrará colorido. La opereta Boulanger le ha enseñado a burlarse de sus semejantes tanto como de sí mismo. Su pensamiento cobrará poco a poco más audacia hasta llegar a la cumbre de su nihilismo.

Silvestre Bonnard ha muerto.

# Colegio Libre de Estudios Superiores ASISTENCIA A LOS CURSOS DE 1936

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

P



Durante el presente año se dictaron en el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, 25 cursos de especialización, 1 curso de seminario y 10 conferencias de información crítica de actualidad.

La asistencia a estos cursos fué la siguiente:

6

Cursos de especialización	1.128 76	inscriptos ,,
	1.204	
Entradas a las conferencias de información crítica de actualidad	695 350	,,
Lo que da un total de concurrentes	2.249	

La cifra de inscriptos a los cursos de especialización y seminario (1.204), se descompone en la forma siguiente, considerando la profesión de las personas asistentes:

0	Abogados			50	Dibujantes
	Agrónomos			4	Diplomáticos 1
	Arquitectos			7	Electrotécnicos 3
	Bacteriólogos			1	Escribanos 2
	Bioquímicos			12	Escritores 4
Archiv	Carpinteros Comerciantes	Rev	ista	S <sub>2</sub> Ar	gempleados www.ahira.co.76 ar Estudiantes
	Contadores			11	Farmacéuticos 5
	Corredores de col	mercio	<b>o</b> .	1	Fotógrafos 1
	Diarieros			1	Gráficos 3

Industriales		1	Obstétricas
Ingenieros	1	15	Odontólogos 2
Kinesiólogos		2	Periodistas
Maestros		52	Pintores
Martilleros		1	Profesores
Mecánicos		3	Procuradores
Metalúrgicos		5	Rentistas
Médicos	300	53	Químicos
Militares		4	No manifestaron profe-
Músicos		2	sión 541

Teniendo presente su clasificación por materias, estos 1.204 inscriptos se subdividen así:

Astronomía 40 Biología 27	Literatura 98
Ciencias políticas 90	Matemáticas
Etruscología	Musicología
Filología clásica	Parasitología
Historia	Sociología

Conviene recordar que los miembros de la Agrupación de Amigos del Colegio están provistos de un carnet de entrada libre a todos los cursos, que les permite acceder directamente a las salas de clase, sin dejar en Secretaría constancia de su asistencia. Las cifras que damos se refieren pues, únicamente, a los concurrentes que solicitaron en Secretaría entradas para los distintos cursos y conferencias. De ello se desprende que la asistencia real a las clases dictadas en el Colegio fué mayor de lo que expresan las cifras anotadas. De acuerdo con nuestros cálculos, para obtener aproximadamente el número de asistentes a las clases, estas cifras deben ser aumentadas en un 25 %.